

186
F
MAS Y PRAT.

HOJAS SECAS.

POESÍAS.

Crepúsculos.-Noches de luna.-Dedicatorias.



SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.
1872.

P-35

ANT

XIX

1402



2045

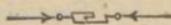
R. 70.284



HOJAS SECAS.

POESÍAS

DE BENITO MAS Y PRAT.



*¡Hojas del árbol caídas
Juguete del viento son!...*
ESPRONCEDA.



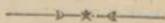
SEVILLA.

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.

1872.

Esta obra es propiedad de
su autor.

A LA MEMORIA DE MI PADRE.



¡Qué triste cosa es contemplar la infancia desde la edad de la razón, cuando los placeres se van y el porvenir se oscurece!

Pasan aquellos años, aquellas dichas y aquellos seres; y apenas si queda rastro en el lugar donde fueron.

Hoy que lanzo al viento mis HOJAS SECAS ¿á quién he de dedicarlas, más que á la memoria sagrada del autor de mis días?

Recibe, padre mio, el pobre presente de tu hijo

Benito.

PRÓLOGO.

Este libro no lo necesita: su autor lo ha concedido así tácitamente al encomendarme tamaña empresa. Si lo necesitara, estoy seguro que las reputaciones de nuestra patria no se desdeñarían de estampar su nombre en la primera página, porque las HOJAS SECAS del Sr. Mas y Prat son una nueva joya que viene á enriquecer el catálogo brillante de nuestra literatura.

Á no estar seguro de robar á mis lectores sus impresiones más gratas, extractaría algunas de sus muchas bellezas; pero no quiero espigar el campo, creeria una profanacion cortar las flores para presentarlas en mi vaso, pudiendo mostrárlas lozanas y olorosas en el tallo que las vió nacer.

Hijo de la privilegiada Andalucía, inspirado en los valles del poético rio por el cual suspiran aún los descendientes de los Omeyas, los cantos del Sr. Mas y Prat tienen el tinte voluptuoso de las veladas del Generalife.

Dos cosas le distinguen de esa pléyade de rimadores adocenados; la variedad de entonacion en los distintos géneros, y el tinte melancólico que los envuelve. Sus concep-

ciones no son un día de sol en la región abrasada de los trópicos, sino una tarde apacible en la templada zona del mediodía; no deslumbran por soberbios conceptos, sino por imágenes delicadas.

Cuatro composiciones abarcan y destacan, por decirlo así, su carácter. *Á un retrato*, *Más allá*, *Melancolía* y la preciosa oda *En la Catedral de Sevilla*.

La titulada *Á un retrato* respira esa misteriosa voluptuosidad de las primeras impresiones: síntesis completa del arrobamiento amoroso, estereotipa esa afección verdadera que con tal diversidad se caracteriza, ya por los sacerdotes del espíritu, ya por los obcecados apóstoles de la materia.

Perdóneme el lector si falto á mi propósito; hé aquí cómo exclama el poeta contemplando el retrato de su amada:

¡Todo es en vano! mis continuos besos
No logran reanimar esta vitela,
Aunque al contacto ardiente de mi boca
Sus insensibles átomos se queman.

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces
Reflejásteis su imagen hechicera,
Con más placer que el junco de las márgenes
Y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido
Y ella sueñe en mis lágrimas despierta,
Que le mando en un rayo de la luna
Todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más suave
Que el perfume del nardo y la violeta,
Y su boca más dulce y más sabrosa
Que los frutos de Nápoles y Hesperia.

Dios la hizo surgir ante mi paso
Como surge el oasis en la arena,
La fuente cristalina en la montaña
Y el árbol en la sábana desierta;

Como esas ténues lámparas nocturnas
Que en las azules bóvedas se cuelgan,
Cuando manda á los ángeles que arrollen
El crespon que tendieron las tormentas.

No puede darse más facilidad en la versificación, más belleza en las imágenes, ni más delicado sentimiento.

Distingue principalmente á esta poesía la espontanei-

dad que revela; el corazón del poeta se siente palpar en sus estrofas, y parece destacarse de ellas el perfil de la mujer amada. La inspiración lo ha hecho todo, el arte apenas ha concertado los trazos.

Siguiendo mi método de buscar el carácter del autor del *Mundo de los Espíritus* por sus creaciones, citaré el nocturno *¡Más allá!*

Aunque vive soñando, y como dice en sus *Armonías*,

... Cuando truena el bronce en las ciudades
Y se hunden en el légamo los tronos,
Ensayá sobre el arpa suaves tónos
Y olvida el ronco acento del cañon,

no por eso se exime de pagar el debido tributo al siglo de las revoluciones; la duda le atormenta, fluctúa en el deda-
lo de sistemas filosóficos y religiosos, rompe por fin con las queridas tradiciones de su niñez, y exclama, contemplando los lugares donde aspiró la fé cristiana de sus padres:

Miro el valle andaluz lleno de flores
Donde huyó para siempre mi niñez,
Donde arrullaron mis primeros sueños
Las brisas perfumadas de la fé;
Donde un nombre, por grande incomprendible,
Mi madre me enseñó á balbucear,
Y digo al evocar aquellas horas:
¡Por qué no ha de existir un *más allá?*

Esta poesía es la personificación de la duda, pero no de esa duda fría que mata cuanto toca, que hiela cuantos sentimientos caben en el corazón del hombre, sino ese estado del *yo* humano recomendado por Descartes, capaz de todas las modificaciones que le imprima la verdad manifestándose racionalmente.

No puede decirse lo mismo de la titulada *Melancolía*, sin disputa de las más notables del tomo: parece marcar una época de pesares en la existencia del poeta; es el grito de dolor de un alma abatida por el sufrimiento, la espuma del pesar que salta hirviendo del vaso de la vida.

Hé aquí sus últimas estrofas:

Pobre estóico sin fé, sin esperanza,

Me deslizo en la escéptica Babel,
Sobre el plano inclinado de la duda,
Sin mañana ni ayer.

En vano en torno mio se suceden
Las galas de la fértil creación,
Y se abrazan los cielos y la tierra
En ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro
Blancas apariciones ante mí,
Tendiéndome risueñas y livianas
Sus brazos de marfil.

Yá no encienden el mármol de mi boca
Sus incitantes lábios de coral;
¡La atmósfera de fuego y ambrosía
No puedo respirar!

Acaso si en el cielo de mi vida
Surgiera el ángel del primer amor
Y en la vacía copa de mis goces
Dejára una ilusion;

Cuando la tarde triste y melancólica
En nuestros valles declinando vá,
Y el día con las sombras de la noche
Se complace en luchar,

Otra vez á las pobres golondrinas,
Que ván de estos lugares á partir,
Y miran silenciosas las cabañas
Donde anidar las ví,

Con las tiernas endechas de mi arpa
Pudiera en su viaje detener,
Que á ellas dije mis tristes confiancias
Cuando amóres canté.

Mas ¿cuándo vuelve á su desnuda rama
El fruto seco y la marchita flor?

¿Cuándo vuelve á brillar en nuestro cielo
La perdida ilusion?

¡Rios que sorbe el mar del desengaño
Son los fáciles sueños del placer,
Jamás sus olas limpias y azuladas
Podrán retroceder!

¡Qué perfectamente justifica su título esta poesía! ¡Qué pesar tan intenso revelan esas estrofas! Bien dice el poeta: *Alga perdida sobre el mar del mundo*, no sabe dónde le lleva el huracan de sus pasiones.

Dignas de notarse son las anteriores composiciones, mas ninguna tanto como la oda *En la Catedral*.

Siempre melancólica, elevada por grados y cadenciosa sin descanso; hasta en el descuido de su versificación mues-

tra el verdadero ánimo del poeta y revela sus más íntimos sentimientos.

El hombre en perpétua lidia con el destino, la inteligencia falible pugnando por descifrar el eterno misterio de nuestra existencia actual y futura, la lucha de la fé y la razón; esto y algo más significa la oda á que nos referimos, y la cual parece llevar el sello imperecedero de nuestro siglo. Si la lira del Sr. Mas y Prat no hubiera sido feliz al arrancar esos acordes, el solo espíritu de la composición bastaría á hacerla apreciable ante la crítica.

Medítese este valiente trozo:

Tremulo he interrogado á las estrellas,
 Al sol radioso que en Oriente arde,
 Á esas creaciones múltiples y bellas
 Que cubre con sus besos por la tarde;
 Á cuanto vive en torno,
 Á cuanto yace en el profundo abismo,
 Á esta llama increada
 Que siento arder espléndida en mí mismo;
 Y al darme una respuesta misteriosa,
 Cuya razón á descifrar no acierto,
 He inclinado la frente fatigosa
 Creyendo siempre que soñé despierto.

La filosofía moderna satura, por decirlo así, esta composición, sin matar el sentimiento; la imagen de la humanidad, luchando con el oscurantismo y encendiendo el fuego sagrado de la Ciencia, se encierra en estas exclamaciones:

¿Qué hay detrás de la muerte?
 ¿Qué hay ántes de la vida?
 ¿Qué término nos fija *allá* la suerte?
 ¿Cuál es del alma el punto de partida?

El suspiro de desaliento de la inteligencia humana, al perderse en el dédalo de hipótesis contradictorias, para cuya explicación son impotentes las funciones racionales, se traduce perfectamente en esta melancólica estrofa:

¿Por qué en este recinto
 Donde no llegan nunca los rumores
 Del mundo revoltoso,

Donde el misterio á la oracion convida,
 No halla siempre reposo
 El viajero cansado de la vida?

Triste consideracion que aparta el ánimo de los preceptos teológicos y que, llevando nuestra inteligencia por el espacio sin límites de las idéas, hace que vuelva á caer fatigada sobre la tierra buscando, como el poeta,

... la paz del alma
 Y la flor sin perfumes del olvido.

Suficientes creo los ligeros rasgos que anteceden para bosquejar, siquiera sea de una manera vaga, el carácter del Sr. Mas y Prat y el valor filosófico de sus HOJAS SECAS; pero no debo pasar en silencio, ántes de abandonar el campo de las creencias, su poema fantástico *El Mundo de los espíritus*. Trabajo notable que cumple el propósito para que ha sido escrito, y que, por lo extraño de su asunto, se presta á las galas poéticas con que el autor sabe revestir sus conceptos; no sé qué admirar más en él, si la fluidez de su versificacion y perfecto desarrollo, ó la enseñanza moral que encierra en su doble objeto crítico-filosófico.

Sabido es, que en pleno siglo diez y nueve existe una escuela visionaria cuyos cándidos adeptos creen en las apariciones de la Edad Media, y ensayan en el trípode las sandeces de Merlin y de Nostradamus.

Allan Kardec, primer profeta de la secta espiritista, de cuyos principios, medios y fines no creo deber ocuparme por ser bastante conocidos y no permitirlo las dimensiones de este proemio, es el héroe de esta fantasía, y su viaje á Júpiter guiado por el Delirio y cabalgando en el Hipógrifo de Atlante, que inmortalizó Ariosto, la aventura que galanamente canta el poeta.

En el trascurso de este prodigioso viaje el cantor halla medio de poner de relieve nuestras costumbres y de apuntar de una manera original y agradable, tanto los deslices y aberraciones en que cae la secta espiritista, cuanto las de la sociedad humana en sus distintas evoluciones.

Hé aquí cómo describe la marcha social de Júpiter en

la Ciudad Baja, que supone habitada por los irracionales que allí han trasmigrado:

«La pandilla más aleve,
De más débil condicion,
Forman en esta mansion
Lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia
Y mejor rango dental,
Forma la clase social
Que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen á aquéllos
Y unidos tejen la guerra;
Fiel trasunto de la tierra,
Todo vá por los cabellos.

»Y hay clubs y revoluciones,
Y asonadas y motines,
Que promueven los mastines
Y aprovechan los leones.»

Preciso sería, para dar una idéa de lo intencionado y fácil de las redondillas que siguen, transcribirlas todas; pero no siendo esto posible, me contentaré con apuntar la notable reconvenccion que el Delirio dá al Profeta cuando éste, admirado de hallar en los irracionales el reflejo de las costumbres terrenas, huye despavorido hácia el lugar más solitario. Héla aquí:

»Al cabo son pobres bestias,
Estúpidas alimañas,
Que en las terrenas montañas
Tuvieron su habitacion;

»Cuya brújula es su instinto,
Torpe, egoista y rastrero;
Brújula que el derrotero
No marca de la razon.

»¡Mas los hombres de la tierra,
Que son de distinta esencia,
Que orgullosos con su ciencia
Desprecian á su Hacedor!

»¡Que una chispa de Dios mismo
Creen encerrar en su alma,
Que han de hallar al fin la palma
En otro mundo mejor!

»¡Que á pura hipótesis saben
Que no valen lo que ellos,
Ni los órdenes más bellos
De la escala irracional!

»¡Pues aún los séres que tocan
Los límites racionales,
Son al hombre desiguales
En el ángulo facial!

»Esos altivos señores
De cuanto abarca la tierra,
¿Por qué se dán mútua guerra
Y en su necia estupidez

»Ávidos buscan placeres
Y corren al precipicio,
De la ambicion y del vicio
Apurando hasta la hez?

No puede darse más galanura de estilo ni más originalidad en el pensamiento; si el Sr. Mas no tuviera otro mérito que su especial afecto á las idéas nuevas, le sería suficiente para granjearse el general aprecio. Tal vez algun crítico descontentadizo halle divergencia entre la parte que se refiere á la *Julnius* Baja, y la Ciudad Alta; pero el más sabido precepto de Horacio le dará la respuesta á mi juicio.

Nada más extraño y delicioso que la descripcion de la Ciudad Aérea. Si algun defecto puede encontrársele es, á no dudarlo, lo parco que anduvo en esta creacion, que de seguro le hubiera dado materia para un apreciable trabajo separado. Hay efectos tan nuevos, toques tan felices, descripciones tan originales, que parece al lector, al tocar la vision última, que se roba algo á sus miradas.

Veamos lo que salta á la vista de Kardec después de haber hallado, segun la feliz expresion del poeta,

. el gran portento
De una ciudad segura sobre el viento.

La brillante sardónica que forma la puerta de la Ciudad se rompe al contacto de la mano del Génio, como el cristal tocado por el diamante, y aparecen las mansiones aéreas, en las cuales

. No hay piedra sobre piedra alzada,
Ni material terreno se consiente;

El alcázar más bello y permanente
 Nube ligera y vaporosa es:
 Y hay edificios de impalpable humo,
 Y monumentos de nevada espuma,
 Y altivas torres de flotante bruma
 Con montañas de nubes á sus piés.

Aquel era el jardín de las delicias,
 El hiram de los sueños seductores;
 No hay ángulo sin hojas ni sin flores
 Ni contorno sin líneas de color.

Perpétua luz circunda sus palacios
 Y baña sus espléndidas moradas;
 Jamás soñaron imitar las hadas
 Sus pórticos de espuma y de vapor.

Una cintura de árboles y plantas
 Cada prodigio artístico rodea,
 Y el alma al contemplarlos se recrea
 En una doble y plácida ilusion:
 Parece que el jardín de las Hespérides
 Sobre el templo de Júpiter irradia,
 Y los verdes laureles de la Arcadia
 Tejen una diadema al Parthenon.

Hay jazmines de lágrimas del día
 Y azucenas de ráfagas de luna,
 Camelias de vapor de la laguna
 Y dalias de arrebol crepuscular;
 Parras de escarcha, cuyas blancas hojas
 Suspendidas están en el vacío,
 Con apretadas uvas de rocío
 Que hace el soplo del céfiro oscilar.

No ménos digna de notarse es la descripcion del Valle de las almas simpáticas, donde se encuentran los que se amaron en la tierra; Laura y Petrarca, Beatriz y Danté, Julieta y Romeo, vagando entre aquellas flores etéreas y anegados en los éxtasis del espíritu, despiertan en el alma un sentimiento dulce y misterioso como el primer sueño de amor.

Larga taréa sería seguir rasgo á rasgo los felices toques de que está salpicado este pequeño poema; otras composiciones reclaman nuestra atencion, y necesitando, por la poca pericia de mi pluma, acompañar estas indicaciones críticas con algunos trozos que las justifiquen, me permitiré pasar á otro asunto.

Lástima que el libro que nos ocupa no abunde en trabajos de la naturaleza de éste; las composiciones que lo forman, si bien todas fáciles, la mayor parte notables y muchas modelo de clasicismo lírico, no son de la índole de la que acabamos de notar y del nocturno *Graziella*.

Y yá que la nombramos, diremos algo de esta preciosa leyenda.

Dedicada á la memoria de *Lamartine*, poeta favorito del Sr. Mas y Prat, no tiene del autor francés más que el nombre.

Completamente original, por más que el abuso de dísticos le dé cierto sabor de imitación, más bien parece ocultar un recuerdo propio que una reminiscencia ajena; ni por su desarrollo, ni por su desenlace, se parecen en nada las aventuras de las dos pescadoras de Prócida.

Como la fantasía, adolece del defecto de ser demasiado concisa, cosa tanto más notable cuanto que, si algun defecto puede notarse en alguna de las bellas poesías líricas de que no hemos hecho mencion, entre las que contamos *El cuento azul* y la oda *Al sueño*, es sin duda la ampliación, defecto comun en los vates de nuestra pátria, debido más á exuberancia de ideas que á falta de gusto poético.

Sencilla por demás esta leyenda, y versificada con esmerada facilidad, abunda en trozos inapreciables. Los romances, en particular, son verdaderamente clásicos, y en los demás metros usados es notable el canto titulado *La Tempestad*, como puede verse por las siguientes octavas, donde resalta la recomendada armonía imitativa:

Yá estalló el huracan: de furia lleno
Alza la ola que iracundo hostiga,
Y hasta que vuelve al turbulento seno
Á elevarse en pirámides la obliga;
Retiembla el monte al retumbar el trueno,
Las nubes el relámpago castiga,
Y el cráter del Vesubio, allá á lo léjos,
Dá á las sombras sus fúnebres reflejos.

César oye zumbiar sobre su frente
Aquella tempestad, que se desata
Rodando por la atmósfera imponente
Como breña por ronca catarata;

Cercano el riesgo inevitable siente
 Y de acorrer á Graziella trata,
 Mientras en torno suyo el oleaje
 Dobla sus broncas voces de coraje.

Este bellissimo trozo, preparado con mano maestra, puede decirse que es de lo mejor de la leyenda: la situacion escepcional de los amantes; el cambio repentino y natural de la confianza en peligro; los esfuerzos de César

Por sostener el cuerpo de su amada,
 Que sobre el negro piélago se asoma
 Y en el fondo del barco se desploma;

el cuidadoso esmero del amante, que sin pensar en sí mismo

Sobre la frente de su amada vierte
 Agua del mar, y en su continuo duelo
 Cubre de ardientes ósculos los ojos
 Que dieron ántes á la luna enojos;

todo esto, repito, prepara perfectamente la calma que vuelve, descrita en estas dos felices y correctas octavillas:

De aquella negra mortaja
 Entre los rotos girones,
 Brillantes constelaciones
 Comenzaron á asomar:
 La mano de la Esperanza
 Se posó en los elementos,
 Y los iracundos vientos
 Dejaron tranquilo el mar.

El rayo olvidó la encina
 Que tal vez amenazaba,
 Y el trueno que retumbaba
 Á sus cavernas rodó:
 Dejó el relámpago súbito
 Su luz pálida y medrosa,
 Y el alba de nieve y rosa
 El horizonte bordó.

La facilidad, la sencillez y la pureza de diction campean en esta leyenda; bien es verdad que el Sr. Mas y Prat no usa jamás las trasposiciones culteranas, ni abusa de las licencias del lenguaje trópico, vicio comun en las letras españolas desde que el caprichoso Góngora y el romántico francés Hugo inocularon sus nocivas escentricidades.

No dejaré de conceder que así como lo sublime está cerca de lo ridículo, lo sencillo suele perderse en lo grosero; mas el génio que sabe evitar los escollos, brillará mejor con el atavío de la naturalidad que con el oropel romántico ó el anfibológico culteranismo.

Después de las composiciones que dejo mencionadas, justo será que diga algo sobre un género favorito del autor: los orientales.

Apurado el gusto en la materia, la crítica moderna no se rinde á los halagos de los orientalistas y sólo puede permitir á nuestros poetas que los usen con sobriedad y sólo por via de indemnizacion á los malos ratos que les proporciona el estudio de la sociedad moderna.

El Sr. Mas ha conseguido, apesar de esto, hacernos agradable el género en sus dos más acabados, *Una nube* y *Presentimientos*. La difícil facilidad de los preceptistas brilla en ámbos y cada uno; y no vacilaré en asegurar que sólo en nuestro precioso romancero pueden hallarse algunos que se les asemejen. Hé aquí, del primero, la pintura de un árabe celoso en el misterio de su haren:

Esto dijo Abenamet
Mesando su luenga barba
Y llevando entre sus dedos
Los crespos rizos de rabia.

Mas un beso de Zulema,
Que riendo le escuchaba,
Sobre un divan de Damasco
Muellemente reclinada.

Como el sol corta las nubes
Cortó la duda en su alma,
Y serenóse su frente
Que la tormenta anunciaba.

El titulado *Presentimientos* es especialmente un verdadero trabajo clásico; la mezcla monstruosa de caballeridad y barbárie del siglo de los Almanzores resalta en él de una manera inimitable. Hé aquí su asunto.

Una sultana dice á su amado que vá á partir á la guerra:

—«No ciñas al ágil talle
Áspera cota de mallas.

Ni fatigues á tu yegua
 Con el peso de las armas.
 »Viste, viste tu márlota
 Guarnecida de oro y plata.
 Y oprime el gallardo pecho
 Con los lazos de mi banda.
 »Pon aromas al cabello
 Y peina la crespa barba,
 Respira amor y placeres,
 No aspire humo y matanza.»

Delicada y ardiente súplica que, apesar de hacer gran mella en el corazon de roca del moro, es contestada con esta bárbara y expresiva órden:

«¡Conmigo los de á caballo,
 Esa mujer á mi alcázar!...»

Frases que dicen toda la amargura del amante y toda la fiereza del guerrero.

Con pesar voy á concluir este prolijo análisis, haciendo notar una caprichosa particularidad que resalta en este libro: la carencia de sonetos.

No negaré, como indica nuestro jóven poeta, que hay pocos buenos y muchos malos, que en esa composicion no deben admitirse términos medios, y que todo mal coplero usa y abusa de él inconscientemente; pero esto no disculpa su capricho, puesto que por sus dotes está obligado á no despreciar el ornamento más clásico de nuestra literatura.

Réasumiendo, pues, mis consideraciones, diré que el Sr. Mas y Prat es verdaderamente poeta; que versifica con facilidad, sin amaneramiento y con deliciosa cadencia; que tiene el delicado sentimiento de la escuela mística, sin participar de sus preocupaciones ni de sus extravagancias; y que entre la brillante pléyade de nuestros líricos, tendrá siempre un puesto y una rama de laurel.

Bien es verdad, que es á veces fútil en sus asuntos y no siempre intachable en la forma; pero ¿quién está exento de extravíos? Es jóven; tiene inspiracion, y en sus concepciones bullen las idéas nuevas; la critica no debe ser inflexible con el autor de HOJAS SECAS.

Réstame dar una ligera ojeada á las composiciones si-

guientes; mas en la imposibilidad de analizarlas por el rigor de los límites, recomendaré al lector *El cuento azul*, *La ermita del valle*, *En el Adriático*, la oda *Al sueño*, *El primer crepúsculo* y *El mendigo*; como así mismo *El adios á Rossina* y el *Nocturno de Beethoven*.

No sé si habré cumplido mi propósito; taréa espinosa y difícil es rasgugar un juicio crítico sin dotes para ello, pero si mis apreciaciones son erróneas, en cambio no pecarán de apasionadas, puesto que no me liga con el autor más que la simpatía natural de todo amante de las bellas letras. Léjos de mí la idéa de haber hecho un trabajo correcto y concienzudo; sólo creo, al dar cima á mi taréa, que habré logrado escitar al lector á que hojee este libro; yá que por desgracia en el siglo que corre, tanto por sus aspiraciones cabalísticas, como por la abundancia de producciones *de brocha gorda*, suelen deslizarse ante el público, sin que éste se aperciba de su paso, mucho más si se notan en su texto esas líneas escalonadas y desiguales que delatan al arte de Horacio.

Madrid, 1872.

Adolfo Becerra de Alarcon.

DIVISION DE LA OBRA.

PRIMERA PARTE.

CREPÚSCULOS.

SEGUNDA PARTE.

NOCHES DE LUNA.

TERCERA PARTE.

DEDICATORIAS.

INSTITUTO DE LA ORNA

CREPUSCULOS

NOCHES DE LUNA

DEDICATORIAS

QUIETUD DEL FOGAR

CREPÚSCULOS.



¿Recuerdas aquellas tardes andaluzas, en las que leíamos juntos el *Pablo y Virginia* de Saint Pierre ó el *Rafael* de Lamartine?

Tú bordabas mientras yo leía, y cuando el crepúsculo no te dejaba continuar tus labores, cojias uno de aquellos libros y tu voz insinuante y argentina daba vida á aquellos cuadros encantadores que hacian vibrar las cuerdas todas del sentimiento.

A esa época se refieren mis más ardientes cantos, y en ellos vá envuelto el recuerdo sagrado de nuestros primeros sueños.

MIS RECUERDOS.

QUIETUD DEL HOGAR.

FRAGMENTO.

—Muestra el cielo torvo ceño,
Y los árboles cimbreo
Del espacio el ronco dueño:
¡Echa, Tomás, otro leño
Y aviva esa chimenea!

Pronto el huracan bravío
Arrancará los nogales
Remolcándolos al río,
Y vendrá el granizo frío
Á azotar esos cristales.

Pronto, al fugaz resplandor
Del relámpago que espira,
Seguirá el ronco estridor
Con que acentúa el Señor
El lenguaje de su ira.

Dichoso quien de su hogar
En la plácida quietud,
Oye el trueno retumbar,
Y á los abismos rodar
Entre espumas el alud.

Quien de la noche lluviosa
Pasa la eterna vigilia,
Á la lumbre deliciosa
Que baña con luz dudosa
A su agrupada familia.

¡Ay del pobre peregrino
Que envuelto en mísero andrajo
Sufre el rigor del destino!
Dios le señale el camino
De nuestra quinta del Tajo.

Así la luz del portal
Haga su rumbo más breve,
Por el sendero fatal
Que parte del robledal
Invadido por la nieve.

¡Truena!... el eco pavoroso
En la montaña retumba,
Permita el cielo piadoso
Librar al menesteroso
Del alud que se derrumba.

¿Palideces, hija mía?
¡Tranquilízate, Clemencia!
Esa ráfaga sombría,
Es Dios quien la enciende y guía
Y no hiere á la inocencia.

Nunca, inocente, rehuyas
La indomable tempestad
Ni contra su dolo arguyas;
Venganzas son como tuyas,
Sólo hieren la maldad.

Jamás esta quinta honrada
Que cuenta sin cuenta Mayos
Fué por el rayo tocada;
Sólo en la régia morada
Hace falta el para-rayos.

CANTARES.

En el bullicio del mundo
Solo estoy con mis pesares,
Si alguno vive contento
Que no venga á acompañarme.

La lápida del olvido
He puesto sobre tu amor:
¡Yá puedes amar á otro,
Por tí estoy rogando á Dios!

Aves que vais á mi pátria
Cruzaed felices el viento;
¡Ay, si yo tuviera alas
Fuera vuestro compañero!

¿Te acuerdas, niña? ¡allí fué!...
Dijiste: ¡qué feliz soy!...
Me olvidaste y te olvidé....
¡Lo que vá de ayer á hoy!

UN CUENTO AZUL.

—><—><—

ORIENTAL.

—

Pláceme historias pasadas de andante caballería.

AROLAS.

I.

Pláceme cuando el desvelo
Vaga en los flotantes tules
De un lecho de terciopelo,
Decir mis cuentos azules,
Porque son color de cielo.

Sultana que te reclinas
Sobre almohadones de plumas,
Como las blancas ondinas
De las aguas cristalinas
En las móviles espumas:

Oye, si place á tu oido,
Mi cuento caballeresco,
De azul y rosa teñido,
Perfumado y encendido
Como el pebete arabesco.

II.

En un haren de Estambul,
Entre perfumes y flores,
Sándalo, perlas y tul;
Una esclava de Gazul
Lloraba cuitas de amores.

Como esquivaba al sol la estrella,
La niña al moro esquivaba,
Y él suspiraba por ella;
Gazul amaba á la bella
Y ella por otro lloraba.

Á fuer de altivo y galan
Es el moro noble y bravo;
Pero tal sus cuitas van,
Que apesar de ser sultan
Es las más veces esclavo.

La nazarena se esfuerza
En no dar pábulo al fuego;
Y él, aunque su orgullo tuerza,
No prefiere por la fuerza
Lo que puede dar el ruego.

Una noche que la luna,
Por penetrar lo vedado,
Entró en la estancia moruna
Deslizándose importuna
Por un ajimez calado,

Con la frente pesarosa,
Á los piés del noble moro,
Halló postrada á la hermosa,
Á la ráfaga dudosa
De una lámpara de oro.

La nazarena gemia
Y en sus amores soñaba;
Y así sus quejas decia,
Olvidando que la oía
El mismo á quien despreciaba:

«¡Oh! déjame, moro fiero,
Que corte otra vez las olas,
Que yo á tu alcázar prefiero
La cruz de mi caballero
Y mis costas españolas.

»Déjame, que dame enojos
De este celaje el azul,
Y húmedos están mis ojos
Cuando el sol dá visos rojos
Á las torres de Estambul.

»¿Qué me valen tus consuelos
Ni tus bárbaros amores;
Qué me son tus terciopelos,
Tus perfumes y tus velos,
Tus pebetes y tus flores?

»¿Qué el susurro de esa fuente
De kioscos rodeada
Que se arrastra lentamente;
Qué tus pájaros de Oriente
Presos en cárcel dorada?

»¡Ay mi vega de Granada,
Ay mi Genil placentero,
Ay mi pátria idolatrada,
Ay la divisa morada
Que viste mi caballero!

»No te irriten mis enojos,
Vuélveme, moro, á mi hogar,
Y ante tí caeré de hinojos;
¡Mira cuál están mis ojos
Turbios de tanto llorar!

» ¡Allí ilumina la aurora
El castillo de mi padre,
Allí vela el que me adora,
Allí está el sáuce que llora
En la tumba de mi madre! »

Oyó Gazul de la esclava
El melancólico ruego,
Y dijo, miétras rodaba
Una perla que saltaba
De su pupila de fuego:

« Bien sabe Alá que te aprecio,
Aunque tu desden me reta,
Y que por tu amor desprecio
Las vírgenes de más precio
Del mercado de Damietta.

» Bien sabe Alá que daría
por un beso de tu boca
Mi bandera y mi gumía,
El cintillo de mi toca
Y el faro de Alejandría.

» Bien sabes tú, nazarëna,
Que soñé en tus lábios rojos,
Y que al verte en Cartajena
Colgué á Zayde de una almena
Porque puso en tí los ojos.

» Pues bien, hermosa Gacela,
Libre te deja Gazul,
Tu española carabela
Se hará mañana á la vela
En las playas de Estambul.

« ¡Parte! y que el ángel amigo
Mueva las soberbias olas
Hasta que encuentres abrigo;
Mi corazon va contigo
Á tus costas españolas.

»De hoy más, nunca tu desden
Esquivará mis abrazos;
Parte y llévate mi bien,
Que en mi solitario haren
No he de buscar nuevos lazos.

»Para tí elevé en mis playas
Esos palacios dorados,
Por cúpulas terminados,
Que cercan cien atalayas,
Con ajimeces calados.

»Para tí sembré de rosas
Sus kioscos orientales,
Y en sus cámaras lujosas
Puse fuentes olorosas
De transparentes cristales.

»Pues todos esos primores
Que te agrupé con usura;
Kioscos, y cenadores,
Y torres, y miradores
De arábiga arquitectura:

»Puesto que solo me siento
Y yá sé que no me amas,
Cuando dejes tu aposento
Desde el remate al asiento
Serán presa de las llamas.

»Y cuando bañe esa cumbre
El crepúsculo sombrío,
Encendiendo esa techumbre
Haré una antorcha que alumbre
La estela de tu navío.»

Esto dijo el triste moro
Con ronco acento á la esclava,
Que, bañada en turbio lloro,
Sus piés de hinojos besaba
Calzados con seda y oro.

Y en silencio recobrando
Su tunecino alquicel,
Y á lento paso girando,
La estancia régia dejando
Cerró la puerta tras él.

III.

El alba en las nubes vuela
Con alas de tibio azul,
Y alumbra una carabela,
Que se vá á hacer á la vela
En las playas de Estambul.

Es la carabela apresada
Á la flota castellana,
Que, cumpliendo su promesa,
Devuelve Gazul ilesa
Á la cautiva cristiana.

Yá el piloto á mandar iba
Volver la quilla hácia Europa,
Y áun dudosa la cautiva
De tanto bien, pensativa
Se reclinaba en la popa,

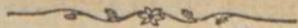
Cuando se vió que subian,
Iluminando el espacio,
Lenguas de fuego que huian,
Y en su fuga destruian
Las cúpulas de un palacio.

Caen las piedras con estruendo,
Y á los rojos resplandores
Se ván los muros hendiendo;
En sus escombros sumiendo
Mármol, estucos y flores.

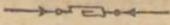
Mancha el humo el limpio azul,
Y el ávido fuego corre
Por los muros de Estambul....
Del palacio de Gazul
No quedará ni una torre.

Fiel el moro á la promesa
Que hiciera á la hermosa esclava,
Que en mal hora fué su presa,
Convirtió en humo y pavesa
El alcázar que habitaba.

Y en tanto el ancla en son grave
Gimió al salir de las olas,
Dejando libre á la nave,
Que se lanzó comò un ave
A sus costas españolas.



Á UN RETRATO.



¡Yo no os puedo decir cuánto es hermosa
Como el azul y el oro en rica tela,
Como luz de mi vida dolorosa
Que en el mar de mis lágrimas ríela!
AROLAS.

¡Es ella, sí, es mi amada! esa es su frente,
Blanca como los mármoles de Grecia;
Esa es su boca de coral y nácar,
Esos sus ojos de mirada intensa.
¡Qué hermosa está! Sobre su blanco cuello
Se deslizan las ondas de sus trenzas...
¡Oh, si estos lábios que acaricio hablarán!
¡Oh, si estos ojos que contemplo vieran!
Imágen dulce de la amada mía,
Que mis insomnios de dolor consuelas,
¿Por qué no miras y verás mi llanto?
¿Por qué no escuchas, sentirás mi pena?
¡Todo es en vano! mis continuos besos
No logran reanimar esta vitela,
Aunque al contacto ardiente de mi boca
Sus insensibles átomos se queman.
Inmóviles están sus rojos lábios,
No se alza seductora su cabeza,

Fijas están sobre su blanco cuello
Las ondulantes líneas de sus trenzas.

¡Oh! ¿por qué siendo el alma de mi alma,
La vida que circula por mis venas,
Léjos estoy de la que adoro tanto,
Bebiendo el jugo amargo de la ausencia?

¡Ondas de mi Genil, que tantas veces
Reflejásteis su imágen hechicera,
Con más placer que el junco de las márgenes
Y el rosado matiz de las adelfas!

Decidle cuando el mundo esté dormido
Y ella sueñe en mis lágrimas despierta,
Que le mando en un rayo de la luna
Todo el cariño que mi pecho alberga.

Decidle que es su aliento más süave
Que el perfume del nardo y la violeta,
Y su boca más dulce y más sabrosa
Que los frutos de Nápoles y Hesperia.

¿Habeis visto el lucero de la tarde
Cuando con blancas ráfagas os besa?
¿Habeis visto las nubes de la aurora
Cuando el sol las esparce ó las condensa?

Dios lá hizo surgir ante mi paso
Como surge el oasis en la arena,
La fuente cristalina en la montaña
Y el árbol en la sávana desierta;

Como esas ténues lámparas nocturnas
Que en las azules bóvedas se cuelgan,
Cuando manda á los ángeles que arrollen
El crespon que tendieron las tormentas.

¡Cuántos recuerdos, seductora imágen,
Tus delicadas líneas me despiertan!
¡Cuántos recuerdos, que pasaron rápidos
Como pasa la alondra por las selvas!

Pláceme el evocarlos uno á uno,
Porque forman mi única riqueza,
Y son más gratos á mis dulces sueños,
Que á los del rico avaro las monedas.

Pláceme recordar aquellas noches
Con sus rayos de luna y sus estrellas,
De caricias y amores perfumadas
Y de placeres misteriosos llenas.

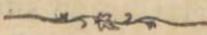
Que es dulce deleitarse en un recuerdo
Oculto como un lago entre la niebla,
Para el viajero que su cauce ignora
Y cruza indiferente por la selva.

Al mundo se lo velo, y lo descubro
Al triste corazón cuando se queja,
Que el raudal de placer que hay en mi pecho
Sólo hay una mujer que lo comprenda.

AÑO 1869.



EL VALLE DE ANDALUCÍA.



I.

Allá velado en los opacos tules
De la flotante y vaporosa bruma,
Al fin mis ojos contemplarte pueden
Siguiendo al ave que el espacio cruza.

Mas nó cual ántes de esmeralda henchido,
Mas nó vistoso cual mi afan te busca;
Nó con espigas que llenára Céres,
Nó con tus prados de olorosa púrpura.

Yá, Valle hermoso, el colorin parlero
Que el alba estiva trinador saluda,
Que el claro arroyo de pequeño cauce
Con sus alillas de color enturbia,

No posa, nó, sobre las verdes ramas
Del alto pino y de la encina ruda,
Ni los arrullos de perdida tórtola
La pastorcilla enamorada escucha.

Yá no contemplo en las tendidas eras
Oro que limpia plateó la luna
En clara noche de ardoroso estío,
Rica estacion de sezonadas frutas.

Yá no contemplo las hojosas vides
Con sus colgantes de apretadas uvas;
Ni la guitarra vibradora escucho
Que el andaluz enamorado pulsa.

Yá, cuando Febo tras azul y grana
Sobre las nubes el Olimpo surca,
En vez de espigas, de pintadas flores,
Baña arboleda de verdor desnuda.

Que yá, nó el aura que meció las hojas,
Mas Aquilon embravecido zumba,
Y huyendo Progne á la abrasada Libia
Quéjase triste Filomena oculta.

¡Cuál se deslizan las ligeras horas!
Ayer matices de estival verdura,
Hoy negros tintes de invernal tristeza,
¡Cuál vence el tiempo en su continua lucha!

Tambien mi dicha, pintoresco Valle,
Cual copo blanco de ligera espuma
Voló, trocando su matiz de rosa
Entre la sombra del pesar oscura.

Tambien las flores de carmin y oro
Que rodëaban mi tranquila cuna
Se marchitaron, cual el mústio nardo
Que crece al pié de solitaria tumba.

Tambien ¡oh Valle! cuando á verte vuelvo,
Árido campo mi ilusion vislumbra,
Que cruzo el mundo cual la seca hoja
Que al precipicio arrebató la lluvia.

II.

Yá el arroyo, que manaba
Como cinta trasparente,
Que en juncos se desataba
Y entre flores serpeaba,
Es devastador torrente.

Yá las hojas desprendidas
Vuelan del Austro agitadas,
Y las ramas sacudidas
Tórnanse descoloridas,
Por las lluvias azotadas.

Yá la linda espigadera,
Del sol poniente á la luz,
No canta alegre en la era,
Escuchando placentera
Al segador andaluz.

Ni la guitarra alhagüeña
Alegre el florido prado;
Ni la hermosa malagueña
El pié diminuto enseña
En cintas aprisionado.

Las flores se marchitaron,
Las golondrinas huyeron,
Y los árboles dejaron
Las hojas que les legaron
Las estaciones que fueron.

Mas, presto la Primavera
Con su manto de alegría
Envolverá la pradera,
Y vendrá el ave parlera
Al Valle de Andalucía.

Y vendrán los colorines,
Al despuntar la mañana,
Á sus agrestes jardines,
Do se mecen los jazmines
Sobre alcatifas de grana.

Y prestará el lirio olores,
Y la rosa sus capullos;
El tulipan sus colores,
La tórtola sus arrullos,
Y las áuras sus rumores.

Y la linda espigadera,
Del sol poniente á la luz,
Cantará alegre en la era,
Escuchando placentera
Al segador andaluz.

Y entónces, Vallepreciado,
Cuando luzcas tu contento,
De mil flores matizado,
Habré la palma alcanzado
De mi amargo sufrimiento.

Que en vano puedo querer
Que vuelvan pasadas dichas;
Que nunca suelen volver
Las que torna el padecer
En incansables desdichas.

Desdichas, que cual el mar
Cuando ruje la tormenta,
Saben las dichas tragar;
Y en sus antros devorar
Cuanto hermoso se presenta.

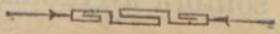
CANTARES.



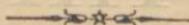
Yo besé una sensitiva
Y se plegaron sus hojas;
Si no me cierras tu pecho
Deja que bese tu boca.

Ayer te cogí una flor
Y la arrojastes al suelo;
Dime si con mi cariño
Lo mismo harás con el tiempo.

Ni una lágrima me queda
En las urnas de mi alma;
Si quieres que llore sangre
Dime que yá no me amas.



EL PRIMER CREPÚSCULO.



Le feu des étoiles
Commence à pâlir.
BERNIS.

I.

Por fin huyen las sombras de la noche
Y viene la luz pálida del alba,
Á ahuyentar de mi insomnio y de mis duelos
Las medrosas cohortes de fantasmas.

¡Oh, con cuánto placer la veo filtrarse
Por el turbio cristal de mi ventana,
Bañando débilmente los objetos
Con los blancos matices de sus ráfagas!

¡Oh, con cuánto placer abro los ojos
En los que vá á oscilar la última lágrima,
Y los derramo avaros por los ángulos
Donde gime la sombra avergonzada!

Huye, noche fatídica y sombría,
Que el corazon con duelos despedazas,
Y hielas nuestra sangre en las arterias
Con tus cuadros de tintas funerarias.

Huye, que á solas mi pesar devoro
Y me punza contar tus horas largas;
Porque tengo un dolor, por cada golpe
Que lanza á tu silencio la campana.

¡Oh, qué inmenso raudal de luz y amores
En tus pardas tinieblas encontrára,
Si un aliento de fuego me envolviera
Y unos brazos de nieve me enlazáran!

¡Oh, qué dulce será trocar un lecho
En tálamo sagrado de dos almas,
Que se eleven unidas de la tierra
Para anegarse en mútuas confianzas!

¿Qué me valieran, noche, tus legiones
De quiméricos sueños y patrañas?
¡Si sólo con un sol vais fugitivas!
¿Qué hiciérais con los ojos de mi amada?

Huid, huid, tinieblas; por el monte
Bajando vá la luz de la mañana,
Y la flor que recibe su rocío
Se viste con su traje de escarlata.

¡Qué preciosos matices colorean
Las puertas del Oriente sonrosadas,
Y cómo el sol su túnica de oro
Vá dejando caer sobre las aguas!

Las nubes en azul, púrpura y nieve
Huyendo por la atmósfera se bañan,
Y finjen en sus juegos caprichosos
Alamedas, campiñas y cascadas.

¡Con qué placer el pájaro dormido
Tiende en el aire las ligeras alas,
Libre de las tinieblas azarosas
Que sólo le brindaron asechanzas!

¡Con qué trinos la alondra vá subiendo
Hasta perderse en las azules sábanas,
Buscando á su inocente compañera
Que con alegre cántico la llama!...

¡Ay, salve, aurora! tu rosado manto
Tiende sobre el abismo de mis lágrimas,
Y ¡lleva entre tus rayos apacibles
Esta queja hácia el lecho de mi amada!

II.

Salve, ráfaga primera
De los albores diurnos,
Tú los fantasmas nocturnos
Truecas en aire y vapor:
Y levantas á las flores
Que, con lánguida pereza,
Inclinaron la cabeza
De las sombras al amor.

Tú sobre las nubes flotas
Al despertar la mañana,
Y con encajes de grana
Bordas la bóveda azul;
Tú viertes sobre los campos
Tus ánforas de rocío,
Y de las brumas del río
Coloras el leve tul.

Cuando por el hondo valle
Tu pálida frente asomas,
Se levantan las palomas
De sus lechos de verdor:

Y ván unidas en bandos
Á beber en la laguna,
Donde el disco de la luna
Vá perdiendo su fulgor.

Yá el pastor con su rebaño
Por la montaña desfila,
De la metálica esquila
Al monótono sonar:

Y el labrador codicioso
Cruza con la yunta el prado,
Preparando el corbo arado
Que la tierra ha de domar.

La tosca cabaña humea,
Y se oye el áspero ¡alerta!
Que lanza desde su puerta
El inteligente can:

Y ván cruzando los prados
Las tostadas segadoras,
Bellas como las pastoras
De los valles del Jordan.

Tal vez, del rústico techo
Bajo el pórtico de parra,
De la andaluza guitarra
Suenan la argentina voz:

Y entre tan vários rumores
El mundo vá despertando,
Y el sol su carro lanzando
Sobre las nubes veloz.

Como el sultan Nazarita
Deja el tálamo de plumas,
Él de su lecho de espumas
Levanta la régia faz:

Y sobre campos de púrpura
Que bordan nubes de plata,
Deslumbrante catarata
Lanza sus olas de paz.

¡Luz! Luz, el ave te llama
Y el insomne te desea;
Tu antorcha al pobre recrea
Porque brillas para él:
Sólo el rico, que entre orgías
Pasa la noche afanoso,
Sumido en letargo ocioso
Te olvida bajo el dosel.

De tus ráfagas al brillo
Mal los vicios ocultára,
Y en su rostro se marcára
La vergonzosa señal:
Por eso en la noche larga,
En desenfrenada orgía,
Parodia la luz del día
Con la luz artificial.

Fuegos fátuos, que aparecen
Cual luminosas estrellas,
Finjen virtudes las bellas
Y tiñe el carmin su tez:
Virtud dudosa, mentida
Como el tinte de su boca;
Virtud que al vicio provoca
Con fingida candidez.

La llama de las bujías
En los trajes reflejando,
Parece que vá rielando
En un lago de color:

Y en incitante abandono,
De placer y vicios llenos,
Palpitan mórbidos senos
A su ténue resplandor.

Y giran en torbellinos
En mil vueltas confundiéndose,
En la atmósfera meciéndose
Impregnada de azahar:
O se recuestan rendidas
En pabellones de aromas,
Como aturdidas palomas
Cansadas de voltrear.

Visiones de las tinieblas
Que rayos de luz circuyen,
Al nacer el día huyen
Para ocultar su rubor;
Como mágica cohorte
De forma dudosa y vaga,
Que el dedo de alguna maga
Evocase en derredor.

¡Ay de los que el alba amiga
Halla al besarles los ojos
Henchido el pecho de enojos
Y cansados de gozar:
En vano entre las tinieblas
Ocultarán sus dolores;
En vano buscarán flores
Donde espinas han de hallar.

LA CESTILLA.

BALADA.

Puedes irme dando
Veinte.... ciento.... mil....
NAVARRO.

Zagala morena
De los ojos negros,
La del pié pulido,
La del alto seno;
Deja que las ondas
Beban tus corderos,
Que no avanza el lobo
Si velan los perros.
El sol, tras el alba
Alzóse en el cielo
Con nubes de grana
En trono de fuego;
Dorando los bosques,
Besando los cerros,
Y sembrando lirios
Al pié del otero.
Siguiendo á la diestra,
Volviendo al siniestro,

Dicen que á una fuente
Nos lleva un sendero;
Sus aguas son claras,
Y forman un cerco
Con álamos blancos,
Los álamos negros.

De juncos tejidos,
Pintados y secos,
Con leves labores
Allí tengo un cesto.

Tiene por adorno
Tres lazos de fuego,
Y tres, azulados
Con borlas y flecos.

Entre hojas verdosas
Y flores, cubiertos,
Encierra maduros
Mil frutos diversos.

La fresa encendida,
Y el dátil honesto
Que crece en las palmas
Hijas del desierto.

Las uvas doradas
Del verde viñedo,
Tendrás alternando
Con pomas y peros;

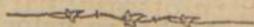
Y tersa granada,
Que en túrbidos velos
Oculta de néctar
Los granos pequeños.

Cerezas y guindas,
Que en grato himeneo,
Gracias enlazan
Sus cabos revueltos.

En fin, cuantos frutos
Nos brindan los huertos
Desde el rojo Estío
Hasta el cano Invierno.

Si esto no te place,
Si no basta esto,
Te daré.... ¡no huyas!...
Uno, dos, tres besos,
Ocho, diez y doce,
Veinte, treinta.... ciento,
Á ver si me quieres
Como yo te quiero.
Zagala morena
De los ojos negros,
La del pié pulido,
La del alto seno;
Deja que las ondas
Beban tus corderos,
Que no avanza el lobo
Si velan los perros.

AÑO 1867.



Á UNA ROSA ENTREABIERTA.

Á

¿Qué es más que el heno á la mañana verde,
seco á la tarde?

RIOJA.

I.

Como tus rojas hermanas,
Ávida de luz y amores,
Abres tus hojas livianas
En las primeras mañanas
De la estacion de las flores.

Lucha tu seno plegado
Por conservar el perfume
Que tu cáliz ha formado,
Mas por contemplar el prado
Tu pétalo se consume.

En tu imbécil ambicion
Importunas á la brisa,
Henchida de presuncion,
Pidiéndole la impresion
De su ligera sonrisa.

Y al sol que vá apareciendo,
Y al ave que vá cruzando,
Parece que estás diciendo:
—¡Ved cuán bella voy creciendo,
Nuestra pradera esmaltando!

—¡Ved cuál las hojas suspiran
De mi beldad envidiosas,
Ved cuál en círculo giran
Y embelesadas me miran
Abejas y mariposas!

Esto dices, contemplando
Tu faz roja en la corriente,
Por abrir ambicionando;
Á torrentes derramando
Los ámbares de tu frente:

Esto dices, ¡ay cuitada!
Por la vanidad herida
Y el orgullo acariciada,
Sin conocer que á la nada
Lleva el exceso de vida.

¿Qué es la tuya, más que el paso
De esa nube pasajera
Desde el oriente al ocaso;
Durable lo que la cera
Vertida en ardiente vaso?

¿Qué es más que un pliegue de bruma
Que rompe frágil barquilla,
Qué es más que una débil pluma,
Un copo de blanca espuma,
Un relámpago que brilla?

¡Si tu corola has de abrir
Para verla deshojar!
¿Por qué pugnas por lucir,
Si tan pronto has de morir
Y tan poco has de gozar?

Plega, plega flor preciada
Tu clámide sonrosada
Si por ello no te enojas;
Yá que mueras olvidada
Guarda el perfumè en tus hojas.

No escuches la baja ola
Que te adula desde el río,
Ni á la servil amapola;
No te incite la aureola
Que dá á tu frente el rocío.

Que es tu vida el fácil paso
De esa nube pasajera
Desde el oriente al ocaso;
Durable lo que la cera
Vertida en ardiente vaso.

II.

Rosa, sin duda deliras,
Y en tu delirio orgulloso
Por desplegartè suspiras,
No conociendo las iras
De este mundo proceloso.

Vana será tu hermosura,
Tu pureza y tu fragancia;
Sólo probarás tortura,
Sólo tendrás amargura,
Sólo verás inconstancia.

Si fueras limpio diamante
Ó esmeralda transparente,
El hombre ciego, anhelante,
En su ambicion impaciente
Te guardára delirante.

Y si tu tallo inodoro
Y tus hojas peregrinas
Fuesen de plata ó de oro,
No guardáran tal tesoro
Esas punzantes espinas.

Mas si eres rica en colores
Y poderosa en aromas;
Si por reina de las flores
Te cantán los ruisseños
Y te arrullan las palomas;

No seduce tu color
Al avariento mortal,
Que no aprecia tu candor
Porque á la más pura flor
Prefiere siempre el metal.

Que el *selam* de los amores
No circula en los palacios
De los soberbios señores;
¡Qué tienen que hacer las flores
Donde brillan los topacios!

Rosa, tus hojas inclinas
Porque la pena te embarga;
Y en mi cancion adivinas
Una verdad con espinas
Porque es verdad muy amarga.

Pero, si tē hago llorar
Otro te hará sonreir,
Y al fin vendrá á resultar
Que entre sufrir y gozar
Vivirás hasta morir.

Adios, Rosa; yá el sol lanza
Su última luz sobre el río,
Y pues que todo es mudanza,
Aduérmete en la esperanza
Que es de la vida el rocío.

AL GUADALQUIVIR.

No sé por qué tu rápido oleaje,
Que ondula sosegado
Al retratar el plácido celaje
Acariciando el prado;
No sé por qué tu espuma pasajera,
Tus márgenes de flores,
Encienden de mis lágrimas la hoguera
Y hostigan mis dolores.

No sé por qué, Guadalquivir tranquilo,
Vengo triste á tu orilla,
Y en los escollos del pesar vacilo
Cual trémula barquilla;
No sé por qué cuando la noche cierra
Demándole consuelo,
Y viendo muda á la dormida tierra
Alzo la vista al cielo.

No sé por qué, te digo, y estoy loco
Cuando el golpe no siento
Del triste corazón, que poco á poco
Me dice mi tormento;

No sé por qué, te digo, y voy contando
Las horas de mi pena,
Y de gratas imágenes poblando
La atmósfera serena.

¡Yá sé por qué, Guadalquivir tranquilo,
Vengo triste á tu orilla,
Y en los escollos del pesar vacilo
Cual trémula barquilla!
¡Yá sé por qué tu espuma pasajera,
Tus márgenes de flores,
Encienden de mis lágrimas la hoguera
Y hostigan mis dolores!

Me falta el sol que tu oleaje besa
Cuando el ocaso arde,
El lucero apacible que atraviesa
Las nubes de la tarde;
Me falta el lirio azul de la pradera
Que baña la laguna,
La vírgen de los sueños hechicera
Que baja con la luna.

Tú, claro río, que tambien murmuras
Y como yo te quejas,
Y á veces cual mi alma, en ondas puras
Tristes nubes reflejas,
Vuelve, vuelve tus aguas hácia el valle
Donde suspira ella,
Y ántes que el arpa del pœta estalle
Torna sobre tu huella.

¿Qué me valen ¡oh Bétis! esas luces
De púrpura y de gualda,
Que coloran tus campos andaluces
Y besan tu Giralda?

¿Qué ese de frutos, flores y arboledas,
Espléndido tesoro;
Tus alcázares llenos de alamedas
Y tu torre del Oro?

¿Qué me vale que copies orgulloso
Tanta belleza, y tanta
Gala gentil del suelo delicioso
Donde posas tu planta;
Si no ves en tus ondas retratada,
Aunque te cause enojos,
La negra cabellera de mi amada
Ni sus hermosos ojos?

Pregúntale al Genil, que es tan dichoso
Que la tiene en su orilla,
Si es Véspero en la tarde más hermoso
Cuando sin nubes brilla;
Pregúntale si el alba tiene flores
Más blancas que su frente,
Ó el sol al descender más resplandores
Que su mirada ardiente.

¡Ay! tú no sabes, apacible río,
Con qué fuego la adoro,
Ni qué lucha destroza el pecho mío
Cuando canto y no lloro;
Tú no lo sabes, cuando no detienes
Esas ondas suaves
Y á consolarme silencioso vienes....
¡Bétis, tú no lo sabes!

Como ruedan al mar esas espumas
Con caprichosos giros,
Ván á mi amada entre las ténues brumas
Rodando mis suspiros;

En su mórbido seno hallan reposo
Y plácida acogida.
¡Ay! ¿Por qué de ese asilo delicioso
Léjos paso la vida?

¡Oh, qué gratas me fueran tus orillas,
Guadalquivir sonante,
Tus márgenes, tus olas, tus barquillas,
Tu cielo deslumbrante!
¡Oh, qué gratas tus brisas y tus flores,
Tu curso sosegado,
Si dos almas que sienten sed de amores
No hubieras separado!

¡Adios, Guadalquivir, de tí me alejo
Sumido en mis pesares;
La copia fiel de mi pasion te dejo
En estos mis cantares:
Si luce el día en que mi duelo tenga
Un término risueño,
Tal vez gozoso á confiarte venga
La realidad de un sueño!

TRES BESOS.

—♦♦—
BALADA.
—

I.

Cuando la oracion caia
Con las sombras de la tarde,
Y la doliente campana
Daba su voz á los aires;
Arrodillada en el huerto
De la casa de mi padre,
Del álamo más copudo
Bajo el frondoso ramaje,
Sentí un beso en la mejilla:
¡Era el beso de mi madre!

II.

Por cinco veces capullos
Salpicaron mis rosales,
Y cinco las golondrinas
Volaron hácia los mares.

Siguiendo la romería
De las vírgenes del Valle,
Un mancebo de ojos garzos
Me rogó que le escuchase;
Eran sus lábios de fuego,
Gentil y apuesto su talle,
¿Cómo odiarle sin oírle?
¿Cómo oírle sin amarle?

Cuando la tranquila luna
Besaba con luz brillante
Los álamos y las parras
En el huerto de mi padre,
Bajo la discreta sombra
De un pabellon de ramaje,
Entre el ardiente delirio
De enloquecedoras frases,
Viendo una trémula mano
Ceñir con afan mi talle
Y respirando en el fuego
De una atmósfera süave,
Sentí un beso entre mis lábios:
¡Era el beso de mi amante!

III.

Yá Octubre seca las hojas
Y Enero troncha el ramaje,
Y no hay flores de escarlata
En el huerto de mi padre.
Los sueños de eterna dicha
Se escaparon con mi amante;
¡Que quien en palabras fia
Suele del viento fiarse!

Aquella anciana benigna
Que se llamaba mi madre,
Se fué al cielo, y en la tierra
Sólo me dejó su imágen.

Nada me resta de aquellas
Noches de placer, y tardes
Saturadas de pureza
Y caricias maternas.
¿Qué se hicieron nuestras horas?
Chispas de fuego fugaces
Fueron; ¡cual globos nocturnos
Escaparon por los aires!
¿Por qué se van los placeres
Y se vienen los pesares....?
*¡Ay, el beso de la muerte
Vendrá presto á acariciarme!*

AÑO 1868.



AUSENCIA.



Náyade blanca, que en las ténues ondas
Juegas mostrando tu desnudo seno,
Díle á mi jóven pastorcilla amada,
¡Díle que muero!

Blanco cordero que en el verde prado
Paces alegre la menuda yerba,
Díle á mi jóven pastorcilla amada,
¡Díle que vuelva!

Céfiro fresco, que á las flores robas
Gratos olores que en el éter vagan,
Corre ligero y mis suspiros lleva,
¡Lleva á mi amada!

Cuéntale el fuego que mi pecho abrasa,
Cuéntale el llanto que mis ojos quema,
Cuéntale el ánsia que mi vida oprime,
¡Cuenta mis penas!

Yá no contemplo sus preciosos ojos,
Yá no contemplo sus preciosos lábios,
Que á los claveles que en la loma nacen
Daban agravios.

Yá no la veo, cuando el alba asoma,
Cruzar cantando por el valle ameno,
Yá no la veo recojerme lirios,
¡Yá no la veo!

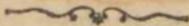
Esa es la fuente de cristal sonora
Do descansaba en la ardorosa siesta;
Este es el prado do cuidaba alegre
Mansas ovejas.

Esta es la casa, la pradera aquella,
La senda aquesta en que mi llanto vierto,
Su imágen una que en mi pecho guardo
Llena de fuego.

Blanco cordero, que en el verde prado
Paces alegre la menuda yerba,
Dile á mi jóven pastorcilla amada,
¡Dile que vuelva!

Náyade blanca, que en las ténues ondas
Juegas, mostrando tu desnudo seno,
Dile á mi jóven pastorcilla amada,
¡Dile que muero!

CANTARES.



Lloro cuando no me ves,
Y cuando me ves sonrío;
Yá que sufro yo por tí,
Que no sufras tú conmigo.

La perla no está segura
Entre las conchas del mar.
¿Tú, que estás sobre la playa,
Cómo te podrás guardar?

Todo el que tiene ilusiones
Alza castillos de arena,
Viene el soplo de los años
Y ni los cimientos deja.

La golondrina que vuelve
Halla á la vuelta su casa;
Yo tambien hallé mi nido,
Pero no encuentro mi alma.

UNA TARDE EN EL GENIL.

—><—

Á MIS AMIGAS....

—

BARCAROLA.

I.

Del sol en el ocaso los trémulos matices
Alumbran débilmente las torres de Cortés,
Los álamos hojosos que crecen entre juncos
Se miran en el agua que ondula á nuestros piés.

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra
Los sueños del crepúsculo evoco en mi laud,
El roce de los remos los dicen á mi oido,
Del río que cruzamos la plácida quietud.

¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza
Nuestra ligera barca por el fugaz Genil!
Soñad en los amores, mecidas por las olas,
Al soplo de las áuras del pasajero Abril.

Detrás de aquellas cañas, en la cercana orilla,
Entre las verdes frondas se queja el ruiseñor.
¿Quién al oír sus trinos en medio de las aguas
No sueña mil placeres en alas del amor?

Tal vez de algun *ausente* la sombra fugitiva
Estas tranquilas horas empieza á acibarar,
Que nunca más el pecho por sus placeres clama
Que cuando agena dicha miramos apurar.

¡Mis jóvenes amigas! las penas de la *ausencia*
No dejen á los ojos las lágrimas subir.
¿Sabeis si hay sufrimiento que compararse pueda
Con la del pobre amante que presto vá á partir?

Atrás deja su madre, su techo y sus amores;
Atrás deja sus dichas, su cielo y su amistad;
Atrás deja los bosques que viera cuando niño,
Los cándidos recuerdos de la primera edad.

Mas veo en vuestra frente la sombra del disgusto
Y en vuestros claros ojos la niebla del dolor....
¡Cantad, alegres jóvenes, en tanto se desliza
Nuestra lijera barca, las trovas del amor!

Yo soy el pobre bardo que en la andaluza tierra
Los sueños del crepúsculo evoco en mi laud,
El roce de los remos los dicen á mi oido,
Del río que cruzamos la plácida quietud.

Las brisas sus perfumes de rosas y jazmines
De vuestros rojos lábios empiezan á libar;
La luna el régio disco, sobre el azul del cielo,
Sin una sola nube empieza á destacar.

De Abril la última tarde se hundió en el Occidente
Con las postreras luces del adormido sol;
Aún tiñe la montaña el resplandor postrero
Que deja en el ocaso el último arrebol.

Doblad, doblad los remos; bogad hácia la orilla
Que yá la noche tiende su manto de crespon,
Y en las esbeltas torres de la moruna Ecija
Exhalan las campanas el toque de Oracion.

II.

Boga, boga, Gondolero,
Corta las azules olas
Al son de las barcarolas
Que brotan de mi laud.
Nuestras alegres amigas
Se mecen en tu barquilla
Que se desliza á la orilla
En placentera quietud.

El sol hácia el Occidente
Cual ténue lámpara arde,
La última luz de la tarde
Reflejando en el Genil.
Las áuras embalsamadas
Por los verdes limoneros,
Traen los perfumes postreros
Del último dia de Abril.

Pronto las primeras sombras,
Cerniéndose sobre el monte,
Velarán el horizonte
Con melancólico tul:
Pronto de tranquila luna
Los caprichosos reflejos
Fingirán blancos espejos
Sobre la sábana azul.

Boga, boga, Gondolero,
Que huyen sin tardar las horas,
Y son muy encantadoras
Las que acaban de pasar:
Que el placentero recuerdo
De esta tarde, sobre el rio,
Grabado en el pecho mio
Para siempre ha de quedar.

PRESENTIMIENTOS.

ORIENTAL.

... No te vayas, por tu vida,
Que vendrán los Osmandinos
A besar á tu querida.
Vendrán por los arenales,
Cual tigres de horrendas garras,
Y cortarán mis rosales
Con sus corvas cimitarras.

AROLAS.

Ceñido el arnés brillante
Sobre la marlota grana,
Casi con el pié tocando
El estribo que le aguarda;
En la diestra el corvo alfanje
Y en la siniestra la lanza,
Para partir á la guerra
Aben-Zayde se prepara.
Recorre con tristes ojos
El ámbito de su alcázar,
Que en los pechos más valientes
El sentimiento se guarda,
Y aquellos moriscos muros
Velan con sus atalayas
Trozos de su corazón
Y pedazos de su alma.
Yá las bridas recogia
De su veloz africana,

Que impaciente las baldosas
Con el casco golpeaba,

 Cuando, como ráuda flecha,
Del pórtico de su alcázar

Una mora vino á él

Envuelta en túnica blanca.

 Tiene el cabello tendido

Sobre la mórbida espalda;

El seno con pocos tules,

Los ojos con muchas lágrimas.

 Con un suspiro que dice

Los pesares que la matan,

Besó los piés de Aben-Zayde

Al arrojarle á sus plantas,

 Y abrazando sus rodillas,

Y mirándole anegada

En turbio lloro, le dice

Tristemente estas palabras:

 «*No te vayas, por tu vida,*

¡Alma mia, no te vayas!

¿Quién halagará mis sueños

Si tus caricias me faltan?

 Deja el alfanje afilado

Y cuelga la aguda lanza,

Encanto de los torneos

Y rayo de las batallas;

 No ciñas al ágil talle

Áspera cota de mallas,

Ni fatigues á tu yegua

Con el peso de las armas.

 Viste, viste tu marlota

Guarnecida de oro y plata,

Y oprime el gallardo peto

Con los lazos de mi banda;

 Pón aromas al cabello

Y peina la crespa barba,

Respira amor y placeres,

No aspire humo y matanza.

¿Para qué quieres conquistas
Si tienes á tu Granada?

¿Para qué buscas preseas

Si tienes á tu sultana?

¿No es más hermoso el rumor
De la morisca dulzaina,

Que el toque de arremetida

De las trompas castellanas?

¿No es más dulce despertar

Al arrullo de la danza,

Que al eco de los clarines

En los campos de batalla?

Si quieres probar tu arrojo,

Juega en el palenque cañas,

Y átate al brazo mi toca

Y lleva al pecho mi banda.

¡Pero no salgas al campo!

¡Por tu Zulema, no salgas!

Mira que anoche una estrella

Me dijo que no lucháras.

¿Quién me besará en la boca

Cuando me envuelva en las sábanas

Y quién velará mi sueño

Al despuntar la mañana?

Imágenes horrorosas

Vendrán á traer mis ansias,

Porque ¿quién sueña placeres

Cuando peligra su alma?

¡Tal vez dormida contemple

Tu cabeza ensangrentada,

Clavada en el hierro agudo

De alguna pica cristiana!

Y te llamaré doliente,

Y no estarás en mi cámara,

Y se perderán mis voces

En las cúpulas doradas.

No te vayas, Aben-Zayde,

¡Vida mia, no te vayas!

¿Quién halagará mis noches
Si tus caricias me faltan?»

Con amor desenlazándose
De los grillos que le atan,
¡Oyó Aben-Zayde á Zulema
Sin hablar una palabra!
Besó su pálida frente,
Dejó en su boca una lágrima,
Y silencioso apartándose
Subió en su yegua africana,
Diciendo á sus servidores,
Que callados le cercaban:
—¡Conmigo los de á caballo,
Esa mujer á mi alcázar!

AÑO 1869.



LA NUBE DEL ALBA.



Mira que no puedo
Vivir de esperanzas
Sufriendo vaivenes
Como flor de caña.
PLÁCIDO.

Tierna zagaleja,
Del monte la gala,
Del valle florido
Balsámica planta:
¿Por qué siempre esperas
Llorosa, cuitada,
La estrella del día
La nube del alba?

Siendo tus ojuelos
Ojuelos de llamas,
Que en campo de nieve
Vivaces abrazan;
Siendo tus mejillas
De flor de granada;
Siendo más hermosa
Que nube del alba,

¿Por qué, dime, niña,
Con otras zagalas
Ni corres, ni ries,
Ni juegas, ni cantas?

¿Por qué siempre triste
Llorando te halla
La luz de la aurora,
La nube del alba?

Flérída, tú quieres
Con toda tu alma,
Que nunca está triste
Aquel que no ama;
Cuéntame tus penas,
Cuéntame tus ansias,
En tanto que luce
La nube del alba.

Yo sufro cual sufres,
Yo callo cual callas,
Y lloro cual lloras,
Que amé como amas;
Y amor es tormento
Que nubla las almas,
Cual nubla el Olimpo
La nube del alba.

Ella.... me responde
Que no tiene nada,
Bajando los ojos,
Volviendo la cara;
Como cuando Febo
Pálido engalana
Con tibios colores
La nube del alba.

Mañana serena,
La otra vegada,
Halléla en la fuente
De aquesa montaña;

Por ver lo que hiciera
Me puse á expiarla,
En tanto lucia
La nube del alba.

Despacio se acerca....
La frente plegada,
Los ojos nublados,
Cubiertos de lágrimas;
Cual ántes de Apolo
Sin tintes de grana
Sus perlas destila
La nube del alba.

Después, distraida
Los broches desata
Del verde corpiño
Con cintas moradas;
Sacando del seno,
Más terso que nácar,
Un pañuelo blanco
Cual nube del alba.

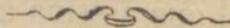
Todas cuatro puntas
Las tiene bordadas,
Con dos iniciales
Formando guirnalda;
Y en una orilluela
Á Vénus, llevada
Por dos palomitas
En nubes del alba.

Le mira, le besa,
Le pliega, le guarda;
Le saca y sonrie,
Le dobla con lágrimas:

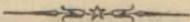
Y así pensativa,
Y así demudada,
Ni áun ve que se oculta
La nube del alba.

Después vá á la fuente
Llorosa, cuitada,
Y encienden sus lábios
Las trémulas aguas;
Que anudan las penas
Su débil garganta,
Y yá no la mira
La nube del alba.

Yo nunca la llamo
La hermosa zagala,
Ni Flérída bella,
Ni rosa de Arabia;
Mas dígole siempre
La niña cuitada,
La estrella del día,
La nube del alba.



CANTARES.



Mientras que pude llorar
Me consolaron mis lágrimas,
Hoy yá no tengo consuelo
Porque hasta el llanto me falta.

Una pompa de jabon
Ví ayer tarde hacer á un niño,
Y me dije suspirando:
¡Más dura que su cariño!

Me estoy muriendo por ella
Y la falsa no lo advierte,
Como le sobra la vida
No se acuerda de mi muerte.

Niña, el que asesina á otro
Tiene en la cárcel el premio;
Tú me matas y me prendes
¡Explicame cómo es eso!

CELOS.

ORIENTAL.

.... celos le inspiran
Los labios á los ojos si la besan,
Los ojos á los labios si la miran.

AROLAS.

.... El dulce acento
De la voz que no oia, áun escuchaba.

MILTON.

En un mármóreo, arábigo retrete,
Do en búcaros y limpias porcelanas
Lucen mil flores de lejanos climas,
Brindando sus colores y fragancia;
Do lanza su vapor el pebetero
Hasta tocar el arteson de plata,
Que sobre muros de labrado jaspe
Gallardo cae y encantador se alza;
Bajo crujiente pabellon de seda,
Con flores de oro sobre fondo grana;
Sobre almohadones de Damasco rojo,
Sobre alcatifa deslumbrante, blanca,
Los bellos ojos de llorar cansados,
La tersa frente de dolor plegada,
En vano pugna por rendirse al sueño
La enamorada y hechicera Zara.

Enojos dánle las brillantes joyas,
Enojos dále la flotante gasa,
Que, revoltosa, sobre el blanco seno
Leve se plega cual celoso guarda;
Enojos dánle las canoras aves,
Que en las doradas pajareras cantan,
El grato aroma de los febles lirios
Y el grato beso de las febles áuras.

Negras esclavas en sus negras guzlas,
De cuerdas de oro y diapason de nácar,
Lánguidas notas que al descanso incitan
Hacen vibrar en la vecina estancia;
Y á cada eco que temblando muere
En la techumbre de la régia cámara,
Únese triste arrobador suspiro
Que de su tierno corazon escapa.
¿Qué mal aqueja á la gacela hermosa?
¿Qué mal aqueja á la hechicera Zara,
Que están sus ojos de llorar cansados,
Su tersa frente de dolor plegada?

.
¡Callad...! Que el ángel de los buenos sueños
Toca su sien con las tranquilas alas....
¡Callad...! que sueña lo que el pecho anhela,
Y el lábio dice lo que siente el alma.

II.

Con paso leve y callado
Penetra en la régia sala
Aben-Zayde el valeroso,
El tigre de las batallas;
En vez de escamoso peto
Ciñele vesta de grana,
Con guarnicion arabesca

De zafiros y esmeraldas.
En vez del alfanje corvo
Que cristianos arrollára,
Cual hoz cortante las haces
En los campos de Granada,
Pende del cinto labrado
Puñal á la veneciana,
Que á un príncipe nazareno
Cuerpo á cuerpo arrebatára:
Es el puño de marfil
Con guarniciones de plata,
De acero bruñido el hoja,
De terciopelo la vaina.
Trémulo váse acercando
Al lecho de la sultana,
Y trémulo se retira
Por temor á despertarla.
Y en tanto que Zara duerme
Y Zayde vela su Zara,
Al pié lejano del muro
Suenan esta amorosa cántiga:

«Blanca paloma de los amores,
Velada en nubes de ámbar y grana,
Fúlgida estrella de mil fulgores,
Nube dorada de la mañana;

Yo soy el sueño
Que te enloquece
Cuando el sol huye,
Cuando amanece;
Yo que te adoro,
Yo que en tus brazos
Libo los besos
Tras los abrazos.

Tal vez dormida, vague mi nombre
Entre esos lábios llenos de amor;
Tal vez soñando con mis caricias
Oyes mi arpa, oyes mi voz.»

Nublóse el altivo rostro
Del orgulloso agareno,
Y ancha gota de veneno
En su corazon cayó:

Que la cántiga amorosa
Que aún en su oído zumbaba,
Patente prueba le daba
Del recelo que abrigó.

Rodrigo, el noble cruzado,
El del corazon de acero,
El apuesto caballero,
El de la morena tez,

Es el amante cautivo
En las redes de su Zara,
El que atrevido escalára
El régio alcázar de Fez.

Pálido como la cera
Y trémulo como el lirio,
En insensato delirio

Á la hermosa se acercó;

En tanto que melodioso
El laud enamorado,

Con grato acento acordado

Segunda vez escuchó:

«Blanca azucena del alma mia,
Que de perfumes mi pecho llenas,
Rosa encantada de Alejandría,
Diáfana luna de horas amenas:

Yo soy el sueño

Que te enloquece,

Cuando el sol huye,

Cuando amanece:

Yo que te adoro,

Yo que en tus brazos

Libo los besos

Tras los abrazos.

Tal vez dormida, vague mi nombre

Entre esos lábios llenos de amor;
Tal vez soñando con mis caricias,
Oyes mi arpa, oyes mi voz.»

I.

Cual responde en el monte el leve eco
Al canto del alegre pastorcillo,
Copiando de las rocas en el hueco
El süave rumor del caramillo;

Cual suele el ave responder ansiosa
Aunque no escuche á su perdido amante,
Que trina en vano por la selva hojosa
De árbol en árbol revolando errante;

Respondiendo á los ecos amorosos
En tanto que Aben-Zayde se acercó,
Soñando, de sus lábios ardorosos
El nombre de ¡Rodrigo! se escapó.

II.

¿Visteis la llama en la encendida era,
Tornar aristas en ceniza fria,
En negro el campo que pajizo era,
Y en polvo el oro que la miés cubria?

¿Visteis el rayo que fulgúreo hiende
La parda nube con rojiza lumbre,
Cuán presto el pino y el enebro enciende
Llevando el fuego á la elevada cumbre?

Más rápido, de celos el veneno
La sangre de Aben-Zayde emponzoñando,
Lleno de hiel su desgarrado seno
Los fuertes nervios de furor crispando.

¡Celos! que el alma sin piedad torturan,
¡Celos! que el alma con la vida llevan;
¡Celos! que el juicio y el llorar apuran,
¡Celos! que en dichas sin piedad se ceban.

III.

Su mano temblorosa se agitaba,
El puñal veneciano acariciando;
Su pecho se oprimía y se ensanchaba,
Mientras el canto lánguido vibraba,
En sus oídos vívido zumbando.

Sus ojos con fijeza dolorosa
Rojos, hinchados, de furor brillantes,
Devoraban avaros á la hermosa
Que dormida, febril, voluptuosa,
Los labios entreabría suspirantes.

Y el vibrar del laud que se perdía,
Y el dulce canto de acordado acento,
Y el suspirar de Zara que dormía,
Girando en torno, sin cesar oía
El infernal, fascinador concento.

Ámbas sus sienas de dolor latieron,
Ámbos sus ojos de furor cegaron,
Y sus crispadas manos contuvieron
Sus piernas, que de horror desfallecieron
Cuando á la hermosa Zara se acercaron.

Asió el cabello de ébano rizado,
Brilló en su diestra la bruñida hoja,
Y ciego, descargando el brazo armado,
Del blanco y terso seno mal velado
Brotó la sangre por la herida roja.

Ni un ¡ay! turbó la aterradora calma
De la moruna y vaporosa alcoba;
Voló entre nubes de la bella el alma,
Y al pié del muro, bajo verde palma,
Volvió á sonar la cadenciosa trova.

AÑO 1866.



Á LUCÍDEA.

ANACREÓNTICA.

No quiero las riberas
Que el Darro fertiliza,
Ni el círculo del bosque
Poblado de Hamadriás;
Ni oasis encantados
Que rieguen claras linfas,
Con silfos vaporosos
Y náyades esquivas.
No anhelo de la Arcadia
Las vírgenes umbrías,
Do pacen ovejuelas
Y saltan cabritillas;
Ni arroyos y cascadas
En valles de Suiza;
Ni lagos de Venecia
Con góndolas asirias.
No anhelo las bellezas
Que aduna entre delicias
De Césares la madre,
De Rómulo la hija;

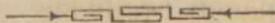
Ni alcázares poblados
De mármoles de Fidias,
Con dóricos remates
Y cúpulas corintias.

No quiero de la América
Las sábanas floridas,
Ni sus preciadas conchas
Con perlas escondidas,

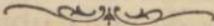
Ni regaladas termas
Con perfumadas pilas,
Y bóvedas de flores,
Y grifos de agua tibia:

No quiero, en fin, pebetes,
Ni búcaros de Frigia,
Ni tirios terciopelos,
Ni rojas alcatifas;

Que quiero tu regazo,
Lucídea querida,
De fuego si me amas,
De nieve si me esquivas.



RECUERDOS DE ANDALUCÍA.



FRAGMENTOS.

Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto.
FRAY LUIS DE LEON.

LA MARCHA.

¡Qué deliciosa mañana!...
Empiece la romería,
Que son nubes de alegría
Esas nubes de oro y grana.

Mirad qué radiante el sol
Sobre aquel monte se eleva;
Mirad qué clámides lleva
Con festones de arrebol.

¡Vamos, niñas! ¡Qué quereis?
¡Flores para los cabellos...?
No tened pena por ellos,
En el campo las tendréis.

Deja del pueblo el tocado,
No te detengas, Dolores,
¿No te he dicho que las flores
Son más bellas en el prado?

¡En marcha! ¡Cuál estoy viendo
Mientras vamos caminando,
Cómo alguno está sufriendo
Mientras otros vãn gozando!

EL COLUMPIO.

Os ví meceros con vaiven violento
De frágil cuerda en el falaz columpio,
Y dije al veros sonreir alegres:
¡Ese es el mundo!

He ahí en sus cuerdas la graciosa imágen
De ese placer que acariciais en sueños,
Tan peligroso como el juego ese,
¡Tan pasajero!

LA FIESTA.

Á la fiesta las niñas,
Fuera pesares;
Los recuerdos se duermen
Con los cantares.
¡Venga otra copla!
Dime si no te alegras
Con esto, Concha.

Dime si no es un cuadro
Digno de Goya

Esa atmósfera turbia
Y esa luz roja,
Y ese sencillo
Grupo, que gira y danza,
De campesinos.

De esas rústicas gentes
Los rostros francos
Dicen que no conocen
Los desengaños.
Porque sus goces
No se elevan á un cielo
Que no conocen.

Á ellos les basta un pobre
Lecho de paja,
Un manojo de espigas
Y una cabaña.
¡Ay! en el campo
Hay más pechos tranquilos
Que en los palacios.

Cuando en noches de luna
Cruzo las eras
Y oigo una copla triste
De malagueñas,
La frente inclino,
Y nó sé por qué, Concha,
Doy un suspiro.

LA SERENATA.

Niñas, la noche tiende su manto
Y os manda amiga dulce reposo;
Así impregnados traiga en sus alas
Dulces misterios, sueños hermosos.

Dormid tranquilas, no os preocupen
Del día que viene los pensamientos:
¡Cuando se duerme gozamos tanto
Como sufrimos cuando despiertos!

LA BARCA.

¡Oh, qué grata es la ribera
Con los céfiros de Abril,
Del sol á la luz primera,
Que apacible reverbera
En las aguas del Genil!

¡Qué bello, dulces amigas,
Ver las rojas amapolas
Mecerse entre las espigas,
Premio de tantas fatigas,
Que casi besan sus olas!

¡Oh, venid! Esa barquilla
Meciéndose nos espera
Para tocar la otra orilla,
Mientras á lo léjos brilla
La luz de la primavera.

Ved á nuestros piés el río,
Á nuestra espalda ese prado
Salpicado de rocío,
Al frente ese caserío
Por álamos sombreado.

¡Qué delicioso paisaje!
Rueda sonando entre peñas
Ese rápido oleaje,
Y en su nido de ramaje
Cantan las aves risueñas.

Límite de nuestro afán
Son esas pardas ruinas
Que demoliéndose están,
Donde á guarecerse ván
Las pintadas golondrinas.

El agua que está corriendo,
Dulcemente susurrando,
Vá nuestra barca meciendo,
Y en tanto el sol vá subiendo
Y las horas avanzando.

EL PASEO DE LA HUERTA.

Valle, contempla la feraz campiña
Que á nuestros ojos su esplendor desplega;
Mira esos prados de esmeralda henchidos,
Mira esas huertas.

Aquí la mano del que pinta el Íris,
Pródigo vierte su raudal de vida;
Esta es la tierra en que el naranjo crece,
Tu Andalucía.

Mira cuál surgen en monton las flores
Cual si lucháran por llenar la tierra,
Por todas partes salpicando el césped,
Dándole esencias.

En estas vegas correria la vida
Y despuntára la postrer aurora,
Como esta rosa que en el agua arrojo
Huye en las olas.

Allá una cabra en el peñasco brinca;
Entre la acacia el ruiñeñor se queja,
Y el prado manchan como nieve en copos
Mansas ovejas.

Al sol oponen su florido escudo
Bóvedas verdes de flexibles ramas,

Bajo las cuales se deslizan claros

Surcos de agua.

En ellos mira la encendida rosa
Su roja frente y su gracioso tallo,
Y el cefirillo que la ve tan vana

Vá murmurando.

La estrecha senda, de frescura henchida,
Vá serpëando á dominar el río,
Y donde acaba, á desplegarse empieza

Un precipicio.

Sobre él se ciernen al compás del áura
Álamos blancos de argentadas hojas,
Que en los espejos móviles se miran

Troncos y copas.

Máquina ronca sin cesar voltea,
Dando frescura á los floridos huertos,
Y entre la lluvia que su rueda esparce

Dá el sol reflejos.

Trepa la yedra por los secos troncos
Y sus cortezas con amor enlaza,
Y por cubirnos, con el sol de Julio

Luchan las parras.

Háces inquietos de flexibles cañas
Forman un muro con su frágil cuerpo,
Donde en la noche, cuando el agua muje,

Suenan los vientos.

Cuando el lucero de la tarde brille,
Allá á lo léjos mirarás los bosques,
Como dormidos á la sombra parda
Que hacen los montes.

Y ambicionando el cotidiano sueño,
Vendrá el pastor á reclinar la frente,
Que alza gozoso de la dura tierra

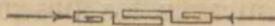
Cuando amanece.

Valle, contempla la feraz campiña
Que ante los ojos su esplendor despliega;
Mira esos prados de esmeralda henchidos,
Mira esas huertas.

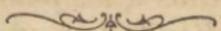
En estas vegas correria la vida
Y despuntára la postrer aurora,
Como esta rosa que en el agua arrojó
Huye en las olas.

LA VUELTA.

Concha, la última mirada
Sobre este bello horizonte.
Yá el sol ilumina el monte
Con su postrer llamarada.
Pasa el mal y pasa el bien
Y el dolor y la alegría....
Pronto pasará este dia
Y los que vendrán tambien.



EL ADIOS DE LA GOLONDRINA.



EN UN ÁLBUM.

Tan de cerca me acaricias, que he sentido en la cara el aire de tus alas y casi casi sus golpes.... ¿Eres un pájaro? ¿Eres un espíritu? ¡Ah! si eres un alma, dímelo francamente, y dime también cuál es el obstáculo que separa á los vivos de los muertos.

MICHELET.

Cuando las brisas húmedas de Otoño
Dán al césped hojuelas amarillas,
Dejando el nido que colgó en el muro,
Vuela triste la suelta golondrina.

Vá á abandonar el techo hospitalario
Que le brindó su abrigo y sus caricias,
Vá á lanzarse á cruzar revueltos mares
Á merced de las aves de rapiña.

Por eso vuela al blanco campanario
Y se posa en las tejas de la ermita,
Y vuelve y torna con inquieto vuelo
Á posarse en la acacia y las olivas.

Cada rama que toca es un recuerdo
Que su dolor inconsolable aviva,
Aquí posó al volver de la ribera,
Allá voló con dulce compañía.

Aquel álamo dióle grato asilo,
Este chopo su sombra apetecida,
Esa muralla, en fin, puerto seguro
Donde acoger el fruto de su dicha.

Por eso bate el ala silenciosa
Cuando el sol entre púrpura declina,
Por eso sube y baja, y torna y vuelve
Al monte, al valle, al prado, á la campiña;

Mas ántes de partir, en la laguna
Llama á la jóven tribu fugitiva,
Y dá el último adios á las palomas
Que no han de abandonar su Andalucía.

Y rozando las aguas con sus alas,
Y parando su vuelo en la colina,
Así entre melancólicos gorgoros
Ruega por su morada á sus amigas:

«¡Adios, mis palomas, os dejo mi nido
Colgado en el hueco de aquel murallon;
Cuidad si el milano no mora en su borde,
Que no lo descuelgue rugiente Aquilon!

»Allí mil caricias gocé con mi amante,
Allí sus amores gozosa escuché,
Allí á mis hijuelos les dí el alimento,
Allí con mis alas sus cuerpos tapé.

»Yá no beberémos en esta laguna
Del tibio crepúsculo á la última luz,
Yá no aspirarémos las áuras de ámbar
Que mecen los trigos del suelo andaluz.

»Yá no cruzarémos en pós de placeres
Las trémulas aguas del claro Genil,
Yá no besarémos los lirios azules
Que llenan sus valles de aroma sutil.

»Yá no picarémos la espiga dorada

Que envuelta en el polvo dejó el segador,
Yá no iremos juntas volando á la torre
Que llena en la tarde la voz del Señor.

» Vosotras, palomas, que sois tan dichosas
Que nunca otros valles habeis de cruzar,
Que ois sosegadas pasar las tormentas
Desde el grato asilo de aquel palomar;

» Si acaso en la tarde volais por mi nido,
Cuando á la laguna venís á beber,
Recordad, amigas, ¡la triste viajera!
¡La triste viajera que sueña en volver!

» ¡Adios, mis olivas, mis verdes acacias,
Mis álamos tiernos, mi umbroso encinar!
Las palmas del Asia sus brazos me tienden,
Por mí están clamando las olas del mar.

» Adios, fértiles riberas,
Adios, añosas encinas,
Adios, nevados rebaños,
Adios, tórtolas amigas.

» Tal vez nunca más mis ojos
Contemplan tus colinas
Cubiertas con las alfombras
De purpúreas florecillas;

» Tal vez nunca más tu sol
Veré al declinar el día
Besar el tranquilo lago
Que fué espejo de mis dichas.

» Las palmeras de la Arabia
Tendré en vez de mis olivas,
Por mis prados de esmeralda
Los yermos que el sol calcina.

» En vez de claros arroyos
Que finjan azules cintas,
Las olas del ronco Occéano,

Titan indócil que grita.

»Por áuras de Primavera
El huracan que aniquila
Con sus torrentes de arena
Las caravanas moriscas.

»No veré los campanarios
De las rústicas ermitas,
Donde llevaba á mis hijos
En las mañanas estivas;

»Ni los pardos torrëones
Donde crié á mi familia
De antiguos timbres heráldicos
Cabe las piedras rōidas.

»¡Nubes primeras de Otoño,
Malhaya vuestra venida!
¡Malhayan, opacas nieblas,
Vuestras heladas caricias!

»Parto para las costas
De Berbería,
Pero dejo en España
Toda mi dicha.
Adios, praderas,
Así los rubios trigos
Llenen tus eras.

»Así cuando el Invierno
Lance sus lluvias,
Te dé para el Verano
Flores y frutas.
Así los ríos
Respeten tus naranjos
Y tus olivos.

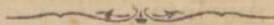
»¡Adios, tal vez las alas
Que ávida tiendo
Envolverán arenas
En el desierto;

Y será en balde
Que por volver suspire
Á estos lugares.

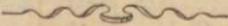
»Del valle á la montaña
Trepo volando,
De la montaña al valle
Rápida bajo.
¡Quién se separa
Sin mirarlos mil veces,
Teniendo alas!»

Así, cuando la brisa del Otoño
Cubrió el césped de hojuelas amarillas,
Dejando el nido que colgó en el muro,
Dijo triste la suelta golondrina.

Y reuniendo su prole en la laguna,
Miró la última vez á la colina,
Y al espirar la tarde, tendió el vuelo,
Siguiéndola piando su familia.



LA SÚPLICA DE ALIATAR.



ORIENTAL.

Es Granada la moruna,
La de la morisca Alhambra,
La cuna de los Gazules,
Alhamares y Zoraidas.
La ciudad de los amores,
La de las bellas sultanas
Que tienen fuego en los ojos
Y nieve y rosa en la cara.

Sobre una andaluza yegua
Que sin tregua
Besa piafando el pretal,
Suelto el alquicel de grana
Que engalana
Rico bordado oriental;

Cubriendo con dura cota
La marlota,
De oro y púrpura y azul,
Al vago viento ondeante
Del turbante
La leve toca de tul;

Al pié de las verdes rejas
Que sus quejas
Oyen temblando de amor,

Aliatar el de Granada
 Á su amada
Así dice en su dolor:

«Camelia que el áura leve
 Besa y mueve
En los valles de Stambul;
Hurí del sétimo cielo,
 Oye el duelo
Del biznieto de Gazul;

»Enamorada gacela,
 Berenguela,
Rosa del cristiano eden,
Oye el eco lastimero
 Y postrero
Del que soñó ser tu bien.

»Rondando tu celosía
 Halla el día
Al desgraciado Aliatar,
Desde que la luna asoma
 Por la loma
Hasta que el sol deja el mar.

»Ódio un tálamo de flores
 Por amores
Que sólo me dán dolor;
Dime si es más amoroso,
 Poderoso,
Tu cristiano trovador.

»Tengo alcázares moriscos
 Sobre riscos
Bañados por el Genil,

Y calles de álamos toscos
Con kioscos
Llenos de flores de Abril.

»Tengo bosques de laureles
Y vergeles
Que no penetra el calor.
Dime si es más caprichoso,
Poderoso,
Tu cristiano trovador.

»En vez de cruz colorada
Llevo atada
La banda roja de Alí;
De aquella no envidia el moro
Más tesoro
Que el ser bordada por tí.

»En vez de puñal calado
Vá á mi lado
Mi alfanje batallador;
Dime si es más fastuoso,
Poderoso,
Tu cristiano trovador.

»Al choque violento y rudo
Del escudo
Hice las lanzas saltar;
Y al escalar las murallas,
Entre mallas
Supe las vidas buscar.

»Ponces, Laras y Cisneros,
Prisioneros,
Tuviéronme por señor:

Dime si es más valeroso,
Poderoso,
Tu cristiano trovador.

»Déjame verte en las tardes
Y no aguardes
Al caballero amador;
Mira que yo estoy celoso,
De tu esposo
El cristiano trovador.»

Abrió la niña la reja
Y á la queja
Del orgulloso Aliatar
Contestó con voz suave,
Como el ave
Cuando canta en el palmar;

«Vuelve, moro, á tus harenas,
Que allí tienes
Lecho, perfumes y amor;
No trueques por tu sultana
La cristiana
Del guerrero trovador.

»Vuelve la brida á tu yegua
Y dá tregua
Á ese inútil suplicar;
Sé lo que es amor sincero
Y no quiero
Tus dolores insultar.

»Vé, los brazos de la mora
Que te adora
Te darán dulce calor;

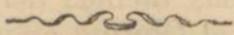
No quieras morar mi pecho,
Que es estrecho
Para el noble trovador.»

AÑO 1868.

EL CANTO DEL CISNE



EL CANTO DEL CISNE.



FÁBULA MITOLÓGICA.

I.

En las aguas del Eurotas,
El de la márgen de juncos,
Cuando vá á nacer la luna
Canta el cisne moribundo;

Tendidas tiene las alas
Y los claros ojos turbios,
Por eso la triste adelfa
Se inclina en señal de luto.

Una flecha de Laconia
Le ha herido con golpe rudo,
Que se desprendió de un arco
Por su desventura oculto.

Como vá á dejar la vida,
Dá al viento su canto último,
Más dulce que el de Sirena
En el piélagó sañudo.

Suspensos están los céfiros,
Oyendo el dulce murmúrio,
Y las armónicas voces
Que dán música al crepúsculo.

Las cañas no se cimbréan
De los vientos al impulso,
Y las cándidas palomas
Se olvidan de sus arrullos.

Pájaros, aguas y flores,
Oyen con encanto mudo
Aquella voz saturada
Con la mirra del sepulcro.

Entre las nieblas del río
Se alzan al Olimpo augusto,
Las notas de aquel concierto
De amor, amargura y luto.

La luna, por ver al cisne,
Alzó su fanal nocturno,
Y Júpiter, por oirlo,
Paró de la noche el curso.

Las Neréidas y Sirenas
Dejaron su alcázar húmedo,
Y Vénus, por más curiosa,
Bajó á esconderse en los juncos.

II.

Por la márgen del Eurotas,
El de la orilla de juncos,
Baja la princesa Leda,
Hija del griego Gläuco.

Vá sembrando rojas flores
Donde planta su coturno,
Por eso, aunque pisa lirios,
No se le queja ninguno.

Una diadema de estrellas
Ciñe sus cabellos rubios,

Que no se acuerdan del cielo
Desde que ella se la puso.

Lleva una falda de púrpura
Que apenas le cubre el muslo,
Y por vencer á la nieve
El blanco seno desnudo.

Un cinturón ciñe al talle
De diamantes y carbunclos,
Pero brillan más sus ojos
Y disimulan su lujo.

Entre sus trémulas alas
Le trae el céfiro, confuso,
El melancólico canto
Del pájaro moribundo.

Y embebecida escuchando
Aquel dulcísimo arrullo,
Camina con pié tan leve,
Que apenas encorva el musgo.

Separa con blanca mano
Las ramas de los arbustos,
Que por ser de ella tocados
Se doblaron con orgullo.

Y al pié de una triste adelfa,
Henchida de amargo jugo,
Vió al ave de blancas plumas
Tendida en lecho purpúreo.

Suspendida quedó Leda
Ante aquel dolor profundo,
Sintiendo su blanco pecho
Taladrar arpon agudo;

Avanzó, pues, impelida
Por algún secreto impulso,
Á su compasión extraña
Rindiendo imprudente culto.

Tendió las trémulas manos
Y entre sus brazos la tuvo;
¡Ay de la princesa Leda,
Hija del griego Gláuco!

III.

Júpiter desde el Olimpo
Vió aquel cuadro tierno y mudo,
Y sintió al mirar á Leda
Ánsia de goces impuros.

Quiso reclinar la frente
En aquel seno desnudo,
Y besar aquellos lábios,
Más rojos que los de Juno.

Y tal fué de su hermosura
El irresistible influjo,
Que al ver al cisne en su pecho
Celos del pájaro tuvo.

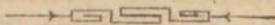
Súbito como el relámpago
Abandonó el sólio augusto,
Envuelto en rápida nube,
Que hasta Leda le condujo.

Y en átomos invisibles,
Por un hábil subterfugio,
En las entrañas del cisne
Sutilmente se introdujo.

Allí, del seno de Leda
En el templado refugio,
Apuró Jove la copa
De los placeres impuros.

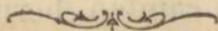
Pronto la inocente niña
Probó de su engaño el fruto;
¡Ay de la princesa Leda,
Hija del griego Gláuco (1).

AÑO 1870.



(1) Esta fábula no está conforme con el texto mitológico, y sólo es, por tanto, un capricho del poeta.

Á AURORA.



SEGUIDILLAS.

¡Dime si ser podría
Otra vez niño!

Morenita del Tajo,
Aurora mia,
Así Vénus te preste
Su luz divina;
Así las áuras
Plácidas acaricien
Tu frente blanca.

Así te dén perfumes
Nardos y rosas;
Así huellen tus plantas
Régias alfombras;
Así los Silfos,
Vagando en torno, trencen
Tus negros rizos.

Dime dónde la fuente
De la inocencia
Por cáuce de ilusiones
Sus aguas lleva;
Ó dónde mana
El raudal apacible
De la esperanza.

Si miras imposible
Lo que te exijo,
Dame en vaso de ámbar
Gotas de olvido.
Y en cambio, hermosa,
Escucharás del mundo
Las penas hondas.

Yo inocente dormíme
Una mañana,
Y al despertar, el luto
Cubrió mi alma:
¡Ay, de la vida,
Al coger una rosa
Me hirió una espina!

Era, que del alcázar
De la pureza
Al pórtico del vicio
Hay una senda:
Senda de ortigas,
Que parece camino
De florecillas.

En ella sonriendo
Senté la planta,
Y áspides pulularon
Entre las matas;
¡Quise volyermel!
¿Mas el que pisa el vicio
Cómo se vuelve?

¿Has visto el claro arroyo
Del verde prado,
Cuál con el sol ardiente
Sécase ráudo?
¡Tal es la vida,
Arroyuelo perdido,
Senda de ortigas!

Es cierto, vida mia,
Que ante tus ojos
Miras campos de rosa,
Sueños de oro;
Nubes de grana,
Mares de limpias olas,
Cielos de nácar.

Mas cuando de este valle
Llegues al centro,
Y toques las espinas
De que está lleno,
¡Verás, Aurora,
Campos llenos de abrojos,
Mar procelosa!

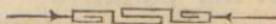
No llores, vida mia,
Que estos pesares
Son el fiel paliativo
De otros más graves.
Y me es forzozo,
Ahorrarte amargas penas
Y amargo lloro.

Que tal vez llegue un tiempo
En que agotado
No acaricie tus ojos
El dulce llanto.
Y ¡ay de tu alma,
Que no sufre el que llora
Como el que calla!

Morenita del Tajo,
Aurora mia,
Así Vénus te preste
Su luz divina;
Así las áuras,
Plácidas acaricien
Tu frente blanca.

Así te dén perfumes
Nardos y rosas;
Así huellen tus plantas
Régias alfombras;
Así los Silfos,
Vagando en torno, trencen
Tus negros rizos.

AÑO 1867



LA ERMITA DEL VALLE.

¡Cómo se ván las horas
Y tras ellas los días,
Y los alegres años
De nuestra frágil vida!

MELENDEZ.

¡Hé aquí la pequeña ermita
Que en mi niñez visitaba,
Hé aquí sus nevados muros
Y sus frondosas acacias!

En torno de ella las mieses
Por las hoces separadas,
Trocadas se ven en oro,
Si ántes eran de esmeralda.

Y allá á lo léjos los montes
Que limitan mis miradas,
Por los rigores de Julio
Tienen clámides de gualda.

¡Oh, con qué melancolía
Templo la doliente arpa,
Y evoco aquellos recuerdos
De las horas de mi infancia!

¡Qué diferente esta tarde
De aquellas tardes tan gratas,
En que sin duelos ni cuitas
Á tus puertas descansaba!

¡Qué distintas sensaciones
En mi pecho pululaban,
Y cómo de los pesares
No sentí las corvas garras!
Esas luces melancólicas
Que al rojo sol acompañan
Cuando desciende entre púrpura
Á esconderse entre las aguas;
Este tranquilo crepúsculo
En que dormidas las áuras
Ni mueven las verdes hojas,
Ni susurran en las ramas;
Este silencio apacible
Que impregna en dolor mi alma,
Y en su manto de misterios
Seca y envuelve mis lágrimas;
Esos montes, esos valles,
Esos prados, esas aguas,
Ese celaje teñido
Con leves tintas moradas;
Esta ermita, en fin, testigo
De los juegos de mi infancia,
Recuerdo que surge pálido
Como las nubes del alba,
¡Todo, todo ha variado!
¿Qué mucho que variára
Si la rueda de la suerte
Es tan fácil y voltaria?
De aquellas tardes tranquilas,
De aquellas horas tan plácidas
Sólo me restan recuerdos,
Pero recuerdos que matan.
Por eso cuando el crepúsculo
Esparce su luz de nácar,
Á cantar vengo á la sombra
De mi ermita y mis acacias;
Y á las sueltas golondrinas
Que del campanario bajan

Á posarse entre las hojas,
Les digo cuánto gozaba.

Ellas vuelan á mi lado
Y no se burlan ingratas,
Como se burlan los hombres
De las tristes confianzas.

Y cuando pasan el rio
Y se ocultan en las ramas,
En su lenguaje repiten
Lo que escuchan en mi arpa.

Ellas son los séres únicos
Que no dejan esa tapia,
Como fieles guardadores
De esta ermita solitaria;

Que hasta el nocturno agorero
Que la linterna acechaba,
Abandonó el campanario
Por otra torre cercana.

Yá cuando la tarde cae
Y la luna se levanta,
No vienen alegres niños
Á jugar en la explanada;

Ni voltean en su puerta,
Debajo de las acacias,
Cual grupos de mariposas
Que se ciernen sobre dalias.

Desiertas están las rejas,
Aquellas rejas pintadas,
En cuyos pequeños mármoles
Las jóvenes se sentaban

Á escuchar de aquella ermita
La sangrienta historia sacra (1),
Ó romancescos relatos
De guerreros y de hadas.

(1) Esta ermita, situada á pocos pasos de Écija, señala el lugar donde segun añeja tradicion fueron degolladas las vírgenes monjas del Valle.

Cerradas están sus puertas,
No arde en el altar su lámpara,
Crece en su patio la yerba
Y está muda la campana.

Pronto hacinados escombros
Dirán al bardo que pasa:
¡Aquí la ermita del Valle
En tiempos se levantaba!

Y al escuchar la conseja
Que el segador le relata,
Sonreirá con desden
Volviendo triste la espalda.

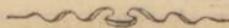
¡Ermita, como tú tengo
La soledad en mi alma;
Por eso vengo á cantarte
Ántes que el tiempo te barra!

Todo, todo lo he perdido,
No guardo ni una esperanza,
No puedo ni arrodillarme,
Porque hasta la fé me falta.

Árido campo es mi vida
Que sólo nutre cizaña,
Y mi corazón un yermo
Donde ni un árbol se halla.

Sólo vivo en los recuerdos,
Por eso en estas acacias
Hallo el dulce sentimiento
De las horas de mi infancia.

Y al contemplar estos sitios,
Mudos como yo y sin alma,
Dejo la doliente lira
Para verter una lágrima.



EL ÚLTIMO CREPÚSCULO.

¡Hora de melancolia,
Crepúsculo de la tarde,
Cómo en tu vago misterio
Mi corazón se complace!
A. P.

Yá el sol envuelto en sábanas de oro
Baja á los mares á esconder su disco,
Yá la paloma que cruzó la selva
Busca su nido.

Pronto su luz se apagará en las olas,
Sumiendo en sombra el valle y la montaña,
Como una antorcha que arrojára el niño
Dentro del agua.

Yá la campana de la antigua torre
Lanza á las sombras su argentino acento,
Última voz que al declinar la tarde
Turba el silencio.

Allá retumba por el hondo valle
El triste son que la plegaria evoca,
Que, resonando en apagado eco,
Muere en las rocas.

La flor levanta su corola mústia
Por contemplar las matizadas nubes,
Que en sus cambiantes, de colores fingen
Gasas y tules.

Se alzan las brumas del cercano río,
Y el arroyuelo por el prado salta,
Sus frescas gotas en continuos besos
Dando á las plantas.

El labrador por la apartada senda
Guia á la choza los cansados bueyes,
Y el pastorcillo tras el fiel rebaño
Torna á las redes.

Todo al silencio y al reposo incita;
Todo la paz y la quietud desea;
Sueña la vírgen y medita el jóven,
Canta el poeta.

Indescriptible inspiracion nos sume
En pensamientos sin color ni formas,
Que en nuestra mente se columpian vagos
Como las sombras.

Reina el misterio que á soñar convida,
Grata expansion á nuestra alma lleva;
Y la memoria á los pasados goces
Rápida vuela.

Y nos parece que al tender la noche
Esos crespones que conduce el sueño,
Vá arrebatando con la luz que resta
Dulces recuerdos.

No sé qué guardan las postreras luces
En sus fanales de matiz rosado,
Que recreando nuestros tristes ojos
Llaman al llanto.

No el llanto ardiente que los ojos quema
Y la mejilla enrojecida escalda;
Mas el que vierte su tranquila copa
Sobre las almas.

¿Qué génio flota al declinar la tarde
Pulsando el arpa que los sueños templan,
Plácidas notas á los aires dando
Cuando resuena?

¿Es el deseo que al mortal le trae
Ardientes goces en la noche larga?

¿Es el amor que entre los brazos duerme
De la esperanza?

¿Quién sabe acaso lo que en esa hora
Flota en el éter y descende al suelo?

¿Quién sabe acaso donde mora el hada
Del sentimiento!

Tal vez se envuelve, al levantar su disco
La blanca luna, entre su luz tranquila;
Tal vez del lago entre la leve espuma
Canta mecida.

Tal vez del aire en la veloz carroza
Rápida avanza por el ancho espacio,
Ó entre la nube que rodó de Oriente
Vá hácia el Ocaso.

¡Sólo se escuchan las lejanas notas
Del arpa herida por su mano leve,
Notas que dicen infinitos goces
Al que las siente!

¡Salve, suspiro del pasado día,
Hora de dulce y sin igual misterio,
Tú el grato néctar del dolor tranquilo
Traes á mi pecho!

Tú el manto empapas en el limpio lago
Donde el raudal de los recuerdos manan,
Y al desplegarlo con su grato aroma
Llenás las áuras.

Tú, si mi llanto avergonzado oculto,
El disco rojo de la luz recojes,
Y con su luna de indecisos rayos
Mandas la noche.

INTRODUCCION

..... Entonces empezaban para nosotros las horas encantadas que tan pronto habian de pasar; y si soltábamos el libro cuando la luna salia y eran más penetrantes los perfumes que se escapaban del jardin cercano, en cambio los poéticos recuerdos de Graziella y Rafael venian á acariciarnos con las brisas de la noche.

MIS RECUERDOS.

INTRODUCCION.

ARMONÍAS DE LA NOCHE.



Si os place oír el arpa de las sombras
Acercáos á las márgenes del Bétis,
Al descender á la region de Tétis
Entre espumas y nácares la luz;
En tanto que los rayos de la luna
Luchan con los crespones de la noche,
Que se desliza en su estrellado coche
Por el opaco firmamento azul.

Acercáos, los que en alas de los sueños
Os dormís en hamacas perfumadas,
Mecidos por el soplo de las hadas
En los pliegues de atmósfera sutil;

Los que el trabajo de afanoso día
Olvidais con los cuentos del pasado,
Bajo el gótico alcázar elevado,
Ó en el kiosco de arábigo pensil.

Rodeadme; blando asiento os dá ese césped
Que encorvará la aurora con rocío;
Rumores, las espumas de ese río
Que camina entre juncos hácia el mar.

La noche las montañas vá alejando
Y sus lámparas cuelgan las estrellas;
Son cántigas de amor, dulces querellas
Las que ván á surgir de mi cantar.

No me place decir la luz del día
Y canto los misterios de la luna;
Agrádame mirar en la laguna
El disco de la amada de Endimion:
Y cuando truena el bronce en las ciudades
Y se hundén entre el légamo los tronos,
Ensayo sobre el arpa suaves tonos
Y olvido el ronco acento del cañon.

Venid y escucharéis en mis nocturnos
Del trovador la enamorada queja,
Y el fantástico canto que se aleja
Con la barca del pobre pescador:

Y si no os place el cielo de la Bética,
Donde es la noche clara como el día,
Vendréis á la mansion de la armonía,
Á Italia, la odalisca del amor.

Y os pintaré el crepúsculo de Nápoles
Espirando en sus fértiles vergeles;
Sus valles, sus cascadas, sus laureles
Bañados por la lumbre de un volcan:

Sus playas, donde arrolla el oleaje
Las ondulantes cintas espumosas,
Donde ligeras góndolas vistosas
Velas azules desplegando ván.

Veréis á la falaz napolitana
Reclinarse en mullidos almohadones,
Velados por discretos pabellones
En la cámara oculta de un bajel,
Unir su lábio de rubí candente
Á los trémulos lábios de su amante,
Al rayo de la luna vacilante
Única confidente de ella y él.

Veréis sobre su seno mal cubierto
Los chales de las hijas del Oriente,
Y besando los bordes de su frente
Sus cabellos trenzados al azar:
Contemplaréis sus diminutos dedos
Jugando con la cítara andaluza;
Ó en tanto que su barca el agua cruza
Escucharéis su lángido cantar.

Y bajarémos á los verdes valles
De céspedes menudos alfombrados,
Por rápidas caídas arrullados
Que entre peñas circulan en tropel;
Y cruzarémos la alameda umbría
Donde huyeron Angélica y su amante,
Ó donde vió el Hipógrifo de Atlante
El valiente y magnánimo doncel.

Verémos al fulgor del rojo cráter,
Cuando el trueno retumba en el invierno,
El bosque donde el Dante vió su infierno
Cubierto con su fúnebre tapiz;

Ó bajarémos, al lucir el astro
De la noche estival, á la llanura
Donde encontró la cándida *creatura*
Bella bianco vestita: Beatriz.

Si os hastían las trémulas veladas
De las fértiles faldas del Vesubio,
Os llevaré á la márgen del Danubio
El sol de la Alemania á contemplar;
Y cruzarémos los soberbios Alpes,
Con sus picachos de perpétua nieve,
Donde apénas el águila se atreve
Su poderoso vuelo á desplegar.

De Goëthe los prodigios asombrosos
En misterjosas páginas verémos,
Y en su génio sombrío escrutarémos
De esas extrañas fábulas el fin:
Sus diabólicas noches de Walpurgis,
En que la esfinge clásica palpita,
Y los goces de Fausto y Margarita
En los valles poéticos del Rhin.

Venid y rodeadme; el lábio mio
Mueve el hada gentil de la armonía,
Venid y olvidaréis del largo dia
El trabajoso y áspero afanar:

Venid, y templaré con fácil mano
De mi laud las cuerdas tembladoras;
Son cántigas de amor, dulces doloras
Las que ván á surgir de mi cantar.

Yá rasga Cintia la discreta sombra
Sobre su coche de luceros rojos,
Brindando á los oidos y á los ojos
De la noche el misterio encantador;

El laurel plateado por sus rayos,
La flor que su corola balancea,
El escondido arroyo que serpea
Y el canto del parlero rui señor.

El torrente que zumba allá á lo léjos
Y que en profundos ántros se despeña,
Dejando entre las grietas de la breña
Las espumas que hierven en tropel;
Las aguas del movable y manso rio
Que ondula con murmullo placentero,
El canto del alegre gondolero
Que rema reclinado en su bajel.

El arpa del doncel enamorado
Que pulsa al pié de la moruna reja,
La que el viento arrebatada, dulce queja,
De la amada en los brazos de su amor.
Los crímenes, los duelos, las orgías,
Los placeres del rico licenciado;
Cuantos rumores turban el reposo
Y giran sin descanso en derredor.

De estos ecos confusos, yo la clave
Tengo en el arpa que mi mano hiere;
Y en tanto que en los mares el sol muere
Y la luna se empieza á levantar,
Yo entre la brisa que el clavel perfuma,
Y el ruído de las olas sosegadas,
Mis leyendas de silfos y de hadas
Me complazco tranquilo en descifrar.

Estas ofrezco, son pálidas flores
Que surgieron sencillas en la loma,
Si hay en su cáliz néctares y aroma
Se debe á quien sus pétalos cuidó;

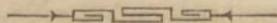
Y entre el fuego de un ósculo ardoroso,
Entre sus hojas ámbar esparciendo,
Fueron al soplo de su amor creciendo
Y en su seno gentil las abrigó.

Tal vez alguna lágrima furtiva
Se desliza en sus hojas perfumadas,
Recuerdos de otras dichas yá nubladas
Que al lago del olvido ván á huir:

Espansion de un espíritu que lucha
En el revuelto mar de los pesares,
Y que muestra sü alma en los cantares
Que en la apacible noche vais á oír.

¡Noche amiga, que cruzas el espacio
Consolando dolores y querellas,
Con tu manto de vívidas estrellas
Y tu luna de tibio resplandor;

Tú que dás tu reflejo á las espumas
Y recortas del monte la silueta,
Cubre el arpa doliente del poeta,
Con tu opaca aureola de color!



GRAZIELLA.

NOCTURNO.

¡Qué puros eran sus ojos y qué cándidos sus labios!... ¡El hermoso lago de Nemi, que no arruga el menor soplo de viento, tiene ménos transparencia y pureza! En aquella alma ántes que ella se leían sus pensamientos; jamás sus párpados inclinados sobre sus bellos ojos, ocultaban su mirada llena de inocencia: ningun cuidado habia dejado una arruga sobre su frente; todo en ella era alegría; y esa juvenil sonrisa, que más adelante espira en los labios con tristeza, flotaba siempre en los suyos como un hermoso arco iris en un día brillante.

LAMARTINE.

NÁPOLES. (1)

Un paisaje no es más que un hombre ó una mujer. ¿Qué es Vaucluse sin Petrarca? ¿Qué es Sorrento sin el Tasso?

LAMARTINE.

Entre purpúreos matices
Vá declinando la tarde,
Bañando con luz dudosa
Las alamedas de Nápoles.

Con las sombras de la noche
Empieza entre el humo á alzarse
La luz roja del Vesubio,
Que se escapa de sú cráter,

(1) Esta leyenda, inspirada por la Graziella de Lamartine, es un pensamiento que el autor dedica á la memoria del inspirado poeta.

Y al bañar de los laureles
El caprichoso ramaje,
Les presta el tinte medroso
De las visiones del Dante;
Por matizar las espumas
Con una luz más brillante,
Vá levantando su disco
La luna del hondo valle,
Y el reflejo del Vesubio,
Y las luces de la tarde,
Y los rayos de la luna,
Y la sombra de los sáuces,
Al colorar la campiña
Y confundirse y mezclarse,
En un paisaje de hadas
Convierten aquel paisaje.
Allí en efecto, del lago
En la poética márgen,
Alzó Armida su palacio
De bronce, pórfido y jaspes;
Con pórticos de esmeralda
Y murallas de diamante,
Guardadas por cancerberos
De triples y ardientes fáuces;
Allí sobre frescas rosas,
Á la sombra de los árboles,
En los brazos de Reynaldo
Gozaba torpes afaes,
Dándole néctar de olvido
En vaso de ámbar brillante,
Y caricias saturadas
De vértigos sensuales;
Allí pintó Rafael
Sus delicadas imágenes,
Bebiendo en su Fornarina
La inspiracion á raudales;
Allí los sombríos cuadros
Y las estatuas gigantes,

Del cincel y la paleta
Brotaron de Miguel Ángel;
Allí Virgilio y Petrarca,
Y Ariosto, y el Tasso, y Dante,
Hallaron en sus láudes
Cántigas inimitables.

Por eso al pisar sus prados,
Por eso al cruzar sus valles,
La inspiracion á torrentes
Se derrama por el aire.

Por eso tienen sus noches
Melancólicos celajes,
Y sus crepúsculos nácar,
Y ópalo y rosa sus tardes.

LOS PESCADORES.

*La lucecilla del pescador, que boga entre la
bruma, despide rayos ménos dulces que su mirada*
LAMARTINE.

Hay en la isla de Prócida
Una rústica cabaña
Que sufre inmóvil la saña
Del desatado huracan;
Cuyo pié bañan las olas
Cuando la tormenta zumba,
Y el ronco trueno retumba
Y se enrojece el volcan.

Á su puerta, de una lámpara
Á la lumbre misteriosa,
Se ve la imágen graciosa
De la Madonna del Mar;

Y en ella buscan refugio
Los sencillos pescadores,
Que llevan frutos y flores
Como ofrendas á su altar.

Cuando el golfo se embravece
En círculo se arrodillan,
Y su triste frente humillan
Ante la Madre de Dios:
Y cuando viene el Domingo
Y el sol sin nubes riela,
Al son de la tarantela
Ván de las mozas en pos.

Almas que sólo han sufrido
Las tormentas de los mares,
Se burlan de los pesares
Cuando pasa el vendaval:
Y entre la bruma guiando
Su pobre y frágil barquilla,
Hacen de su lucecilla
Su máspreciado fanal.

En la cabaña de Prócida
Hay una perla escondida,
Joya buscada, querida
Por su belleza y valor:
Es la hermosa Graziella,
Hija del anciano Bempo,
Que del golfo en otro tiempo
Fué el más ágil pescador.

El cielo arrancó dos soles
Para que fueran sus ojos,
Y puso en sus labios rojos
Los matices del clavel:

Y en sus negras trenzas ébano,
Y en su rostro nieve y rosa,
Y en su cintura de diosa
Lo flexible del laurel.

Sin embargo, en su mirada
Melancólica, perdida,
Se adivinaba una vida
De sentimiento y de amor:
Sed ávida de esos goces
Que nuestros sueños embargan,
Y nuestra existencia amargan
Con su preciado sabor.

Ella amaba, sí, y amaba
Con esa pasión tan ciega,
Que á ser nuestra idéa llega
Fija, continua, tenaz;
Idéa que finje un foco
De abrasadores placeres,
Que salta santos deberes
Como obstáculo fugaz.

Adora al apuesto César,
El pescador más garrido
Que las redes ha tendido
Sobre las olas del mar.

Por eso mira en la tarde
Venir las pequeñas flotas,
Como blancas gaviotas
Las márgenes á ganar.

Hace tres tardes, que en vano
Vienen las blancas barquillas
De Prócida á las orillas,
Puesto que no viene él:

Él, que tal vez en los brazos
De otra rival más dichosa,
En la noche silenciosa
Se reclina en su bajel.

Todo el amor lo disculpa,
Y á fé que motivo tiene
Si el jóven César no viene,
Segun la niña gentil:
Que su anciano padre Bempo,
Con sus amores tirano,
Le negó altivo su mano
Cediendo á consejo vil.

Por eso bañada en lágrimas
Desde que la aurora asoma,
Ruega á su buena Madonna
Porque el olvido la dé:
Pero está fresca la herida
Y ella cuida de tocarla.
¡Cómo, pues, ha de olvidarla
Cuando le falta la fé!

Así las horas se pasan,
Nada á la niña consuela,
No viene la blanca vela
De su jóven pescador.
Y muere triste la tarde,
Y la noche vá cayendo;
Y el agua sigue corriendo
Sin consolar su dolor.

LA VUELTA.

Aquí estoy aguardando en una peña,
Á que venga el que adora el alma mía.
CAROLINA CORONADO.

I.

Yá el pabellon de estrellas
Tendió la noche por el ancho espacio,
Y la pálida luna
Consolando querellas
Asomó sobre el monte; yá las flores
Salpicaron las sombras con perfumes,
Y callaron los vientos,
Y durmieron las olas,
Y se escucharon claras á lo léjos
De Nápoles las dulces barcarolas.

Inmóvil Graziella
En la orilla del mar, triste miraba
Aquel cuadro nocturno; el pensamiento
De la niña volaba
Y á su César llegaba,
Que tal vez en su góndola mecido,
Por, otro lábio amante acariciado,
Daba ingrato al olvido
Las penas de su pecho lacerado.

La luna cariñosa
Besábala en la frente,
Y el agua perezosa
Se arrastraba á sus plantas lentamente:
Mas ¡ay! llagas de amores
Sólo las cura el dedo que las hizo;
Por eso á sus dolores,
Inútil el hechizo
Es de la mar, los astros y las flores.
De repente, á lo léjos,

En medio de las olas,
Surgió una lucecilla vacilante
Que, como fuego fátuo, sobre el agua
Trémula se mecía;
Y á un golpe de las ondas se ocultaba,
Y á otro golpe de mar aparecía.

Suspensa quedó ella
Al ver aquella chispa en lontananza,
Para la niña, estrella
Del cielo encantador de la esperanza;
Como queda el viajero
Perdido en los desiertos arenales,
Al rojo brillo de lejana hoguera,
Si oye el áspero ahullar de los chacaes.

La luz al fin avanza,
Y con ella una vela
Que impulsa una barquilla,
Que vá dejando con su leve quilla
Sobre las olas espumosa estela.

La jóven lanzó un grito,
Y se inclinó en la roca
Agitando gozosa su pañuelo:
La barca que miraba
Era la de su amante que tornaba.

¡Era su César! sí; no hay marinero
Tan apuesto cual él; de sus cabellos
Los rizos vagan al remar; sus ojos
Brillan más que el lucero que riela
(Como dice su hermosa Graziella.)

II.

Salta en tierra el mancebo; enloquecido
Ante los piés se humilla de la hermosa,
Y ella al verlo rendido,
Del suelo le levanta cariñosa.

—¿Por qué, por qué mis duelos
Con ausencias duplicas? le repite:
¿No ves cómo mis ojos
Ván perdiendo aquel brillo
Que tú adorabas tanto
Cuando no conocimos el quebranto?
¡Tres veces esta luna
No te ha visto á mi lado,
Tres noches con mis lágrimas
Esta desierta márgen he regado!....
¿Dime, César, tal vez otras caricias
Hallaste, tal vez otros
Brazos te habrán ceñido?
¡Dímelo por mi afán, dueño adorado!
¿Por qué en tres noches largas no has venido?
—Graziella, la Madonna
Del Mar sabe que sólo
Te adoro á tí: ella sabe
Que eres mi sueño, mi salud, mi alma;
La vírgen que mis lágrimas ahuyenta:
Por tí suspiro sobre el mar en calma,
Sólo de tí me acuerdo en la tormenta:
Pero ¿por qué tu padre
Crüel hiere mi pecho, por qué niega
Tu mano al que te adora
Y por tu amor como cobarde llora
Y ante sus piés arrepentido llega?
¡Condenarme á pasar la corta vida,
Esta vida que dura un soplo leve,
Léjos de tu regazo, es una herida
Que sólo Bempo á hacérmela se atreve!....
¡Injusta tiranía!.... Graziella,
Quise probar el vaso del olvido
Y juré no volver, busqué un calmante
Del vicio entre los brazos
Y bebí la cicuta de la ausencia;
¡Insensato! encontrarlo no he podido,
Y vuelvo arrepentido á tu presencia.

¡Ay! era tan amargo
El bárbaro brebaje,
Que he preferido en mi delirio largo
Soportar de tu padre el fiero ultraje.
—¡César, bien sabe el cielo
Que como á tí mi corazón desgarró
La tiránica orden!
¿Pero qué medio resta á nuestro duelo?
—Sólo hay un medio fácil
Que nuestro amor proteja, mi barquilla
Amarrada allí está; reina el silencio
Y la luna está pálida y dormida:
¡Vén, Graziella, ese cielo
Á goces y placeres nos convida!
En mi barca mecidos,
En medio de las olas,
La copa del placer apurarémos;
Y al rumor de los remos
Tú cantarás ardientes barcarolas,
Ó en mis brazos soñando
Descansarás, mientras esté pescando.
Del Vesubio en la falda
Vive un viejo y austero cenobita,
Que mañana en su ermita
Nos unirá ante Dios. ¡Vén, por las horas
Que á tu lado pasé cogiendo flores,
Por la benigna anciana
Que en tiempos protegió nuestros amores!
¡Por tu buena Madonna,
Que á los amantes plácida perdona!

III.

Atónita cual pobre corderilla,
Que encontró al escapar por el otero
En vez de mansa oveja

El cauteloso lobo carnívero,
La tentadora queja
Oyó la niña al jóven marinero,
Sin saber, vacilante,
Qué contestar á su gallardo amante.

Quiso hablar y su lábio
Se negó á formular lo que sentia;
Bajó los negros ojos,
Su mejilla encendieron los sonrojos
Y en delirio liviano
Al pescador abandonó su mano.

Éste la asió y su boca
Abrasó aquella piel tersa y süave,
Cuyo dulce contacto
Su pecho hizo latir; enloquecido
Las súplicas dobló; trémula, triste,
Ella osó resistir, pero fué en vano.
¿Quién esquiva el chocar de las pasiones
Cuando obedecen al amor tirano?

Sin fuerzas, reclinada
En el brazo de César, cariñosa
Hácia la imágen de la Virgen guia
Sus inseguros pasos;
César la sigue, unidos se arrodillan
Y se eleva una férvida plegaria
En aquella explanada solitaria.

Sobre su pobre albergue,
En el que duerme Bempo descuidado,
Triste lanza su última mirada;
Y «¡adios, padre, perdóname!...» repite
sobre la dura roca arrodillada.

Una lágrima ardiente
Rodó por su mejilla,
Por la nevada frente
Pasó la blanca mano, y temblorosa
Se dejó conducir á la barquilla.

EL LAGO.

Hubiéramos querido perdernos así, no en un mar que tiene orillas, sino en un firmamento que no las tiene.

LAMARTINE.

César llegó con su preciosa carga
Dejándola caer en blando lecho,
Y apagando la lámpara de proa
Largó las velas y tomó los remos.

Rápido como pájaro marino
El frágil barco se alejó, el paterno
Hogar de Graziella abandonando
Al impulso apacible de los vientos.

Y á las ráfagas tibias de la luna
Internándose fué en el claro espejo
De las aguas del lago, conducido
Por el ágil y apuesto gondolero.

Yá no se ve manchar el horizonte
El humo de la choza, y á lo léjos,
La luz de la Madonna sus matices
Misteriosos y rojos vá perdiendo.

En el golfo internados, yá no rema
El pescador con tan gentil denuedo,
Y ora deja vagar libre la nave,
Ora deja flotar los largos remos.

Pronto en torno no ven más que las aguas
Que ondulan con susurro placentero;
¡De esta noche de goces misteriosos
Sólo serán testigo el mar y el cielo!

Mas por el viento arrullados
Al fin las rocas asaltan,
Y en tierra ligeros saltan
Cerca del paterno hogar.

LA BENDICION.

I.

En la cabaña de Prócida
Los pescadores conversan,
Ante la Virgen del Mar,
Iris de la costa aquella.

Lleno está el altar de flores
Y lámparas y candelas,
Y en redor arrodillados
Grupos de jóvenes rezan.

No están los rostros alegres,
Aunque pasó la tormenta,
Y se mecen las barquillas
Tranquilas en la ribera.

Inequívoca señal
De que alguna indócil pena
Á aquellas sencillas gentes
Con duras garras aqueja.

En efecto, aquella noche
Despareció Graziella
De la cabaña de Bempo,
Sin que donde es ida sepan.

Allí está el anciano padre
Con la faz triste y severa,
Su dolor inconsolable
Velando á los que le observan.

En vano la buscó triste
Por el bosque y la ribera,

Y llevó el eco su nombre
Rodando de breña en breña.

En vano los pescadores,
La débil lona deshecha,
En el golfo se internaron
Requiriendo la doncella.

Los amigos officiosos,
Ante tan amarga pena,
Cercan al anciano Bempo
Rogando por Graziella;

Por eso están todos tristes,
Por eso no se consuelan,
Aunque ven huir las nubes
Y esparcirse las tinieblas.

II.

Á volver van á sus redes
Los ágiles pescadores,
Que yá las luces del dia
Bajan del lejano monte.

Ante la Madonna dicen
Sus últimas oraciones,
Y se despiden de Bempo
Hasta la próxima noche;

Al salir, miran los árboles
Rotos por los aquilones,
Que se destacan desnudos
Como fantasmas enormes.

Y á su Madonna bendicen
Contemplando el horizonte,
Que los matices del alba
Bordan de tibios colores.

Yá el primer grupo salía
Por la vereda del bosque,
Cuando ven á Graziella

Venir seguida del jóven.
De su impaciente alegría
En el lógico trasporte,
Corren hácia la cabaña
Llamando al anciano á voces.

Y la dulce y fausta nueva
De boca en boca recorre
El ámbito de la estancia
Sembrando grato desórden.

Apénas creyó el anciano
La inmensa dicha que oye,
Y en su báculo apoyado
Dejó su sillón de roble,
Y seguido de sus deudos,
Por el camino del bosque
Guió la trémula planta
Hácia donde están los jóvenes.

III.

Apénas al buen anciano
Apercibe Graziella,
Cuando á sus piés se arrodilla
Y humilde sus plantas besa.

Lágrimas ardientes bañan
Sus mejillas de azucena,
Que al deslizarse á su seno
Parecen lluvia de perlas.

Las manos dirige al cielo
Y los ojos á la tierra,
Y á su alabastrina espalda
Huyen de pavor sus trenzas.

De pié y con la frente baja
El pescador detrás de ella,
El fallo adverso ó propicio
Del airado Bempo espera.

Sin formular una frase
La niña pálida y trémula
Quiere romper el silencio
Y sus palabras se niegan.

Que la mirada de un padre
Al hijo culpable hiela,
Y teme al adusto anciano
La culpable Graziella.

Al fin, después de un instante,
Á sus ánsias hora eterna,
Puede desatar los lazos

Que aprisionaban su lengua,
Y levantándose triste,
Y asiendo á su amante César,
Que dócil ante las plantas
Del anciano se prosterna,

En voz alta, entre zollosos
Su crimen de amor confiesa,
Interrumpiendo con lágrimas
La narracion de sus penas.

Oyó trémulo el anciano
Hasta el colmo de su afrenta,
Sin que calmára su cólera
Su resignacion inmensa;

Y cuando tocaba el término
La llorosa Graziella,
Y quiso buscar asilo
En la proteccion paterna,

Rechazándola el anciano,
Aunque el corazon le cuesta,
Y siente helarse la sangre
Que circula en sus arterias,

Con voz sombría les dice,
Acentuando las letras,
Señalándola á los grupos
Que silenciosos la cercan:

—«¡Ved, honrados pescadores,
La que fué mi Graziella!

¡Ved la que mancha las canas
Que brotan en mi cabeza!

»Báculo de mi vejez
Soñé en mis duelos que fuera;
Hoy es el puñal que rasga
Con punta infame mis venas.

»Su madre vertiendo llanto
Me dijo en su hora postrera:
¡Bempo, Dios á sí me llama,
Vela tú por Graziella!

»Yo te crié en las virtudes
Y te enseñé á ser honesta;
¿Qué has hecho de aquella honra,
De tu madre sacra herencia?....

»Y tú, jóven insensato,
Que con mentidas promesas
Arrastrastes al abismo
Á esta perjura doncella,

»Si esperas mi bendicion,
En vano jóven la esperas,
Que al que me robó la honra
No diré *bendito seas*.

»¡Aún puedo vengar agravios
Aunque mi mano está trémula;
Si esto tu cólera incita,
Aquí un anciano te espera!

»¡Que, vive Dios, que la vida
Tanto á mi dolor le pesa,
Que cortar su frágil hilo
Ni crimen ni agravio fuera!

»Que un sacerdote os bendiga
Y que la suerte os proteja,
Pero ¡por esa Madonna!
No piseis jamás mi puerta.

»¡No quiero bajo mi techo
Los que tejieron mi afrenta,
Que me basta su recuerdo
Para amargar mi existencia!....»

Esto dice el pobre anciano
Con voz airada y severa,
Haciendo un supremo esfuerzo
Que concluye con sus fuerzas.

Y cual si la última frase
Robára las que le restan,
Se desplomó entre los brazos
De los deudos que le cercan.

La réplica rencorosa
Se heló en los lábios de César,
Que el rencor en la desgracia
No cabe en las almas buenas.

Y acorriendo al pobre anciano,
Unido con Graziella,
Aquellas honradas canas
Con amargo llanto riegan.

Pronto solícitos buscan
Una cama de hojas secas,
Y cuidadosos colocan
Al anciano sobre ella,
Emprendiendo silenciosos,
Por la más próxima senda,
El camino de la choza
Donde hoy el dolor se alberga.

LA FIESTA DE LA MADONNA.

Hay una Virgen que vela
Por el pobre pescador,
María del Mar se llama
Y es hermosa como un sol.
ROGELIA.

¿Qué hay en la choza de Bempo
El anciano pescador,
Donde hace tan poco tiempo
Habitaba el sufrimiento
Y se albergaba el dolor?

Al lucir el nuevo día
Sus poéticos albores,
Parece que la agonía
Se ha trocado en alegría
Y las lágrimas en flores.

De la Madonna el altar
Llenan violetas y lirios,
Y entre arcadas de azahar,
Se ven las luces brillar
De lámparas y de cirios.

Todo rie en derredor,
El monte, el prado, las olas,
La barca del pescador
Con su toldo de color
Y sus blancas banderolas.

Prócida entera se apresta
Entre goces á cruzar
De la playa á la floresta;
Es la celebrada fiesta
De la Madonna del Mar.

No son las doncellas parcas
En traer frutos y flores,
Y hasta de extrañas comarcas,
Abandonando sus barcas,
Bajan hoy los pescadores.

Estos llegan entonando
Venecianas barcarolas,
Unos bajan conversando,
Otros se acercan pulsando
Sus cítaras españolas.

Que en este día el pesar
De sus pechos se destierra,
Y procuran olvidar
Las borrascas de la mar
Y los duelos de la tierra.

Como flores de color
Cubren las estrechas sendas
Del día al primer albor,
Conduciendo con fervor
Á la Virgen las ofrendas.

Por el declive del monte
Bajando ván las doncellas
En grupos de formas bellas,
Como allá en el horizonte
Aparecen las estrellas.

No lucen rubís ni plata,
Ni terciopelos ni tules;
Mas unen en mezcla grata
Con las faldas de escarlata
Corpiño y medias azules.

En el caprichoso enlace
De sus trenzados cabellos
El céfiro se complace,
Y el sol que entre nieblas nace
Deja sus rayos en ellos.

Hasta el prado se alborozar
Bajo su alfombra de flores,
Y en que lo huellen se goza;
Que hoy descienden á la choza
Las hadas de los amores.

Pronto músicas sonoras
Hacen resonar los vientos,
Y las bellas pescadoras
Forman danzas tentadoras
Al son de los instrumentos.

En sus caprichosas danzas
Los jóvenes las persiguen,
Y las mútuas confianzas
Á las dulces esperanzas
Entre los amantes siguen.

Todo á los goces se apresta
En aquel feliz hogar,
Y en la playa y la floresta;
Que es la celebrada fiesta
De la *Madonna del Mar*.

CONCLUSION.

Lectora, si por mi dicha
Con estas páginas velas,
Y apuras hasta las heces
De mis nocturnas leyendas,
 Criticarás el olvido
En que dejé á Graziella,
Y en tu impaciente deseo
Motejarás al poeta.

Yo dócil á tus enojos
Bajo humilde la cabeza,
Y vuelvo á tomar el arpa
Y á herir sus cansadas cuerdas,
 Para que de aquellas cuitas
El grato término sepas,
Si por fortuna en tu pecho
Hallaron eco sus penas:

Bempo á fuerza de cuidados
Cobró la salud que anhela,
Y á César y Graziella
Concedió su bendicion:

Volvió á nacer la alegría
En aquel hogar dichoso,
Y el anciano generoso
Fijó el día de la union.

Por eso Prócida entera
Á dobles goces se apresta
En la celebrada fiesta
De la Madonna del Mar.

Que hoy las bodas se consuman
De los jóvenes amantes,
Y han de jurar ser constantes
Ante su sagrado altar.

Por eso doblan las músicas,
Las candelas y las flores,
Y se escapan los amores
En las alas del placer:

Por eso los pescadores
Descienden á la ribera
Con sonrisa placentera
Sus dádivas á traer.

Allí está la hermosa niña
Junto á su gallardo amante,
Ostentando en su semblante
Su inmensa felicidad:

Y allí está el anciano Bempo
En su sillón reclinado,
De sus años olvidado,
Imágen de la bondad.

En torno danzan los jóvenes
Ó conversan bulliciosos,
Tal vez tejiendo envidiosos
Sueños para el porvenir:

Y en tanto, nace el crepúsculo
Y se levantan las brumas,
Y el sol baja á las espumas
En celajes de zafir.

Lector, si al declinar alguna tarde
De Prócida visitas la ribera,
Y subes á la rústica cabaña
Donde aún la Madonna se venera;

Verás una donecilla y un mancebo
En el banco de roble de su puerta,
Que saldrán officiosos á ofrecerte
Solicitos su cántaro y su mesa.

Sus simpáticos rostros ilumina
La misteriosa luz de la tristeza:
Son los hermanos huérfanos de Prócida,
Hijos del pescador y Graziella.

Todas las tardes, cuando el sol descende,
Ante la Virgen por sus padres rezan,
Y ván á visitar sus pobres tumbas
Que cubren los cipreses de la huerta.



UNA NOCHE ANTE ÉCIJA.



MEDITACION.

¡Tranquila noche! del Genil sonante
Oigo lejanas murmurar las ondas,
Y el céfiro adormirse suspirante
De las olivas en las verdes frondas.

Bajo el silencio, de reposo gérmen,
Bajo los rayos que la luna envía,
Soñando dichas, descuidados duermen,
Los que pasáran afanoso el día.

¡Écija también duerme! sosegada,
Velándola sus torres altaneras,
Del *Singilis* tranquilo rodeada,
Cercado de olivares y praderas.

¡Salve, rica ciudad! pátria querida,
Emporio un tiempo de comercio y gloria,
Mi inquieta mente lánzase atrevida
Á hendir las sombras de tu régia historia.

Sonar oigo los remos turdetanos,
Y entre las ondas argentadas miro
Los estrechos läudes fenicianos
Con gondoleros de la rica Tiro;

Que, desplegando las tendidas velas,
Cambian adornos de coral y agata,
Púrpuras rojas y preciosas telas
Por gruesas barras de luciente plata.

Ese sonar de trompas y alegría,
Ese crugir de carros y armaduras,
Esas de deslumbrante pedrería,
Magníficas, bordadas vestiduras,

Son de César triunfante las legiones
Que entran cuando despunta la mañana,
En anchos y apretados escuadrones,
En su *colonia firma astigitana*.

Ese inmenso rumor y gritería
Es de la entusiasmada muchedumbre,
Que los juegos olímpicos veía
Del sol poniente á la postrera lumbre;

Ó del nervioso atleta que sacude
Sus músculos de acero comprimidos,
Y vuelve, y torna, y á la lucha acude
Del público á los rudos alaridos.

Esos arcos y altísima techumbre
Que sostienen anchísimos pilares,
Esas ricas en oro y clara lumbre
Lámparas suspendidas á millares;

Esos de bronce y jaspe y plata y oro,
Ídolos y labrados ornamentos,
Ese danzar y deleitoso coro
De garzones y dulces instrumentos.

Esas columnas de oloroso incienso
Que se evaporan en el éter vano,
Son del régio, magnífico é inmenso
Templo, erigido al temeroso Jano.

Los siglos pasan.... suena en mis oídos
El choque del alfanje y el almete,
Los godos escuadrones son batidos
Á orillas del funesto Guadalete.

De la ecijana trompa en la muralla
Escucho el ronco son bramando fiero,
Y el postrero rumor de la batalla
En que el poder hispano sucumbiera.

Cual al conjuro de hechicera maga
Aparecen palacios encantados,
Alzarse miro ante mi vista vaga
Arábigos alcázares calados.

¡Vedlos! de clara luna á los reflejos
Se cuentan los esbeltos miradores,
Adornados de tersos azulejos,
Que elevan los espléndidos señores.

En sus moriscas y marmóreas salas
Lucen pebetes y orientales pomas,
Y entre damascos y preciadas galas,
Búcaros frigios esparciendo aromas.

Escuchad.... esos lánguidos cantares
Son de las incitantes prisioneras,
Al pié de los aromos y azahares
En el haren cercado de palmeras.

El grato son de guzlas y añafles,
El eco vivo de la alegre zambra,
Suena en alcázar de columnas miles,
Copia pequeña de la grande Alhambra.

Y envueltos en los blancos alquiceles,
Al pié moruno de las verdes rejas,
Con *selanes* de lirios y claveles,
Cuentan amantes sus sentidas quejas....

Écija, la cesárea, la romana,
Gime postrada por extraña mano:
Del fenicio la perla turdetana
Brilla en el almaizar del africano.

Y pasan siete siglos de cadenas
Hasta que el rayo de la luz febéa
Baña en torres, alcázares y almenas
El cristiano pendon que altivo ondéa.

La Biblia con sus místicos fulgores
Eclipsa del *Coran* la luz sombría,
Y lanza sus divinos resplandores
La Cruz, donde la luna relucía.

Yá miro á los cristianos caballeros
Hacer piafar los nobles alazanes;
En los peligros siendo los primeros
Y en los amores siendo los galanes.

Yá las cañas corriendo delirantes,
Yá mil trovas ardientes entonando,
Yá luciendo en las justas elegantes,
Yá en plácidos festines volteando.

El palenque contemplo engalanado
De ricas en colores vestiduras,
Y el anchuroso circo enarenado
De campeones lleno y armaduras.

Yá el agudo clarín llama á la liza
Y tiemblan las amantés hechiceras,
Mientras el viento revolando riza
Sobrevestas, divisas y cimeras.

La liza acaba: el vencedor gallardo
Ante la bella póstrase de hinojos,
Que temblorosa cual naciente nardo
Baja encendida los hermosos ojos.

Y entre suspiros que la leve brisa
Lleva indiscreta hasta el amante oído,
Ciñese el premio con galana risa,
De perlas y zafiros circuido....

Todo es amor y donosura y gloria,
Todo riqueza y esplendor aduna,
Mas de esta régia y placentera historia,
—¿Quédanos restos ó memoria alguna?

II.

¿Dónde están los régios baños
De la orgullosa sultana,
Que al colorar la mañana
El eunuco perfumó,
Con sus paredes de jaspe
Y sus mil caños de oro,
Por donde el cristal sonoro
Bullendo se derramó?

¿Dónde los ricos harenes
Con hamacas y alhamies,
Habitados por huries
Imágenes del placer:

Con sus pintados jardines,
Con sus fuentes y sus flores,
Do alondras y ruiseñores
Se vienen á guarecer?

¿Dónde la ardiente morena
De negros, árabes ojos,
De lábios leves y rojos,
De mórbida y tersa tez;
Que envuelta en el blanco manto
Cuando la tarde caía,
Con su amante departía
Desde el moruno ajimez?

¿Dó la preciosa mezquita
Donde el musulman oraba
Cuando el mudden lo llamaba
Desde el alzado alminar?
¿Dónde el arabesco alcázar
De almenados torreones,
Y los bravos escuadrones
Regidos por Ben-Azar?

¿Qué fué del altivo imperio
Que al leon aprisionára,
Y que á la Europa asombrára
Con su gloria y esplendor?
¿Qué fué de sus trovadores!
¿Qué fué de sus caballeros!
¿Qué fué de tantos guerreros!
¿Qué fué de tanto valor!

Cayeron cual Herculano,
Pompeya, Creta y Palmira,
Que el tiempo que ráudo gira
Sólo tiende á devastar:

Y á su soplo gigantesco
Volaron cual seca hoja
Que ronco huracan arroja
Entre las ondas del mar.

Mas, cual de la sábia Aténas
Y la grandiosa Ninive,
El recuerdo siempre vive
De su gloria y su poder:
Que de rüinas y escombros
Mil recuerdos se deslizan,
Que su pasado eternizan
En los fastos del saber.

¡Duerme, coqueta andaluza,
En tu lecho reclinada,
Entre flores, arrullada
Por el sonante Genil!
Entre prados de esmeralda,
Entre verdes olivares,
Entre bosques de azahares
Que riza el áura sutil.

Duerme en tanto que despierto
Sueño en tus horas pasadas,
En tus glorias decantadas
Y en tu perdido esplendor;
Duerme, que la clara luna
Envuelve tu sombra vaga,
Cual el traje de una maga
De alabastrino color.

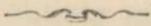
Duerme bajo el cielo bello
Andaluz, puro, gracioso,
Que el sol llena primoroso
De plata y oro y rubí:

Por la mañana de nácar,
Al medio día azulado,
Por la tarde arrebolado,
Y por la noche turquí.

No mires que de mis ojos
Llanto amargo se desprende,
Mientras que la aurora tiende
Su celaje de arrebol;
Y despierta, que yá el alba
Gotas de aljófares llora,
Mientras risueño colora
Tus altas torres el sol.

AÑO 1867.

¡MÁS ALLÁ!



NOCTURNO.

Miro el valle andaluz lleno de flores
Donde huyó para siempre mi niñez,
Donde arrullaron mis primeros sueños
Las brisas perfumadas de la fé;
Donde un nombre, por grande incomprendible,
Mi madre me enseñó á balbucear,
Y digo al evocar aquellas horas:
¿Por qué no ha de existir un *más allá?*

Veo morir cuanto nace en torno mio,
Y nacer cuanto acaba de morir;
Flujo y reflujo del Occéano ronco
Que ha de envolverme en su oleaje al fin.

Veo los séres dejar á nuevos séres
El espacio que acaban de ocupar,
Y digo al sondear tanto misterio:
¿Es posible que exista un *más allá?*

Veo nacer el crepúsculo, vertiendo
Sus lágrimas de aljófar en la flor,
Y extenderse en las sábanas azules
La deslumbrante clámide del sol,
Contemplo á la viajera de la noche
Por campos de luceros caminar,
Y digo al abarcar el firmamento:
¡Qué claro debe ser el *más allá!*

Oigo rodar el trueno, retumbando
Al lucir el relámpago veloz,
Y mujir á las ondas turbulentas
Al empuje del áspero Aquilon.
Miro el cielo cubierto por el manto
Lóbrego de la aciaga tempestad,
Y digo meditando tristemente:
¡Qué oscuro debe ser el *más allá!*

Tengo en mis brazos trémula y rendida
La imágen seductora del placer;
En leve copa de cristal purpúreo
Liban mis lábios su sabrosa hiel.
Bajo el velo de un mórbido regazo
Siento un foco de vida palpar,
Y digo en la embriaguez de los sentidos:
¡No es posible que exista *más allá!*

De una mujer en los azules ojos
Veo reflejarse el virginal amor,
Cual se refleja en el tranquilo lago
La limpia estrella que precede al sol.

Su espíritu y mi espíritu se anegan
En un éxtasis puro y celestial;
La avidez de este goce no se sácia....
¿Es que debe saciarse *más allá*...?

AÑO 1871.

UNA NUBE.

ORIENTAL.

—Ayer, ingrata Zulema,
Cuando fuimos á Bib-rambla,
Yo á vencer moros al circo
Y tú moras en las gradas,
VÍ que al mirarte Gazul,
Cuando en el palenque entraba,
La rosa de tus megillas
Se trocó en purpúrea dalia.
Yá sabes quién es Gazul,
Aquel zegrí que en las zambras
Bravea vistiendo seda,
Y tiembla al ceñir la malla;
El que por cojer tu guante
En el patio de la Alhambra,
Le crucé ante sus amigos
Con mi manopla la cara.
No frunzas, Zulema, el ceño
Porque he leído en tu alma
Lo que á tu dueño le velas
Con tu sonrisa taimada;

Que el color de las megillas
No en vano niña se cambia,
Y lo que ocultan los lábios
Lo dice á veces la cara.

Y no digas que es mentira,
Que sospecho que me engañas,
Y ante esta sola sospecha
Tiembla mi alfange en la vaina.

Que he jurado por Alá,
Si su aliento te profana,
Suspender vuestras cabezas
De los garfios de esa plaza.

Ayer al cruzar las calles
De leve arena doradas,
Que el apacible Genil
Al nacer las nieves baña,

Hallé un selam primoroso
Formado de flores várias
Con las letras de tu nombre
En una cinta azulada.

Ese ramo es de Gazul,
Que sus pensamientos ata
Con una cinta de celos
Para que mejor te plazcan.

Pero ¡ay de él, si se convierte
Esa cinta perfumada
En un sangriento dogal
Que le oprima la garganta!

Cura que jamás espere
Bajo tu ajimez el alba,
Ni lleve tu cifra al brazo
Cuando se jueguen las cañas.

Y cura que ni áun en sueños
Su nombre á tu lábio salga,
Que en mi pecho está dormido
El áspid de la venganza.—

Esto dijo Abenamet
Mesando su luenga barba

Y llevando entre sus dedos
Los crespos rizos de rabia.

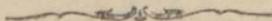
Mas un beso de Zulema,
Que riendo le escuchaba,
Sobre un divan de Damasco
Muellemente reclinada,

Como el sol corta las nubes
Cortó la duda en su alma,
Y serenóse su frente
Que la tormenta anunciaba.

Pronto en el mórbido seno
De la indolente sultana,
Dobló Abenamet la frente
Con tranquila confianza.

Y el humo de los pebetes
De la magnífica estancia,
Envolvió el amante grupo
En sus nieblas perfumadas.

AÑO 1871.



Á LA LUZ DE MI LÁMPARA.

NOCTURNO.

Lasciate ogni speranza.
DANTE.

Otro día cayó por Occidente
Del crepúsculo al último reflejo,
Como los que pasaron por mi daño,
Se lleva otra ilusion de mis deseos.
¡Bien venidas, tinieblas de la noche,
Que venís á traer sombra y silencio,
Y os revolveis en torno de mi lámpara
Danzando á su tenaz chisporroteo!
¡Bien venidas.... imágenes hermosas
Lanzásteis otras veces en mis sueños,
Ahora que no me cerca nada grato,
Qué me podeis traer sino tormento!
Yo ese presente de dolor y lágrimas
Que venís á traer, sumiso acepto,
He sido tan feliz que apuré el néctar;
Réstame la cicuta y el agenjo.
¡Ay del que el vaso de la vida apura
Con insaciable lábio en poco tiempo!

¡Ay del que penetrar pródigo ansía
De un arcano insondable los secretos!....

La vida es esa lámpara que oscila
Cubierta por cristal frágil y terso,
Que guarece á su llama de los aires
Dejándole á la luz espacio abierto.

Rompe el vidrio de verla codicioso
La mano de un rapaz loco y travieso,
Y aquella luz que há poco deslumbrára
La mata un soplo de importuno viento.

Así todas mis gratas ilusiones,
Como débiles luces se perdieron;
Dejando el corazon en las tinieblas
Al romper el cristal de los misterios.

Y así, á la luz opaca de mi lámpara,
Cuando mi ávida sed de goces siento,
Me complazco en mover polvo y ceniza
Que es lo que resta del antiguo fuego.

De este monton de trémulas pavesas
Se alzan algunas veces los recuerdos,
Arrastrando las clámides de nácar
Con que en los lagos del olvido dieron.

Y desfilan con formas encantadas
Del foco de mi lámpara surgiendo,
Con lánguido vaiven girando en torno,
Como el tropel de huries de los cuentos,

Las primeras caricias de mi madre,
Que mi cuna meciera sonriendo;
La primera amapola que á mi paso
Se ofreció, al escapar tras un insecto;

El son de la campana melancólica
Que nos llamaba por la tarde al templo,
Y la elevada cúpula, que alzaba
La voz de las plegarias al Eterno;

La impresion religiosa que en mi ánimo
Hizo brotar la noche y el silencio,
Al contemplar el globo de la luna
Deslizarse por campos de luceros;

La imágen que en sus ráfagas de plata
Descendió de la bóveda del cielo,
Envuelta en leve túnica, á mis ánsias
Con lábio de claveles sonriendo;

El descompuesto cuadro de la orgía
En que lucha el espíritu y el cieno,
Y ávido busca el corazon caricias,
Y pábulo el placer y los deseos;

Las notas de la alegre serenata
En que dicen amor los instrumentos,
Al sorprender á la dormida vírgen
Que se reclina en el velado lecho,

Todo en torno de mí gira y se mueve
De la luz á los pálidos reflejos,
Movido por la mano caprichosa
Que evoca el torcedor de los recuerdos.

Á mi pesar entónces surge el llanto,
Y ván á aquella edad mis pensamientos,
Y á aquellas alegrías mis pesares,
Y á aquellas esperanzas mis deseos.

En vano por matar dichas pasadas
¡Que nunca vuelven dichas que se fueron!
Sigo del Dante el paso tenebroso,
Ó las fábulas bélicas de Homero.

En vano es que medite con el Fausto
De las ciencias ocultas los misterios,
Ó que con Milton cruce el paraiso,
Por la divina maldicion desierto;

Ó suba con el Tasso á tierra santa
Trás el pendon del bravo Godofredo,
Explorando las selvas encantadas
Que habitaba el gigante Briareo;

En vano es que en arábigas leyendas
Penetre en el alcázar opulento,
De arcos moriscos y calados pórticos
Velados por damasco y terciopelo.

Siempre la realidad viene á tocarme
Con su inflexible y descarnado dedo,

Y al quemarse el aceite de mi lámpara
Conozco que á mis lágrimas me vuelvo.

La oscuridad siniestra me rodea,
No distingo en redor ni un sólo objeto,
Y al velarme las páginas del libro
Me descubre la sombra de mis duelos.

Entónces, de luchar desfallecido,
Húmedos de dolor los ojos cierro,
Y abandono la frente sobre el brazo
Y el golpe triste de las horas cuento,
Hasta que el ángel del reposo amigo
Sus perezosas alas vá tendiendo,
Y restaura mis miembros fatigados
Con su copa de plácido beleño.

LA LUNA DE PRIMAVERA.

Á....

I.

Del vespertino celaje
Á la vislumbre postrera,
Riela en el oleaje
Y se quiebra entre el ramaje
La luna de primavera.

¿Ves, Lola?.... su disco sube
Por detrás de aquel otero,
No lo mancha ni una nube;
Yo contemplándolo estuve
Desde el opuesto sendero.

Hiende las húmedas brumas
Su lumbre que se dilata;
Y al matizar las espumas,
Finje góndolas de plumas
Deslizándose entre plata.

Bajo su diáfano velo
De húmedo y flotante tul,
Se desliza el arroyuelo,
Copiando del claro cielo
El melancólico azul.

Y entre la alfombra tendida
Junto al río y la pradera,
La florecilla escondida
Contempla ansiosa de vida
La luna de primavera.

Todo á su fulgor acrece,
Todo á su luz se levanta;
El árbol sus frondas mece,
La rosa en su tallo crece,
El ave en su nido canta.

El césped cubre los prados
Y los musgos la montaña;
Ni en los palacios dorados
Hay más lujosos bordados
Que en la mísera cabaña.

Hay pórticos de esmeralda,
Pabellones de jazmines,
Y sobre estrados de gualda,
Alcatifas de carmines
Puestas del monte en la falda.

Sobre las cuales triscando
Corre la tímida oveja
Cuando el sol vá declinando,
Y el pastor marcha, entonando
Alguna rancia conseja....

¡Qué hermosa, Lola, es la vida
En esa estacion primera
Aromática y florida!
¡A cuántos goces convida
La luna de primavera!

• II.

Yá las primeras nieblas del otoño
Envolvieron los árboles del bosque,
Bajando á lo profundo de los valles
Y subiendo á lo alto de los montes.

Yá huyeron las pintadas golondrinas
En alegre bandada á otras regiones;
Yá en el prado no triscan las ovejas
Ni nacen entre céspedes las flores.

Lola, pasó la hermosa primavera,
La estacion de la luz y los amores;
Yá no gime aromática la brisa
Ni los pájaros cantan en el bosque.

La luna que rodaba por la esfera
Más opaca en sus ráfagas tornóse,
Y en el triste crepúsculo aparece,
Y entre nubes plumizas se recoge.

La *efoliacion* dá ramas al torrente,
Que ronco muge y desbordado corre,
Arrastrando en sus ondas tiernos álamos
Y batiendo los troncos de los robles.

Espiraron las tardes del estío
Con sus nubes de trémulos colores,
Cual las notas del arpa de los silfos
Al escapar las horas de la noche.

Pasaron como pasan las imágenes
Que forjaron los sueños seductores,
Como pasa el recuerdo de un paisaje
Que viéramos por mágico resorte.

Como pasan los goces de la vida
Cuando acaba la edad de los amores
Y la verdad desnuda se presenta
Á deshacer las gratas ilusiones....

III.

Miento, Lola, que á las nieves
Suceden otra vez flores,
Y vuelven los cien colores
De la pasada estacion;
Y vuelven las golondrinas
Á anidar en los jardines,
Y vuelven los colorines
Á entonar nueva cancion;

Y vuelve ese sol ardiente
Que dora la verde espiga,
Y vuelve la enana hormiga
Sus acopios á empezar:
Y vuelven los arroyuelos
Que saltan de piedra en piedra,
Mojando la verde yedra
Y murmurando al saltar.

Mas si una ilusion querida
El corazon abandona,
Es herida que se encona
Y no cesa en su dolor:
Herida que en vano toca
El dedo de la esperanza,
Para la que no se alcanza
Bálsamo consolador.



¡HORAS QUE HUYEN!

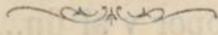
NOCTURNO.

Miro en redor de mí y hallo la sombra,
Nada me resta yá:
¿Por qué pasan las horas tan ligeras
Y no vuelven las horas que se ván?

Como ántes surgen las purpúreas flores
Y hay en el cielo nubes de arrebol,
Lanza la estrella trémulos fulgores,
Nace la luna, y se levanta el sol.
Tras su nido la dócil golondrina
Vadea el ancho mar;
Dá el árbol frutos, néctares la abeja;
¡Y no vuelven las horas que se ván!

¡Corred, horas, corred, no sois aquellas
Que envidiaron mis noches de placer!
Yá os lo dirían si volvieran ellas....
¡Pero, inútil afán, no han de volver..!!
Pasa el placer como en oscura noche
Relámpago fugaz;
Guia al sepulcro el hilo de la vida,
¡Y no vuelven las horas que se ván!!

AL SUEÑO.



La vida es sueño.
CALDERÓN.

¡Sueño, sér misterioso,
Que mis párpados cierras y acaricias,
Turbando mi reposo
Con tu cóрте de imágenes ficticias!
¿Por qué la sombra pueblas
De tus engendros vãos,
Y te envuelves en gasa de tinieblas,
Y se pierde la ciencia en tus arcanos?
¿Por qué la inmensa cripta de los tiempos
Dócil te presta sus dolientes sombras
Y sus fantasmas rojos,
Y al mísero mortal punzas y asombra
Haciendo que desfilen á sus ojos?
¿Por qué traes de la mano al duro lecho
Nuestras más deliciosas ilusiones,
Y haces que lata sin cesar el pecho
Al choque de encontradas sensaciones?
¿Qué fuerza te hace dueño del espacio?
¿Qué Silfo te acompaña,
Vertiendo el triste insomnio en el palacio
Y el bálsamo tranquilo en la cabaña?

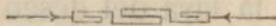
Hé allí al sábio fisiólogo abismado
En estudiar tu misteriosa esencia,
Páginas enigmáticas revuelve
Con la avidez sin freno de la ciencia;
Su lámpara que oscila
Por el viento azotada,
Alumbra su megilla descarnada
Y su ardiente pupila:
Yá tu dedo le toca,
Un bostezo se escapa de su boca,
Dobla en el brazo la cabeza inerme
Lucha con tu sopor y al fin.... se duerme.
Entónces tú te burlas de su ciencia
Y ciñendo su sien de adormideras,
Le llevas extasiado y afanoso
En pos de tus fantásticas quimeras;
Los más torpes engaños
Apura, como un tierno adolescente
Sin recordar la nieve de los años,
Y tal vez frunce al despertar el ceño
Porque huyen las mentiras de su sueño.
En vano es que el mortal en su locura
Pugne por sondearte y comprenderte:
¿Quién hay que huelle la colina oscura
Que está cerca del valle de la muerte...?
Mi espíritu me dice que tu yugo
Se extiende á la materia solamente:
¿Quién sabe si la vida de las almas
Será un sueño de luz eternamente!
¿Antes que el sueño último acaricie
Nuestra sien dolorida
Con su beso de hielo,
Cuántos color de cielo
Se habrán desvanecido en nuestra vida!
Un tiempo, yo soñaba
En un mundo de suave transparencia,
Donde se deslizaba
Fugaz mi adolescencia,

Como ese río que hácia el mar camina
Besándole los piés á la colina.
Aquel globo de luz tenía sus soles,
Sus trémulos ejércitos de estrellas,
Sus mañanas espléndidas y bellas,
Y sus tardes teñidas de arreboles.
Á mi paso surgian
Gloria, amistad y amores,
Como lascivas flores
Que para mí en la tierra se mecian;
Y desperté: y los fáciles placeres
En duelos se trocaron;
Las hadas en mujeres
Falsarias, cuyos brazos
Impúdicos tendieron torpes lazos;
La gloria en negro infierno
De envidia, y los amigos
En cáfila alevosa de enemigos.
Y yá la aurora que al nacer asoma
Coronada de nácar sobre el monte,
Y la tarde que cae
Tiñendo de arrebol el horizonte,
Triste fué para mí; y el limpio lago
Y la arboleda umbria,
Y el valle delicioso
Donde daban las aves su armonía,
Como al venir las nieblas del otoño
De brumas se cubrieron,
Y las hojas cayeron,
Y las aves callaron sus amores,
Y en el celaje azul palidieron
Las matizadas nubes de colores.
Desde entónces camino por la tierra
Llena de duelo eterno;
Cual el proscrito errante,
Que lleva sobre el alma como Dante
Todo el peso insufrible del Infierno.
¡Y aquel sueño fatal, aún aparece

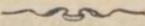
Á turbar de mis noches el sosiego,
Y como fátuo fuego
Si vuelvo á despertar se desvanece!
.
¡Sueño, yo te perdono! Tú no sabes
Todo el mal que me has hecho.
¿Que más pudiste hacer que de risueñas
Imágenes cercar mi triste lecho?
Si el hombre en su locura
Quiere hallar realidades
En las dichas soñadas,
¿Á quién se queja de su daño cierto
Cuando el engaño conoció despierto?
Sigue, huésped nocturno, tu carrera,
Y déjame rendido,
Con tu copa de dulce adormidera,
Descansar en la gruta del olvido.
Puesto que árbitro eres
De pesares y goces
Que con el alba escapan veloces,
Llega, llega á las plumas
Donde vela el tirano,
Y dile que en el mármol de su pórtico
Duerme su pobre hermano;
Díle que es la grandeza de la vida
Movediza pirámide de arena,
Y que el manto de perlas y oro llenó
Suele hacerse girones en el cieno.
Dí á la hermosa mujer que en limpia luna
Cubre sus formas de crugiente seda,
Y sus trenzas de flores;
Que cuando el tiempo rueda
Y siembra hilos de plata en los cabellos
No brillan las diademas sobre ellos;
Que el nardo perfumado
Marchito cae á su contacto helado.
Mas no llesves al lecho
De la casta doncella

Tu cohorte de sombras tentadoras
Ni tus mentiras de color de fuego;
No levantes la gasa misteriosa
Que ante el abismo de los goces tiende
La débil inocencia;
Déjala dormitar sobre la blanda
Pluma, y la limpia sábana de holanda.
Si ha de venir la luz, si ha de tocarse
La helada realidad cuando amanezca,
¿Por qué dichas traer? Si sólo es humo
Que la brisa del alba ha de llevarse
La blanca aparicion que en la penumbra
Sobre el ardiente foco se destaca,
¿Por qué alzar en el alma una armonía
Que ha de apagarse al despuntar el día?
Deja, deja al poeta
Siempre en tus brazos descansar soñando
Y no le esquives nunca tu beleño,
Déjale con sus mitos conversando
Puesto que sabe *que la vida es sueño*,
Y ántes que vea su ilusion perdida,
Si anhelas que despierte,
Enlaza el breve sueño de su vida
Con el eterno sueño de la muerte.

AÑO 1871.



LUZ Y SOMBRA.



NOCTURNO.

Cuando te ví y te amé por vez primera,
Soñé con ánsia loca
Acariciar tu rubia cabellera,
Tener mis lábios cerca de tu boca.
Realizóse aquel sueño del deseo
En los primeros hábitos de amor.
¡Y desde entónces afligido veo
Cuán cerca del placer está el dolor!

Cuando léjos de tí suspiré un dia
Mis lágrimas saltaron,
Nadie las enjugaba en mi agonía
Y en su acibar mis horas empaparon.
Arrastróme la lava del deseo
Y ansioso conseguí volverte á ver,
Y desde entónces resignado veo
Cuán cerca del dolor está el placer.

NOCHE TRISTE.

NOCTURNO.

Y el tiempo escapará con sus fugitivas realidades, cuya rápida existencia mide él mismo.

LAMENNAIS.

Estoy cerca de tí, tu blanca mano
Oprimo entre las mias con delirio;
Todo un mundo de goces é ilusiones
En tus purpúreos lábios adivino.

De tus hermosos ojos los destellos
Vienen á herir candentes á los mios,
Mientras tu puro seno se conmueve
Del corazon al trémulo latido.

¿Qué más felicidad? Tuya es mi alma,
Como es tuya la dicha que ahora libo,
Como es tuya mi vida y mi esperanza,
Como es tuyo este amor por quien respiro.

¿Por qué tristes mis ojos te contemplan,
Á tí, gérmen de plácidos delirios?
¿Por qué amargura de mis lábios brota
Cual brotan ondas del revuelto rio?

¿Por qué fúnebres ecos dolorosos
Las ténues brisas traen á mis oidos?
¿Por qué esa luna que las nubes rasga
No dá á mis tristes horas luz ni alivio...?

¿No soy feliz? ¿No miro en esos ojos
Todo un cielo de amor y de cariño?

¿No leo en las frases que tu lábio dice
Un tesoro de fé para conmigo...?

¿Qué tengo? ¿qué me falta? ¿qué deseo?
¿Por qué triste me quejo del destino,
Contemplando esos rayos que se quiebran
En las hermosas ondas de tus rizos...?

¡Bello presente! porvenir dorado....
Mas ¡ah! perdona, *porvenir* he dicho,
Esa es la frase que mi sueño ahuyenta,
Por eso sólo á mi pesar me aflijo.

¡Horas del porvenir, no más ciñais
De fúnebre crespon los sueños míos;
Dejadme una esperanza bienhechora
Que calme mi ansiedad y mi martirio!

Yá vislumbro tal vez en lontananza
La cadena del bárbaro destino,
Que crüel me separa de tus brazos
Despreciando mi llanto y mi delirio.

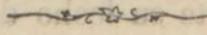
De nuestras noches de placer y amores
Sólo recuerdos quedarán perdidos;
Como la luz de la tranquila tarde
Al asomar el astro vespertino.

¡Oh! el llanto en vano asomará á mis ojos,
En vano el pecho me dará suspiros,
Que hasta los lábios subirán ahogados
Para ser en su fuego consumidos.

¡Horas del porvenir! por descifraros,
Por ver lo que guardábais escondido,
Diera las horas de intranquila duda
En que muriendo en mis insomnios vivo.

Á

SERENATA.



La pálida luna se quiebra en tu reja
La noche nos brinda balsámica gasa,
Allá sobre el río se escucha el suspiro
Del pobre barquero que guía su lancha.

El céfiro mueve las flores del cármén,
Las aves nos dicen sus quejas en cántigas,
El claro arroyuelo se quiebra entre guijas,
Fingiendo cambiantes y espejos de plata.

¿Me quieres, hermosa...? acerca tus lábios,
Que secos los míos por ellos se abrasan,
¡Un beso tan sólo...! por un solo beso
Te diera mi plectro, mi vida, mi alma.

Dí, ¿qué nos importa que el mundo se empeñe
Corriendo incansable en pos de fantasmas?
Amémonos siempre, que amor es el néctar
Del triste destierro que Dios nos señala.

¿Qué brinda la tierra que no sea mentido?
¿Qué brinda este mundo que no sea una farsa?
¿Qué goce encontraste que no esté cercado
De vastos abismos, de luto y de lágrimas?

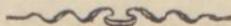
¡Vén...! toquen tus rizos mi pálida frente,
Apoya en mi seno tu rostro de nácar;
Soñando delicias nos halla la noche,
Soñando delicias vendrá la mañana.

Yo bebo en tus lábios los sueños de rosa,
Que en torno á mi lecho sonrien y vagan;
Yo aspiro en tu aliento los ténues perfumes
Que traen en sus pliegues las trémulas áuras.

¡Cuán bella es la noche, cuán bella es la vida!
Contempla ese cielo, contempla esas ráfagas
De luz apacible, que dán las estrellas
Tranquilas bañando la bóveda sacra.

¿No ves cuál sonrien los lirios azules
Al ver que los huella tu cándida planta?
¿No ves á los peces venirse á la orilla
Dejando por verte su lecho de lamas?

¡Oh! vén, que tus rizos perfumen mi frente,
Apoya en mi seno tu rostro de nácar;
Soñando delicias nos halla la noche,
Soñando delicias vendrá la mañana.



LA LLUVIA DE ESTRELLAS.

—*—

NOCTURNO.

—

Herschell os contará cuántas estrellas
Pasan fugaces en la noche umbría;
Adónde vá la nebulosa vía,
Y adónde paran su carrera ellas.
Oda á la Inteligencia.

I.

¿Qué fugitivas chispas luminosas
Lucen y pasan, rápidas brillando
Cual la estela fosfórica que deja
La góndola al cruzar el Adriático?

¿Son mundos que han llegado á su apogeo
Y el soplo del Señor los ha lanzado
Por el ámbito inmenso del vacío
Á hundirse en los abismos del pasado?

¿Son estrellas que buscan otro cielo,
Ó ejército falaz de fuegos fátuos,
Que vagan por las sábanas azules
Llevándoles sus luces á otros astros?

¡Son vírgenes que cruzan con sus lámparas
Los etéreos alcázares velados,
Ó esperanzas que huyeron de la tierra
Y á la mansion de luz se refugiaron?

¡Quien marcará la esencia de esos globos
Que cruzan por el campo dilatado
Donde mora la luna! ¡quién el término
Sabe donde sus órbitas hallaron!

¡Oh, con qué melancólica amargura
Veo cruzar esas chispas el espacio,
Despareciendo en la celeste bóveda
Como ilusion de los primeros años!

Mi ávida vista su camino sigue,
La imperceptible estela rastreando,
Creyendo en loco afan que ha de seguirlas
Hasta el fin que el Señor les ha marcado.

Pero desaparecen en las sombras
Como la flecha que escapó del arco;
¡Quién las podrá seguir en su camino!
Allá ván en la atmósfera rodando....

¡Mirad aquel lucero! brilla fijo
Como piedra preciosa en régio manto,
Suspendiendo la vista con sus ráfagas
Y vertiendo la copia de sus rayos.

¡Qué luces! ¡qué cambiantes y matices
Que las tintas del iris envidiaron,
Lanza aquel débil átomo perdido
En el mar insondable del espacio!

Su brillo melancólico suspende
Á la tímida vírgen que, soñando
En sus noches de amores, hácia el cielo
Dirige la mirada suspirando.

En él encuentra plácidos recuerdos
Y ante él derrama el abundoso llanto,
Creyendo que desciende de su foco
El consuelo que buscan sus quebrantos.

Á él confía los goces que ambiciona
Y se olvida del lecho nó tocado,
Por conversar con el lucero hermoso
Que su pálida frente está besando.

¡Qué dulces confianzas! ¡qué suspiros!
¡Qué tiernas quejas del amante ingrato
Dice la niña al trémulo lucero
Que parece escucharlas extasiado!

Tanto temé la hermosa que se oculte
Y que luzca la aurora teme tanto,
Que suplica á la noche que no huya
Y al sol que no abandone el Océano.

Mas ¡oh dolor! cuando en su luz se mira,
Como la adelfa en el tranquilo lago,
Huye el lucero por la azul techumbre
Rápido como súbito relámpago.

En vano sigue con dolientes ojos
La hermosa vírgen el brillante rastro....
¡Allá desapareció en el horizonte
Su confesion de amores despreciando!

Huyó como su bien, como sus goces,
Como las horas de sus tiernos años;
¡Sin escuchar sus dolorosas cuitas,
Sin recoger las perlas de su llanto!

¡Ay! hasta las estrellas
Desprecian al cuitado
Que pasa desvelado
Las horas de la noche en la inquietud.

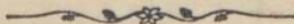
¡Ay! hasta las estrellas
Que moran en el cielo,
Tienen para su duelo
Inconstancia, desden é ingratitud.

Estrellas é ilusiones
Brillan sólo un momento,
Hojas que lleva el viento
Entre sus alas rápidas al mar;
Con sus radiantes luces
Deslumbran nuestra alma,
Y róbannos la calma
Apénas han cesado de brillar.

.
.

Estrellas que fugaces
Correis por el espacio,
Cual globos de topacio
Entre velos diáfanos de tul:
Decidme ¿dónde vais
Rápidas por la esfera?
¿Qué término os espera
En el inmenso pabellon azul?

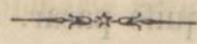
Como lluvia de plata
Huir os ví veloces,
Así huyeron mis goces,
Así mis tristes horas hüirán:
¡Pasan, pasan las horas!
¡Corren, corren los años!
¡Y vienen los engaños
Y las estrellas plácidas se ván!



Mirar aprisa
El trayo veno
Que no temo
En tu espante naufragar

Al perderso sobre el lago
Tus cántigas sensuales
Sus palacios de tortuosidades
Dejan los éxitos del naufragio
Y tritones y nereidas

EN EL ADRIÁTICO.



Los remos batan las olas
Al impulso
Y tu mérito
Luce el entusiasmo
De esa orlatación frígida
La raudal de voces prota
Deja que heba tu
De ese raudal de placer

BARCAROLA.

La luna vá iluminando
La solitaria ribera;
Veneciana batelera,
Acércame tu bajel:
Que quiero, viendo la estela
Que deja sobre las olas,
Escuchar tus barcarolas
Reclinándonos en él.

Boga, boga,
Batelera,
La ribera
Abandona sin tardar;

Mueve aprisa
El frágil remo,
Que no temo
En tu esquife naufragar.

Al perderse sobre el lago
Tus cántigas sensüales,
Sus palacios de corales
Dejan los génius del mar;
Y tritones y nereidas,
En grupos voluptuosos,
Se detienen silenciosos
Á ver tu esquife pasar.

Los remos baten las olas
Al impulso de tu brazo,
Y tu mórbido regazo
Hace el cansancio mover;
De esa ondulacion tranquila
Un raudal de goces brota.
¡Deja que beba una gota
De ese raudal de placer!

¡Oh, que noche tan hermosa!
¡Cómo la brisa taimada
Por tu aliento saturada
Viene mi frente á orëar!
¡Cómo el tranquilo Adriático
Tus contornos celestiales
En sus móviles cristales
Se complace en reflejar!

Allá á lo léjos, Venecia
Alza sus torres agudas,
Cual grupo de sombras mudas
Perdidas en el azul.

Cuyos ojos relucientes,
En las tinieblas brillando,
Ván de chispas salpicando
De la bruma el denso tul.

Allí se agitan pesares,
Promesas, citas, desvios,
Estocadas, amoríos,
Decepciones y dolor:
Aquí, bajo el cielo mudo,
Sólo tu canto resuena,
Que el mar se apaga en la arena
Para escucharte mejor.

Boga, boga,
Batelera,
La ribera
Abandona sin tardar;
Mueve aprisa
El frágil remo
Que no temo
En tu esquiife naufragar.

Nada turba nuestra dicha,
Deliciosa veneciana;
Tarda la fresca mañana,
La noche mediando vá:

Sean testigo las estrellas
De nuestro amoroso lazo;
Toma en arras este abrazo,
En él mi dádiva está.

¡Dejas inmóvil el remo,
Callas, tiembblas, te sonrojas;
Sobre ese abismo deshojas
De tu prendido la flor!
En tus pupilas azules
Candentes símbolos leo,
¡Fingiéndote está el desseo
Las delicias del amor!

¿Qué sopor voluptuoso
Á enervar tu sér empieza?
¿Sobre el seno la cabeza
Dejas lánguida inclinar?
Un sueño de amor abrasa
Tu frente calenturienta,
¡Vén, que yo ese sueño sienta
Tambien mi frente abrasar!

¿Qué te importa que á lo léjos
Se alcen torres y atalayas,
Y faros, puertos y playas
Esperen nuestro bajel?
¿Qué te importan las ciudades
Donde los hombres habitan,
Ni los cuidados que agitan
El cieno del mundo aquel?

Sobre estas frágiles tablas
Se mece el placer, hermosa;
Esa luna silenciosa
Reina de la soledad,

Bendice nuestros amores,
Y por mostrárenos grata
Con pabellones de plata
Decora la inmensidad.

Esta copa cristalina
Que ardiente licor encierra,
Los fantasmas de la tierra
Hará en torno aparecer;
Y sobre el mar transparente
Se alzarán régios alcázares,
Que perlas, coral y nácares
Ostentarán por doquier.

Bálsamo de los recuerdos
Son sus gotas olorosas;
En blando lecho de rosas
Nuestro esquife trocará:
Y como el ave marina
Huye al divisar la vela,
El dolor que te desvela
Temeroso escapará.

Rubí, cristal y topacio,
En delicioso conjunto,
Veré unidos en un punto
De la ardiente libacion:
Y con el húmedo raso
De tu boca de ambrosía,
Vendrás á sellar la mia
En amorosa expansion:

¡Yá en el marfil de tu mano
La copa candente veo!
¡Yá las áuras del deseo
Rasgan tu casto cendal!

¡Yá eres mial como el rio!
Es del mar donde se arroja,
Como la trémula hoja
Es del ronco vendabal.

¿Qué es el mundo sin placeres?
¿Qué es la vida sin amores?
¡Triste cadena de flores
Sin perfumes ni color!
Cauce sin linfa ni juncos,
Cármén sin fresas ni pomas,
Espesura sin palomas,
Cítara sin trovador.

Bebe, bebe, veneciana,
Apuremos nuestra orgía
Ántes que comience el dia
El celaje á iluminar.
Que si nos hiere el hastío,
Tendrémos para consuelo
Sobre nuestra frente el cielo
Y á nuestras plantas el mar.



MISTERIO.

MEDITACION.

- ¿Sabeis lo que es misterio? el sér incomprendible
Que manda á los relámpagos la atmósfera cruzar,
El que las aguas vuelca del rápido torrente
Y enciende los luceros y enfrena el ronco mar.
- El que los rayos lanza sobre la añosa encina
Ó la derriba al soplo del súbito aquilon,
El que de azul colora la bóveda del cielo
Ó cuando rueda el trueno la cubre de crespon.
- El que los astros cuelga de etéreas techumbres,
Y al día y á la noche dá luces y color;
Y plumas á las aves, y espigas á los campos,
Y á los naranjos frutos y á las acacias flor.
- El que vistió la rosa con traje de escarlata,
El que empapó en perfumes su cáliz virginal,
El que las piedras nutre con átomos de oro
Y el fondo de los mares con nácar y coral.

Misterio es el principio y el fin de cuanto nace,
Lo que el espacio oculta tras el brillante sol,
Lo que sin tregua impulsa la máquina del mundo,
Lo que sin tregua escapa del sórdido crisol.

~~~~~  
¿Sabeis lo que es misterio? es la mirada  
De la mujer que nuestro sueño evoca,  
La perla de sus ojos arrancada  
Y el beso perfumado de su boca.

La gasa pudorosa y trasparente  
Que vela el suave armiño de su pecho,  
La atmósfera aromática y candente  
Que se respira en torno de su lecho.

¿Sabeis lo que es misterio? es el suspiro  
De la vírgen que sueña en los amores,  
Que no ha cruzado aún en torpe giro  
Por sus valles de ortigas y de flores.

La inocencia fugaz que se evapora  
Como el agua de un búcaro en el fuego,  
Al tocar una boca tentadora  
En el delirio de inocente juego.

Es el último adios de dos amantes  
Que separa un revés de la fortuna,  
Los pliegues de esas nieblas ondulantes  
Y los trémulos rayos de esa luna.

Lo que encierra esa bóveda estrellada  
Con sus nubes y vagas auréolas,  
Lo que oculta esa sábana azulada  
Entre el vaiven violento de sus olas.

¡Misterio! ese es el silfo que me inspira  
Cuando en la noche lloro mis querellas,  
Y acaricio las cuerdas de mi lira  
Á la argentada luz de las estrellas.

La llama de mi lámpara que oscila,  
Por su invisible espíritu azotada,  
Hiere con sus cambiantes mi pupila  
En un marco de fuego trasformada.

Y al avanzar sus ráfagas medrosas  
Hasta tocar los ángulos oscuros,  
Graba de luz imágenes hermosas  
Al deslizarse por los pardos muros.

Son las escenas que el misterio vela  
Y que sólo la luna ha vislumbrado,  
Cuando en la noche plácida riela  
En el mar perezoso y sosegado.

La primera de amor rápida hora  
Que cayó en el torrente del olvido,  
Pasada en confianza halagadora  
En unos brazos mórbidos mecido.

La reja de la jóven andaluza  
Por un rayo de luna iluminada,  
Cuando el mancebo enamorado cruza  
Y la encuentra en los hierros reclinada.

Su primer beso ardiente, que se escapa  
En las trémulas alas de la brisa,  
Ménos discreto que la fiel sonrisa  
Que ocultaron los pliegues de la capa.

La despedida tierna y amorosa  
Que apresura la luz del nuevo día,  
Que vá eclipsando estrellas presurosa  
Y sembrando rumores y alegría.

El festin á la luz de las estrellas  
Bajo silvestres bóvedas de parras,  
Donde se vacian copas y botellas  
Al descompuesto son de las guitarras.

La góndola de ocultos pabellones  
Donde entonando vá sus barcarolas  
La veneciana, en blandos almohadones  
Con su amante mecida por las olas.

¡Misterio! ¡Tu existencia es un enigma  
Que nuestra mente á comprender no alcanza;  
Tú eres un goce puro, y un estigma,  
Un foco de maldad y una esperanza!

Entre tus pardas nieblas silenciosas  
Se forjan las obscenas bacanales,  
Se tejen emboscadas alevosas,  
Y se hunden hasta el pomo los puñales.

En tu sombra velaron Mesalinas  
Sus lascivas y torpes mascaradas,  
Donde iban las romanas libertinas  
De pudor y vestidos despojadas.

Y allí de Vénus en las vivas llamas  
La pléyade de jóvenes ardía,  
Apurando en los brazos de las damas  
El asqueroso vaso de la orgía.

En tí Lucrecia Borgia se ocultaba  
Para anegarse en loco desenfreno,  
Y á sus amantes cándidos, llenaba  
La copa de placer y de veneno.

Y á las aguas del Tíber silencioso  
Que por la Roma de Trajano gimen,  
Entregaba con brazo cauteloso  
Las palpitantes pruebas de su crimen.

¡Misterio! en él se escapan los veloces  
Ensueños que acarician al poeta,  
En él se unen las extrañas voces  
Al salterio doliente del profeta.

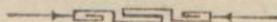
Con sus velos oculto mi quebranto  
Y mis recuerdos sin cesar devoro;  
En el misterio mis amores canto,  
En el misterio mis dolores lloro.

AÑO. 1870.

LA CAMPANA

NOCTURNO

EL TOQUE DE AGONIA



---

# LA CAMPANA.

---

## NOCTURNO.

---

### EL TOQUE DE AGONÍA.

---

Una sola voz, la voz lejana de una campana  
de lugar, vibraba en la tranquila atmósfera.

Y decía:

*¡Acordáos de los muertos!*

Y en la fascinación de sus ilusiones, pareció-  
le á aquel hombre que la voz de los muertos, dé-  
bil y vaga, se mezclaba con esta voz aérea.

LAMENNAIS.

¡Qué medroso rumor el duelo vierte  
Y sembrando el terror en torno corre?  
¡Es el fúnebre toque de la muerte  
Que vibra en la campana de la torre!  
Sus compasados golpes,  
Lentos como el dolor, ván retumbando  
Medrosos de eco en eco,  
Á la alcoba recóndita llevando  
Su son doliente y seco.  
Allí al esposo que en los brazos duerme  
De la jóven esposa,  
Á la vírgen que en sábanas de espuma  
Halla sueños de rosa,  
Les dice con metálico lamento  
Que en la cámara cóncava retumba:  
»¡Esta voz que os despierta con el viento

Es la voz inflexible de la tumba!

»Mi lengua no se cansa

Un dia y otro dia

De repetir el fúnebre tañido,

Dichoso el que descansa

Bajo el ciprés doliente,

Porque su nombre olvido

Como él olvida al mundo eternamente.

»Cuando roba la rápida guadaña

Un sér al pobre mundo,

Mis átomos de bronce se estremecen;

Y herida por el golpe que me agita,

Todo mi sér palpita,

Y alzo mi voz cuando otras enmudecen.

»¡Riquezas, poderíos

Que sembráis en el mundo nécia guerra

Y engrosáis la corriente de los ríos

Con el inútil llanto de la tierra!

»¡Próceres ambiciosos

Que salpicáis el rostro del mendigo

Con el lodo que esparce vuestro coche!

¡Magnates orgullosos

Que en silenciosa orgía

Dejáis correr las horas de la noche

Y os dormís descuidados con el día!

»Cuando la voz lejana

Llegue á vuestros espléndidos retiros,

Y os sorprendan los últimos suspiros

Que dá por el que muere la campana,

»Recordad que tambien las negras alas

Tiende la muerte sobre el áureo techo

Que cubre régias galas;

Recordad que tambien su hálito frio

Penetra en sus templados pabellones,

Y cruza sus inmensas antesalas

Y llena sus magníficos salones.

»Si oís mi acento al espirar la tarde

Lúgubre retumbar en lontananza,

Derramad una lágrima siquiera,  
¡Contemplad en la esfera  
Esa aguja que avanza,  
Y abandonad conmigo la esperanza!»

Esto dice con fúnebre tañido  
El toque pavoroso de agonía:  
Al escucharlo, el trémulo latido  
Nos dobla el corazon, sube á la frente  
La niebla del pesar, y al pecho herido  
Se inclina la cabeza tristemente.

Cuando tranquilo el corazon reposa  
Y el ánima en los goces distraemos,  
De la vida en el tálamo de rosa  
Por los objetos caros no tememos;  
Átropos la tijera misteriosa  
Mueve, y entónces tristes comprendemos  
Cuánto es frágil el vaso de la vida,  
Cuánto es corta su senda fementida.

Ved esa limpia cámara sencilla  
Donde dos almas contristadas oran  
Al pié del pobre lecho de un anciano;  
Aun sonrie la jóven  
Bajo el plácido albor de la esperanza,  
Aunque la anciana su mirar sombrío  
Sobre la frente del enfermo lanza.

El colorin parlero  
Su cántiga en la verde pajarera  
No cesa de entonar; el sol poniente  
Deja caer su sonrosado rayo  
Sobre la pobre estancia,  
Y las hijas poéticas de Mayo  
Esparcen en los tiestos su fragancia.

Parece que la vida  
Vierte el búcaro bello  
De luz y de armonía;  
Sólo en la triste anciana hay un destello  
De mortal inquietud y de agonía.

Tal vez bajo fatal presentimiento

Su triste frente inclina,  
Y ántes que avance el último momento  
Su corazon de esposa lo adivina;  
No así la jóven, que en la vida apénas  
Ha dado el primer paso;  
Y duda que sus horas tan serenas  
Tengan tan triste fin, tan negro ocaso.  
Mas ¡oh dolor! la muerte revolando  
Sobre el paterno lecho,  
Cumple el triste presagio de la madre  
Arrebatando la existencia al padre....

Como antorcha que apaga  
El azote del Noto,  
Huye de allí la plácida alegría  
Al ver el hilo de la vida roto.  
El colorin parlero  
Calló la voz suave,  
El punzante perfume de la muerte  
Ahogó los de las flores;  
Y reinaron las lágrimas y el duelo  
Bajo el techo feliz de los amores.

Cubierta con la adelfa del quebranto  
La pálida mejilla  
Donde su ardiente huella graba el llanto;  
En desórden las trenzas  
Sobre la espalda mórbida,  
Y revuelta la gasa de su seno  
Que ahora de amargo tósigo está lleno,  
Sobre el lecho se arroja  
Del espirante anciano  
La huérfana doliente,  
Y ase con mano trémula su mano  
Y besa con amor su helada frente.  
Pronto el golpe fatal le deja inerte,  
Y róbase la luz á su pupila  
La misteriosa niebla de la muerte.  
Y la llorosa jóven,  
Y la doliente anciana

Que pierden la razon y la energía,  
Oyen el lento son de la campana  
Que lanza el triste toque de agonía.  
Retuércense los brazos,  
Sollozan la postrera despedida,  
Y ciñen al cadáver con abrazos  
Queriendo darle con sus pechos vida.

Y en tanto allá á lo léjos  
La campana retumba,  
Recordando que pronto, á los reflejos  
Del nuevo sol se cerrará otra tumba.

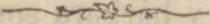
Pero basta de lágrimas, las cuerdas  
De mi doliente arpa,  
De ciprés melancólico ceñida,  
Ronca suena en el canto de la muerte  
Porque dejó las flores de la vida.

Allá en bosque lejano y apartado,  
De misteriosos sáuces circüido,  
De adelfas costeadado,  
En céspedes tendido,  
Deslízase el arroyo del olvido.

Empapemos allí la sien ardiente  
Para volver á hallar nuestra alegría;  
Hasta que zumbe en torno nuevamente  
*El toque funeral de la agonía.*

---

## Á UNA LÁGRIMA.



### NOCTURNO.

¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,  
En tu nítido seno vá escondida!  
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!  
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!  
¡Oh, corre, corre, de mis ojos huye,  
Surca mi rostro, quema mi mejilla,  
Que el peso amargo de sus hondas penas  
Al oprimido corazon alivias!

En tu globo diáfano se encierra,  
Mezclada con tu esencia cristalina,  
El raudal de amargura que la suerte  
Derramó sobre el lago de mi vida.

Lago en cuya serena superficie,  
Que no arrugó ni un sopló de la brisa,  
Se copiaba la luz de las estrellas  
Y los matices de la tarde estiva.

Donde brotaban dulces ilusiones  
Matizando sus márgenes floridas,  
Donde el hada gentil de la esperanza  
Sus encantadas formas sumergía.

Por eso aunque eres hija de mi duelo  
Y cual piedra preciosa, cristalina,  
Quiero que te evapores en la hoguera  
Que los pesares en mi pecho avivan.

Porque al verte serena deslizarte  
Dejándome escaldada la mejilla,  
De verme débil el rubor me enciende  
Y el sueño no desciende á mis pupilas.

¡De mí mismo en la sombra me avergüenzo,  
Si te viera correr el mundo un día,  
Cómo te señalará despiadado  
Con su burlona y bárbara sonrisa!

¡Pero, nó, no ha de ser! cuando el sol luzca  
Te cubrirá la máscara tupida  
Del fingimiento, y aunque el mundo observe  
Mi triste faz, la encontrará tranquila.

¡Oh! que es la vida matizada senda  
Que á nuestros ojos sus encantos brinda,  
Con alfombra de céspedes cubierta  
Y entoldada con bóvedas floridas.

Pero oculta los áspides malignos  
Bajo su pabellon de clavellinas,  
Y cubre con espléndidos tapices  
El punzante aguijon de sus ortigas.

Do quiera tiendo los cansados ojos  
Cuando mi planta sus senderos pisa,  
Hallo eriales de arenoso suelo  
Cual el viajero en la desierta Libia.

Las imágenes falsas que á mi lado  
En confusion voluptuosa giran,  
Se evaporan riendo poco á poco  
Como el humo que escapa de la pira.

Triste es el sol que en el Genil riela,  
Triste es el valle que la flor matiza,  
Y triste, en fin, como mi amarga pena  
La clara noche de apacible día.

Un tiempo fué cuando el oscuro mundo  
Miré velado en fulgoroso prisma;

¿Dónde se fueron sus tranquilas horas?  
¿Dónde volaron sus dichosos días?....  
¡Cuánta amargura, lágrima preciosa,  
En tu nítido seno vá escondida!  
¡Cuántos recuerdos de pasados goces!  
¡Cuántos recuerdos de pasadas dichas!

AÑO 1868.

EGOS DE UN CALABOZO.

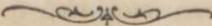
VERSION LIBRE DE LA MENA 12.

EL MENDIGO.



---

# ECOS DE UN CALABOZO.



VERSION LIBRE DE LAMENNAIS.

---

## EL MENDIGO.

---

¿Quién á mi pátria volverá mi paso?  
¡Á sus valles risueños  
Donde el sol es tan bello en el ocase  
Y tan gratos los sueños!  
¡Donde á la sombra de sus verdes pinos,  
Bajo el césped rizado,  
El arroyo con pasos cristalinos  
Susurra sosegado!  
Entre mi pátria y yo, muros de hierro  
Y abismos insondables  
Abrieron con las puertas del destierro  
Aquellos miserables.  
Pobre hijo infeliz de la montaña,  
Sin hogar ni trabajo,  
Sufro de aquellos próceres la saña,  
Trémulo y cabizbajo.

Dijéronme con ceño los tiranos:

—¿Con qué pasas la vida?

—¡Con el duro trabajo de mis manos,

Mas no encuentro acogida!

—¿Cuál es tu hogar?—¡El mundo!—¿Dónde moras?

—¡Donde me halla la luna!

Como no luzco telas brilladoras

No hallo casa ninguna.

—¿Que no tienes hogar? ¿Que andas errante

Por la senda del mundo?

¡La cárcel te dará techo bastante,

Misero vagabundo!

¡Sí! allí te mezclarás á tus iguales

Que por sus valles gimen;

¡Allí te enseñarán los criminales

Los senderos del crimen!—

¡Hipócritas malvados, que os llamais

Discípulos de Cristo,

¿Dónde en esas doctrinas que acatais

Tal rigor habeis visto?

¿Qué, forjó Dios las cárceles oscuras

Y el potro del tormento?

¿Qué, niega vengativo á sus criaturas

La luz del sol y el viento?

¡Pastores de mi pátria, que dichosos

Vivís en pobre abrigo,

Y cedéis vuestro albergue generosos

Al prócer y al mendigo!

Ante vosotros uno es el pechero

Y el que ostenta blasones;

El de ropaje rico, caballero,

Y el que viste girones.

¡Cuán dichosas las horas de mi infancia

Corrieron y los años,

Donde se alzaba la sencilla estancia

Cerca de los rebaños!

¡Cuál rodaban mis libres pensamientos  
En aquella ribera,  
Y se alzaban en alas de los vientos  
Á la azulada esfera!  
Allí escuchaba al mirlo melodioso  
Quejarse tiernamente,  
Y despeñarse con afan ruidoso  
El rápido torrente.  
¡Ay, cuándo, cuándo volveré mi paso  
Á mis valles risueños,  
Donde el sol es tan bello en el ocaso  
Y tan gratos los sueños!  
¿Veis aquel punto débil que navega  
En mares de topacio?  
Es el águila ráuda que despliega  
Su vuelo en el espacio.  
¡Ay, ella sí que es libre! ¿Quién gobierna  
Su poderoso vuelo?....  
Tambien el oso es libre en su caverna,  
Y el insecto en el suelo.  
Tambien sobre las rocas solitarias  
Es libre la gamuza,  
Y playas, costas y ciudades várias  
Libre el pájaro cruza.  
Sólo el pobre, proscrito eternamente  
En bárbaro destierro,  
Halla á su paso débil y doliente  
Un límite de hierro.



---

# LA HOGUERA DE LOS RECUERDOS.

---

## ROMANCE.

Aprened flores de mí  
Lo que vá de ayer á hoy...

Yá con su rojiza lengua  
Me incita el indócil fuego,  
Á que en sus llamas sepulte  
Mis amorosos secretos.

Murmurando está de mí  
Con tenaz chisporroteo,  
Porque me ve vacilar  
Hacinando mis recuerdos.

En perfumado monton  
Ante mis ojos contemplo,  
Epístolas y retratos  
De mis amantes que fueron.

Allí está la hermosa Elvira,  
Mi cándido amor primero,  
Con sus ojos melancólicos  
Y su tornéado cuello;

Allí está la alegre Concha,  
Velando el mórbido seno  
Con las enlazadas crenchas  
De sus hermosos cabellos.

Allí están, en fin, Amparo  
Y Estrella, que es el lucero  
Que el desamparo de Amparo  
Consoló con sus destellos.

¡Ay, cuántas noches de luna....  
Y relámpagos y truenos,  
Pasé diciéndoos *amen*  
Sumiso como un cordero!

No os he vuelto á ver jamás,  
Y si os ví, yá no me acuerdo.  
¡Ay, quién pensára que fuese  
Tan fácil veleta el tiempo!...

Todas me dejaron *algo*  
En el lago del deseo,  
Las que no dejaron más  
Fué.... porque dejaron ménos.

Por eso yo al abrasar  
Mis amorosos trofeos,  
No es extraño que suspire,  
Porque al fin, las naves quemó.

Hé aquí sus cartas, sus cifras,  
Las trenzas de sus cabellos,  
Ora rubias como el oro,  
Ora cual la sombra negros.

Recuerdos vivos, *palpables*,  
Y no cual otros recuerdos,  
Que concluyen con el alba  
Ó se escapan con el viento.

En todas esas epístolas  
De caracteres diversos,  
Donde con mano de nieve  
Ardiente lava vertieron,

Ramilletes de mentiras  
En cada línea tropiezo,

Y aunque con otras mayores  
Yo cambié pliego por pliego.

De aquellas horas de niño,  
Que amenizó el idem ciego,  
Entre incrédulas sonrisas  
Tal vez me place el recuerdo.

Si yo fuera aún discípulo  
De aquel filósofo tierno  
Que en contemplacion cruzaba  
Los jardines de Academo,

Diria en idéntico trance,  
Llevando la mano al pecho,  
Y oprimiendo esas epístolas  
Con ademan romancesco:

Y es este tu bien ¡oh tierra!  
Y es este el amor ¡oh cielos!  
¿Y es esto lo que dá vida?  
¿Y lo que dá muerte es esto?

Mas como yá tengo escamas  
Á fuerza de ver anzuelos,  
Y sólo guardo ceniza

De la hoguera de otro tiempo,  
Voy hacinando en el polvo  
Aquellos rancieros recuerdos,  
Y el fogon vá poco á poco  
Filosofando con ellos.

Ved cuál arden las promesas  
De la niña de ojos negros,  
Que jugó con mis palabras  
Como lázaro con ciego.

Ella fué mártir por mí,  
Y yo por ella confeso;  
Me dijo que era su vida,  
Y se casó con un negro.

Ved cómo el fuego devora  
De Emilia el mentido fuego;  
Hasta consumé por ésta  
El crimen de hacerle versos.

Mirad cuál vuela en cenizas  
El rizo de sus cabellos;  
Todo se lo devolví  
Méenos la trenza y los besos.

Yá se consume en las llamas  
De Amparo el billete tierno,  
Que me cerraba la reja  
Y me abría el aposento.

Yá sólo un negro residuo  
Queda de aquel lindo cuerpo,  
Los lábios que me abrasaron  
Están á su vez ardiendo.

Poco á poco desaparece  
De la noble Aldonza el ceño,  
Que por no tener escudo  
Me largó un tajo tremendo.

Por un águila caudal  
Entregó el suyo á un mostrenco;  
Hoy sólo le queda el pájaro,  
Pues que le voló el dinero.

En fin, de tantas bellezas  
Como viven ó murieron,  
Y que ocuparon su página  
En el libro de mis sueños,

Resta sólo, si contemplas  
La hoguera de mis recuerdos,  
Humo en torno de mi frente  
Y cenizas en el viento.

---

# LA NINFA DEL VALLE.

BALADA.

I.

¿Por qué no ha de venir, si es tan risueña  
La gruta que formé por si venía?

C. CORONADO.

Hay una ninfa gentil  
Que se mece en la laguna  
Cuando aparece la luna  
En los valles del Genil.

Allí mora recogiendo  
Las pintadas florecillas,  
Ó risueña entretegiendo  
Los juncos de sus orillas.

Ella acorre á las doncellas  
Y es de los amantes báculo,  
Ella es árbitra y oráculo  
De garzones y de bellas.

Hijos son de la experiencia  
Sus consejos, en que es parca,  
Y por eso en la comarca  
La apellidan *La Prudencia*.

Y á fé que tienen razon  
Y tal nombre ha menester,  
Que prudente debe ser  
El que enfrena una pasion.

Jamás con su voz süave  
Desvanece la esperanza,  
Pero advierte la asechanza  
Con acento triste y grave.

Que cuerda sabe advertir  
Los escollos del pesar,  
Sin que acabe por llorar  
El que mira sonreir.

II.

El crepúsculo espirando  
Está las sombras tendiendo,  
Y una niña sonriendo  
Vá por el monte bajando.

Á esperar viene al que adora  
Cerca de la sacra linfa,  
Donde la hechicera ninfa  
Alcázar de espumas mora.

Que hay junto un bosque de aromas  
Con pabellones fragantes,  
Donde se ván los amantes  
Á arrullar con las palomas.

La vió la ninfa bajar  
Hácia el bosque encantador,  
Y dijo al verla avanzar:  
«Querrá consejos de amor.»

Mas aunque cabe las flores  
La ninfa esperando estuvo,  
Á decir cuitas de amores  
La niña no se detuvo.

Con indecible amargura  
La llama, y con voz suave,  
Porque yá el término sabe  
Adonde vá su locura.

Diciendo con triste acento,  
Que en las montañas resuena,  
«¡Ay del que fia en el viento  
Y alza castillos de arena!»

Oyó la niña indecisa  
Aquella voz dolorosa,  
Y entre sus lábios de rosa  
Murió la dulce sonrisa.

Pero en su amante impaciencia,  
Por los placeres vencida,  
No atendió la voz sentida  
Del hada de *La Prudencia*.

### III.

El crepúsculo naciendo  
Vá las sombras levantando,  
Y una zagala subiendo  
Vá por el monte llorando.

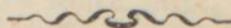
Yá no esperará al que adora  
Cerca de la sacra linfa,  
Donde la hechicera ninfa  
Alcázar de espumas mora;

Que sordo á gratos favores  
Y con ella fermentado,  
Ha dado ingrato al olvido  
Sus imprudentes amores.

Por eso triste y llorosa  
Vá marchitando la pena.  
En su frente la azucena  
Y en su mejilla la rosa.

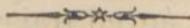
Por eso el áura sutil  
Lleva este inútil lamento:  
«¿Por qué no escuché el acento  
De la ninfa del Genil?»

AÑO 1870.



III

## NIEBLAS DE OTOÑO.



Melancólicas nieblas  
Que vais tendiendo  
Ténue manto de gasa  
Sobre ese cielo.  
¡Ay, cuánto placen  
Á mi pecho cuitado  
Vuestros encajes!

Yo no sé lo que siento  
Cuando á la tierra  
Al morir el verano  
Bajan las nieblas,  
Y con las luces  
Pasajeras del alba  
Los valles cubren.

Sus húmedas caricias  
Son mis placeres,  
Y cuando á acariciarme  
Rápidas vienen,  
Su hálito fresco  
En el ambiente esparce  
Gratos recuerdos.

Al reflejar los rayos  
Del sol poniente,  
En ese opaco velo  
De turbios pliegues,  
De luz y sombra,  
Cuadros fantasmagóricos  
La brisa forma.

Una imágen divina,  
Hada del aire,  
Flota allá en el espacio  
Con áureo traje;  
Y el éter cruza,  
Reclinada en su lecho  
De leve bruma.

Aquí se ve una ermita,  
Y allí una fuente,  
Más léjos una góndola  
Que el lago mece;  
En este lado,  
Un alcázar morisco  
De estuco y mármol.

Cual las rápidas sombras  
De un cosmorama,  
Brillan y desaparecen  
En lontananza;  
Bajan y suben,  
Ó tornan á las aguas  
De donde surgen.

¡Ay! cuando yo vagaba  
Por la pradera  
Niño, miré á mi paso  
Surgir las nieblas  
Y fuí á alcanzarlas,  
Por gozar los encantos  
Que me brindaban.

Ante mi paso iban  
Huyendo siempre,  
¡Alcázares de aire,  
Quién los detiene!  
Jamás mi planta  
Pudo tocar sus átrios  
Ni sus arcadas.

Fuí jóven y un fantasma  
Más engañoso,  
Que esas móviles nieblas  
Que ven mis ojos,  
Surgió á mi paso  
En órbitas de fuego  
Áureo girando.

Tambien corrí hácia *el mundo*  
Ávido y ciego;  
Mas sólo hallé amargura,  
Dolos y duelos:  
¡Ay, como siempre!  
¡Alcázares de aire,  
Quién los detiene!

Hoy al mirar las nieblas  
Doy un suspiro;  
Tributo de un recuerdo  
Que vá, al olvido;  
Lago sereno  
Cuyas olas pesadas  
No agita el viento.

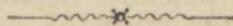
¡Nieblas de otoño húmedas!  
¡Sombrío otoño!  
Que implacable deshojas  
Robles y chopos:  
Tus pardas nubes  
En sueños melancólicos  
Al triste sumen.

Es cierto que los iris  
De tus mañanas,  
Tienen pocos matices  
De ópalo y grana;  
Y tus crepúsculos  
Extienden en el cénit  
Celajes turbios.

Pero en cambio ¡cuán dulce  
Melancolía  
Rebosan esas tardes  
Dulces, tranquilas!  
¡Postrer suspiro  
Que en los brazos de otoño  
Lanza el estío!

Mira, niña, esas hojas  
Que se desprenden  
De las ramas sin jugo  
Que las sostienen;  
¡Cómo suspiran  
Al azote del viento  
Que las agita!

Mira cuál entre el polvo  
Ruedan crugiendo;  
¡Á dónde irá la hoja  
Que arrastra el viento!...  
Las hojas secas,  
Como las esperanzas  
Son de la tierra.



# MELANCOLÍA.

## Á UN AMIGO.

Ignorada de sí yazga mi mente  
Y muerto mi sentido;  
Empapa el ramo para herir mi frente  
En las tranquilas aguas del olvido.  
LISTA.

Alga perdida sobre el mar del mundo,  
No sé dónde me arrastra el huracan;  
Aquí estoy con las olas de mi suerte  
Luchando sin cesar.

¿Qué quieres ¡ay! de tu infeliz amigo,  
Juguete como tú del Aquilon?

¿Por qué nécio pretendes en tinieblas  
Hallar rayos de sol?

¿Quieres que diga cántigas suaves  
Que mis sienes circunden de laurel?

¿Quieres que pulse el arpa de los sueños  
Que ví desaparecer?

¡Ay! déjame vagar sin emociones  
Por la márgen florida del Genil;  
Sobre las aguas, de llorar cansado,  
Mi cítara rompí.

Yá no suena en mi oído el postrer eco  
Que en el lejano valle levantó,  
Ni viene á herir mi pecho dolorido  
Su última vibracion.

Pobre estoico sin fé, sin esperanza,  
Me deslizo en la escéptica Babel,  
Sobre el plano inclinado de la duda,  
Sin mañana ni ayer.

En vano en torno mio se suceden  
Las galas de la fértil creacion,  
Y se abrazan los cielos y la tierra  
En ósculos de amor.

En vano pasan en ardiente giro  
Blancas apariciones ante mí,  
Tendiéndome risueñas y livianas  
Sus brazos de marfil.

Yá no encienden el mármol de mi boca  
Sus incitantes lábios de coral;  
¡La atmósfera de fuego y ambrosía  
No puedo respirar!

Acaso si en el cielo de mi vida  
Surgiera el ángel del primer amor  
Y en la vacía copa de mis goces,  
Dejára una ilusion,

Cuando la tarde triste y melancólica  
En nuestros valles declinando vá,  
Y el dia con las sombras de la noche  
Se complace en luchar;

Otra vez á las pobres golondrinas  
Que ván de estos lugares á partir,  
Y miran silenciosas las cabañas  
Donde anidar las ví;

Con las tiernas endechas de mi arpa  
Pudiera en su viaje detener,  
Que á ellas dije mis tristes confianzas  
Cuando amores canté.

¿Mas cuándo vuelve á su desnuda rama  
El fruto seco y la marchita flor?

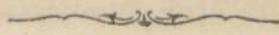
¡Cuándo vuelve á brillar en nuestro cielo  
La perdida ilusion!

¡Rios que sorbe el mar del desengaño  
Son los fáciles sueños del placer,  
Jamás sus olas limpias y azuladas  
Podrán retroceder!

¡Yá no puedo cantar! deja á tu amigo  
Vagar por las riberas del Genil;  
¡Sobre las aguas, de llorar cansado,  
Mi cítara rompí!

AÑO 1871.

# UN NOCTURNO DE BEETHOWEN.



*Dulce y grato....*  
Como el recuerdo que en el alma deja  
La voz de la mujer que hemos querido.  
ESPRONCEDA.

## I.

¡Un nocturno alemán! ¿oís? la mano  
Que despierta esa fácil melodía,  
Al herir el armónico piano,  
Hiriendo vá á la vez el alma mía.

Las notas que se pierden en el viento  
Tienen la melancólica amargura  
De ese voluptuoso sentimiento  
Que inspira una amorosa calentura.

Y al vibrar en la atmósfera tranquila  
Entre el misterio de la noche en calma,  
Una lágrima sube á la pupila,  
Dulce tributo que le rinde el alma.

Venid, los que juzgais pobre y estrecho  
El nublado horizonte de la vida,  
Los que prestais abrigo en vuestro pecho  
Á una grata ilusion desvanecida:

Beethoven os dará bálsamo blando  
Que calme vuestras cuitas con sus gotas,  
Las cuerdas del dolor irán saltando  
Á cada golpe de sus dulces notas.

El pasado surgiendo á vuestros ojos  
Rodëado de mágicos reflejos,  
Ocultará entre flores sus abrojos  
Como un rosal que vemos desde léjos;

Y en esos melancólicos sonidos  
Que sólo el alma á descifrar alcanza,  
La imágen hallarán vuestros sentidos  
De un recuerdo, un placer, ó una esperanza.

Hay siempre un punto en nuestra edad primera,  
Perpétuo santuario de armonías,  
Punto perdido en la falaz ribera  
Donde se estrellan los postreros días.

En él, grato concierto es el presente  
Y el porvenir sonido melodioso;  
En él es la existencia, trasparente  
Arroyo que susurra cadencioso.

Armonía incitante es el acento  
De la mujer que nuestro sueño evoca,  
El primer ardoroso juramento  
Que sella con el fuego de su boca.

El foco de placer que brinda el mundo  
En la dorada copa de los goces,  
La cántiga falaz del vicio inmundo  
Y de la gloria las mentidas voces.

II.

Yo recuerdo que en uno de esos días  
De mi primera edad punto dichoso,  
Vibrar oí esas dulces melodías  
De un festin en el vértigo engañoso.

Una mujer sobre mi brazo iba  
Reclinando su brazo peregrino,  
Trémula flor que se dobló lasciva  
Al impulso de ardiente torbellino.

Su mórbido regazo levantaba  
Tal vez un imposible devaneo;  
En su pálida frente se pintaba  
La misteriosa huella del deseo.

No sé por qué se unió nuestro destino  
Entre el delirio de la noche aquella;  
¡Ay, nunca, nunca hubiese en mi camino  
Impreso el sello de su leve huella!

Envueltos en atmósfera candente  
Por una senda de fragantes flores,  
Templamos ámbos nuestra sed ardiente  
En el vaso falaz de los amores.

Pero tanto los goces escanciamos,  
Que al apurar un día hasta las heces,  
El hastío fatal saboreamos  
En vez del néctar dulce de otras veces.

En aquellos momentos silenciosos  
En que dejaba su bullicio el día,  
Escuchábamos ámbos silenciosos  
Ese *nocturno* henchido de armonía.

Y al sentir desgarrado nuestro pecho  
Por el punzante arpon de la amargura,  
Abandonamos el amigo techo  
Que cubrió protector nuestra ventura.

¡Ay, de esa tierna música el conuento,  
Recuerdos de otras horas encerraba!  
Ella evocó el cruel remordimiento,  
Y ella por siempre, en fin, nos separaba.

Nuestro placer fué nube pasajera  
Que en el celaje azul se desvanece,  
Estrella que despunta allá en la esfera  
Y cruzándola ráuda desaparece;

Lámpara que se apaga al soplo leve  
De la brisa sutil del desengaño,  
Planta sin jugo sobre suelo extraño,  
Gota de agua que cayó en la nieve.

Por eso si esa música tranquila  
Vibra en las horas de la noche en calma,  
Una lágrima sube á mi pupila,  
Dulce tributo que le rinde el alma.

Y la presion süave de la mano  
Que despierta esa fácil melodía,  
Al herir el armónico piano  
Toca y hiere á la vez el alma mía.



---

---

# NOCHE ANDALUZA.

---

## ROMANCE.

Diz que hay noches en el Bósforo  
Melancólicas, serenas;  
Diz que son color de nácar  
Las de Nápoles y Grecia.

Diz que las noches veladas  
Por las brumas escocesas,  
Como el arpa de Ossian  
Tienen misteriosa esencia.

Bello será ver la luna  
Remontándose en la esfera  
Sobre el cráter del Vesubio,  
Ó las aguas de Venecia.

Bello será en las rüinas  
De la desolada Aténas,  
En la silenciosa noche  
Meditar sobre una piedra.

Bello será de la Escocia,  
Sobre las nieves eternas,

Ver quebrarse los destellos  
De las pálidas estrellas.

Pero ni la noche itálica,  
Ni la clara noche griega,  
Ni las veladas del Bósforo,  
Ni las noches escocesas,

Podrán jamás competir  
En luz, misterio y belleza,  
Con las noches andaluzas,  
Con las noches de mi tierra.

¡Venecianos, que mirais  
Vuestras góndolas ligeras  
Deslizarse entre la espuma  
Al fulgor de las estrellas!

Que al son de las barcarolas  
Que entonan las bateleras,  
Os adormeceis tranquilos  
Sobre las ondas inquietas;

Que encerrais el Adriático  
En vuestras calles estrechas,  
Y teneis régios alcázares  
Que en sus aguas se contemplan;

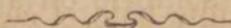
¡Venid á mi Andalucía,  
Del Genil á la ribera,  
Y decidme si esas noches  
Son como las noches éstas!

Mirad la pálida luna,  
Aquí tímida doncella,  
Que, velada en blancos tules,  
Á gratas nupcias se apresta.

Sobre los floridos valles  
Su luz de nácar destella,  
Platëando las espigas  
Que dora el sol de la Bética.

Y en el sombrío olivar,  
Y en la frondosa alameda,  
Con su corte de luceros  
Entre los árboles juega.

Contemplad en las veladas  
En que termina la siega,  
Los haces de miés dorada  
Espancidos por las eras;  
En cuyos tendidos llanos  
La segadora morena,  
Con voz sentida y graciosa  
Entona unas malagueñas;  
Oid la alegre guitarra  
En que el andaluz puntea  
Las encantadas canciones  
De este país predilectas;  
Y decidme si gozásteis  
El encanto de sus rejas,  
Sus nocturnos amorios,  
Sus trovas y sus endechas;  
Si las bellas venecianas  
Tienen la sal de sus bellas,  
Ó si las noches de Italia  
Son como las noches éstas.  
¡Oh! ¡clara noche andaluza,  
Que con tus blancas estrellas  
De la vírgen de mis valles  
El sueño tranquilo velas!  
Yó, que en tus horas amigas  
Hallé balsámica esencia,  
Con que perfumar los duelos  
Y acallar amargas penas;  
De la cítara del bardo,  
Pulsando las fébles cuerdas,  
Canto á la luz de la luna  
Tu misterio y tu belleza.



---

# UN BÚCARO DE FLORES.

---

## ROSA.

---

De mi búcaro exijo, reina rosa,  
Que corones la blanca porcelana.  
¿Qué flor habrá que osada y jactanciosa  
Luche con tu belleza soberana?....  
Tú, que el valle andaluz bordas vistosa  
Y saturas de esencias su mañana,  
Vén á lucir tus plácidos colores  
En este humilde búcaro de flores.

## VIOLETA.

---

Perdóneme el jazmin y la azucena  
Si ántes de asir sus cálices henchidos  
De bálsamo y espuma;  
Busco otra flor más cándida y honesta,  
Por débil, por sencilla, por modesta;  
Aunque se oculte bajo el césped frío  
Que corona de gotas de rocío  
El alba al despuntar por la floresta.

Que la modestia y la humildad son raras,  
Y como tales caras;  
Y pues ella se oculta en pobre suelo,  
Sobrándole perfume y terciopelo,  
Mucho debe valer para el poeta  
La odorífera y tímida violeta.

### NARDO.

---

Nardo oloroso, huésped del alcázar,  
Por la bella aristócrata buscado,  
Para lucir entre sus rubias crenchas  
Ó prenderte en el mórbido regazo;  
Que sólo en el vaiven de los festines  
Abres galan tu cáliz perfumado,  
Por ver tus blancas hojas reflejadas  
En un mar de diamantes y topacios;  
Que de la cita tierna y amorosa  
Eres el fácil símbolo nevado,  
En ese tierno idioma de las flores  
Que hablan en el harem del africano:  
Si yo tuviera púrpura de Tiro,  
Ó cámaras espléndidas de mármol,  
Donde brillára el suave terciopelo  
Y las blandas alfombras de Damasco;  
Al pasar junto á tí te arrancaría  
De ese florido y elegante ramo.  
Mas ¡qué puede vivir el régio huésped  
De su templada atmósfera apartado,  
En medio de los lirios campesinos,  
En la rústica arcilla de este vaso!

## SENSITIVA.

---

Vén, tierna y delicada sensitiva,  
Á ornar mi vaso con tus leves ramas.  
¿Por qué no has de brillar entre las rosas,  
Cuando el pudor y el sentimiento encarnas?...  
¡Pliegas esquivas tus sutiles hojas,  
Te inclinas mústia, triste me rechazas,  
Crees que del hombre el ardoroso beso  
Quemará tus hojuelas de esmeralda!....  
¡Sí, es cierto, pobre flor, tú lo presientes!  
Esas fáciles flores tus hermanas  
Que abren su cáliz al primer amante  
Y sus perfumes dán al que las aja,  
Duran tan sólo lo que dura el soplo  
Que sus despojos al torrente arrastra,  
Lo que las tibias tintas del crepúsculo,  
Lo que las luces pálidas del alba.

## LIRIO.

---

Pobre lirio campesino,  
El de las hojas moradas,  
El de pétalos de mirra,  
El de tallo de esmeralda;  
Deja las ásperas rocas  
Donde la brisa embalsamas,  
Y trueca por mi aposento  
Tu ribera solitaria.  
Bien sé que á los artesones  
Prefieres las pobres cañas,  
Y al jardín más delicioso  
La altura más escarpada;

Y que es más dulce y tranquila  
De tus lagunas el agua,  
Que el espejo que te ofrecen  
Los estanques del alcázar.

Mas no temas si mi mano  
De tu pradera te arranca,  
Que el oro y el terciopelo  
No brillan en mi morada.

Pues sólo el pobre poeta  
Puede rendir á tus plantas,  
Un laúd que te acaricie  
Y un jarro de porcelana.

### AZAHAR.

De una rama siempre hojosa  
Ramo odorífero y bello,  
Que, como pléyade airosa,  
Tornas en cielo á la hermosa  
Que te enlaza en su cabello;

Del árbol más seductor  
Flor preciada por aromas,  
Que escuchas al rui señor  
Y oyes las quejas de amor  
Que se dicen las palomas;

¡Vén, serás acariciada  
En mi búcaro de arcilla,  
Y no llores desolada  
Por tu alhambra de Granada  
Ni tu alcázar de Sevilla!

¿Qué tienes yá que buscar  
En sus amenos jardines  
Aromático azahar,  
Si no los mora Alhamar  
Ni sus nobles paladines?

Un tiempo tus blancas flores,  
Cual diminutas estrellas,  
Trepando á los miradores,  
Españaban los amores  
De las esclavas doncellas.

Ó las termas perfumando,  
De las desnudas hermosas  
Las formas acariciando,  
Se iba tu esencia mezclando  
Á la del lirio y las rosas;

Mas hoy que el alegre coro  
No suena en ardiente zambra  
Al son de adufe sonoro,  
Ni cruza el adusto moro  
Por los patios de la alhambra;

Hoy que en el Bétis no flota  
Ningun arábigo esquife,  
Ni la damasquina cota  
Brilla junto á la marlota  
Bordando el Generalife,

Abandona, flor preciada,  
Del Darro la verde orilla,  
Y no llores desolada  
Por tu alhambra de Granada  
Ni tu alcázar de Sevilla.

### JAZMIN.

---

Blanco jazminillo,  
Cuando te contemplo  
Siento que mis lábios  
Tiemblan de deseo.  
Tú que eres de Flérida  
Hermano gemelo,

Por leve, por cándido,  
Por dulce y por bello,  
    Sabrás por qué corre  
Por mis venas fuego,  
Cuando por tus formas  
Las tuyas recuerdo.

Es verdad que acaso  
Te vence su cuello,  
Su mano süave,  
Su redondo seno;  
    Mas es diferencia  
De tan poco peso,  
Que quien siempre os goce  
Sólo ha de saberlo.

Vén, pues, á mi vaso,  
Que junto á mi lecho  
Coloco las flores  
Que evocan recuerdos;  
    Para que si vagan  
En torno los sueños,  
Estén saturados  
Con su grato incienso.

### CLAVEL.

---

Clavelillo encarnado  
De terciopelo,  
Espuma de la roja  
Sangre de Vénus;  
    Vén á mi vaso,  
Te contaré la historia  
De aquellos lábios.  
Aquellos lábios rojos  
Como tus hojas,  
Que ayer viste risueños  
Sellar mi boca,

Hoy.... ¡hado impío!  
Se acercan á otros lábios....  
¡Yá no son míos!  
¿Es verdad que no crees  
Tanto perjurio,  
Y dices que esos lábios  
No son los suyos?  
¡Tambien un tiempo  
Duda consoladora  
Guardó mi pecho!  
Mas, cuando el sol caia  
La otra vegada,  
Al cruzar por la fuente  
De la montaña,  
¡Vil... ¿no adivinas  
Lo que vieron mis ojos  
Sin que lo diga?...  
Hoy al mirar tu clámide  
Color de fuego,  
Espuma de la roja  
Sangre de Vénus,  
Vengo á decirte  
De esos arteros lábios  
La historia triste.

### ADELFA.

---

Amarga flor encendida,  
Oprobio de los jardines,  
Que desprecias los jazmines  
Y amas el triste ciprés;  
Que pasas la breve vida  
En el campo funerario,  
Dando sombra al solitario  
Césped que nace á tus piés.

Flor sin bálsamo ni aromas,  
Cuya corola vistosa  
No busca jamás la hermosa  
Ni el apuesto trovador;  
Que nunca ofrecida fuiste  
Por la mano perfumada,  
Como dádiva sagrada  
En una noche de amor;

Que jamás los régios búcaros  
Bordaste con tus colores,  
Como las livianas flores  
Del cortesano vergél.  
¡Vén entre el jazmin y el nardo  
Á lucir en mi aposento,  
Que tambien tienen asiento  
Las flores tristes en él!

Imágen del infortunio,  
En tí misma te consumes,  
Y dás en vez de perfumes  
Tósigo y sombra fatal.  
El colorin te desprecia,  
Te esquiva la mariposa,  
Y la abeja laboriosa  
Huye al verte á su rosal.

¡Desheredada del valle,  
Yo que comprendo tu angustia,  
Vengo de tu frente mustia  
La amargura á contemplar!  
Y á ofrecerte en este búcaro  
De esencia y colores lleno,  
Un sitio fresco y ameno  
Y un doloroso cantar.

## SIEMPREVIVA.

No me cerqueis de pámpanos  
Cuya esmeralda viva  
Encienda mis deseos  
En báquicas orgías;  
No sensuales lotos  
De la abrasada India,  
Sobre el desnudo seno  
Me traigan esas ninfas;  
No me brinden jazmines  
En sus formas lascivas,  
Ni coloradas rosas  
Me dén en sus mejillas.  
¡Cercad, cercad mi lecho  
De pobres maravillas,  
De boj y de romero,  
De mirtos y de olivas!  
Mas, si quereis que sea  
La dádiva cumplida,  
Y que la ofrenda acepte  
Con placentera risa,  
¡Decid á aquella ingrata  
Que mi deseo esquivo,  
Y busca en otros brazos  
Las fáciles caricias,  
Que vuelva á mi regazo  
Como un tiempo solía,  
Y que mi frente orne  
De eterna *siempreviva!*





DEDICATORIAS.





---

---

UN SUEÑO DE ALLAN KARDEC  
ó  
EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS.

FANTASÍA ESPIRITISTA.

Dedicada á mi querido amigo Francisco Monsalve.

Y si, lector, dijeres ser cuento,  
Como me lo contaron te lo cuento (1).

VISION PRIMERA.

EL ÓPIO.

Es un alcázar de mármol  
De arábica arquitectura,  
Que en las márgenes de un lago  
Alza sus leves agujas.

Allí la Metempsicosis  
El sábio Kardec estudia,  
Y espectros, sombras y espíritus  
Evoca, emplaza y conjura.

---

(1) Para mejor inteligencia de este asunto, consúltese la *Controversia espiritista* de Oscar Comettant.

Que ha soñado dar al mundo  
Una creencia profunda,  
Clave infalible y osada  
De filosóficas dudas.

En un kiosco chinesco,  
Que se alza en medio de estufas  
En que crecen de los trópicos  
Árboles, flores y frutas,

El ópio de Kouang Tchcou  
En su larga pipa fuma,  
El profeta Allan Kardec  
Junto á Fátima la turca.

Cansados están de goces  
En las vigiliás nocturnas,  
Por eso Allan torna al ópio  
Y ella la cítara pulsa.

Una lámpara del Cairo  
Con luz indecisa alumbra,  
Aquella secreta cámara  
Que doble misterio oculta.

Y á sus apacibles ráfagas  
Se ve la mezcla confusa  
De objetos heterogéneos  
Que aquella cámara aduna.

Aquí jarrones chinescos,  
Allí alcatifas morunas,  
Al lado estátuas de Grecia,  
Más léjos pieles de Rusia.

Pebeteros de Turquía,  
Ánforas de Siracusa,  
Y almohadones de Damasco,  
Y escaños régios de púrpura.

Cubren los góticos arcos  
Toledanas colgaduras,  
Y los delicados muros  
Vclupuosas pinturas.

Allí s pinceles ágiles

Pintan las gracias desnudas,  
Ciñendo á Vénus la gasa  
Con que las suyas oculta.

Aquí se ven á las náyades  
Nadando en blancas espumas,  
Y acechando á los mancebos  
Que se bañan en el Túria.

Más allá, el templo de Chipre  
Ostenta sus fiestas lúbricas,  
Y sus pórticos plagados  
De cortesanas impuras.

En este lado, de Rímini  
La desventurada adúltera,  
Deja que el gentil Paolo  
Ciña su leve cintura.

En aquél, ardientes goces  
Copian las veladas turcas,  
Y en el opuesto, Lucrecia  
El dulce Falerno apura.

Éste es el retrete oculto  
Donde Allan Kardec oculta  
Los encantos de sus ócios  
Y el foco de sus venturas;  
Que son, su Fátima bella,  
Y el ópio letal que fuma,  
Cuando de goces cansado  
Llama al *Delirio* en su ayuda.

Todas las noches, después  
Que explora rancias lecturas,  
Y vá de la tierra al cielo,  
Y el Alfa y la Omega busca;

Torna al oculto retrete,  
Cansado de hacer figuras  
Y símbolos misteriosos  
Con el compás de la duda;

Y hallando más placentero  
El regazo de su turca,  
Que los misterios de Eleusis

Y las egipcias lecturas,  
Deja á Platon y á Pitágoras,  
Con sus páginas enjutas,  
Y la avidéz del espíritu  
Con la materia subyuga.

Es cerca de media noche,  
Y como una planta mústia,  
Dobla Allan Kardec la frente  
Sobre su diestra insegura.

La sangre por sus arterias  
Con dificultad circula,  
Y yá sostener no puede  
La larga pipa en que fuma.

El ópio que le consume  
Á sus sentidos ofusca,  
Y sus párpados se cierran  
Con el sello de la angustia.

Fátima le está mirando  
Con indecible amargura,  
Y calla su bandolin  
Que yá el profeta no escucha.

Aún por algunos instantes  
Kardec con el sueño lucha,  
Y signos incoherentes  
Y extrañas frases murmura.

Que cuando el ópio le vence  
Y su cerebro se ofusca,  
Los misterios del espíritu  
Cree encontrar en su locura.

Pronto sobre las rodillas  
De la fácil hermosura,  
Dobló Kardec la cabeza  
Que en su létargo fluctúa.

Y en su fantástico sueño  
Vió al *Delirio*, que en la luna,  
Descendiendo hasta su cámara  
Le acarició con ternura.

VISION SEGUNDA.

---

LOS ESPÍRITUS.

---

I.

Viste el *Delirio* túnica flotante  
De sueños imposibles salpicada,  
Y por cinto, la venda que al amante  
Ciega ante los encantos de su amada;  
Lleva tras sí el Hipógrifo de Atlante  
Que ágil cruza la bóveda azulada,  
Con jaeces de armiño y escarlata,  
Y freno y riendas de brillante plata.

Toca de Allan Kardec la roja frente  
Y lo arranca del seno de su hermosa;  
Allan su sangre enardecida siente  
Y alzar los ojos hasta el ángel osa:  
Éste, empuñando mágico tridente  
Y subiendo en la bestia monstruosa,  
Hace al profeta que á la grupa monte  
Y se apreste á cruzar el horizonte.

Pronto cual humo que á buscar el viento  
Por cúpula calada se evapora,  
El Hipógrifo deja el aposento  
Como rápida garza voladora;

Del alcázar se alejan al momento  
Subiendo hasta los campos de la aurora,  
Guiados por la luz de las estrellas,  
Que allá brillan cual pálidas centellas.

Yá el alto monte y la escarpada sierra  
No apercibe del sábio el ojo humano;  
Despareció cual átomo la tierra  
Con su faja iracunda el Océano;  
Yá están donde los vientos se dán guerra,  
Yá los luceros tocan con la mano,  
Ven de Saturno el misterioso anillo,  
Y de las siete pléyades el brillo.

Suspendido Kardec y yá repuesto  
De su sorpresa, le pregunta al guía  
El fin que en conducirlo se ha propuesto  
Por la celeste y nebulosa vía;  
Oyólo el génio con gracioso gesto,  
Y acogiendo indulgente su porfía,  
Así le habló con mesurada frase,  
Haciendo al mónstruo que su vuelo tase:

«Kardec, yo vengo á mostrarte  
Los secretos del espacio,  
Que hasta ahora inútilmente  
Te afanaste en descifrar;  
»Yo vengo á abrirte los pórticos  
Del mundo de los espíritus,  
Y ante tu génio profético  
Sus misterios á rasgar.

»Las súplicas de la sombra  
Que á tus vigiliás preside,  
Alcanzó del Sér Supremo  
Este increíble favor;

»Y obedeciendo sus órdenes,  
Monté en mi rápido Hipógrifo  
Y te arranqué de tu cámara  
Obedeciendo al Señor.

»Por eso dejas la tierra  
Y surcas el horizonte,  
Y escalas las altas nubes  
Y tocas la esfera azul.

»Pronto del planeta Júpiter  
Los transparentes alcázares  
Verás, donde los espíritus  
Tienen hamacas de tul.

»Pronto verás á tu lado  
Grupos de génios fugaces,  
Que cruzan el vago viento  
Como los rayos del sol;

»Y ván envueltos en clámides  
De leve sustancia aérea,  
Llenando el éter diáfano  
Con destellos de arrebol.

»Son espíritus errantes  
Que surgen como palomas,  
De los mundos transitorios (1)  
Donde ván á reposar;

»Y suben hasta las pléyades,  
Y bajan hasta el Occéano,  
Y pueden sin ningun término  
Por la atmósfera cruzar.

---

(1) Segun declaraciones del espíritu de Cuvier, la tierra, en los primeros periodos geológicos, fué uno de estos mundos de transición.

»Tu humana vista no puede,  
Sin que yo la venda rasgue,  
Contemplar estos prodigios  
De la celeste region;

»Pero mi mano benéfica  
Se vá á posar en tus párpados  
Y el mundo de los espíritus  
Surgirá á mi invocacion.»

Esto al decir, la mano del *Delirio*  
Tocó los ojos de Kardec, que atento  
Á la plática extraña, no halló frases  
Que formular al misterioso génio.

Súbita luz hiriendo su pupila  
Como la llama de voraz incendio,  
Torbellinos de púrpura y de oro  
Hizo rodar con vívidos reflejos.

Ante aquella erupcion de luz etérea  
Deslumbrado quedó por un momento,  
Cual el que mora oscuro calabozo  
Y por primera vez contempla á Febo.

Mas poco á poco el luminoso núcleo  
Se fué en áureas columnas extinguiendo,  
Y á la luz su pupila amaestrada  
Pudo el sábio medir el firmamento.

## II.

Y vió rodar en sus órbitas  
Globos de luz misteriosos,  
Y vió mundos luminosos  
En el espacio correr;

Y vió la máquina extraña  
Que hace girar los planetas,  
Y vió los rojos cometas  
Brillar y desaparecer.

Apénas un punto habia  
Detenido la mirada,  
Quando á su vista asombrada  
La atmósfera se pobló  
De un ejército de séres  
De forma tan prodigiosa  
Y esencia tan misteriosa,  
Como nunca vió ni oyó.

Son sus cuerpos vaporosos  
De indescriptible hermosura,  
De transparencia tan pura  
Como el más puro cristal;  
Y sus formas encantadas,  
Del sér terreno trasunto,  
Unen en un mismo punto  
Lo humano á lo celestial.

Sobre sus frentes diáfanas  
Lucen rojas auréolas,  
Que irradian la luz en olas  
Más limpias que las del sol;  
En cuyos marcos de fuego  
Se dibujan sus contornos,  
Como en los ardientes hornos  
La silueta del crisol.

Visten túnicas flotantes  
De indescriptible blancura,  
Plegadas á la cintura  
Con cingulos de coral;  
Hechas de rayos de luna  
Ó de nubes de la aurora,  
Quando aún el sol no colora  
La ardiente puerta oriental.

Aunque no tienden el vuelo  
Cual los alados querubes,  
Ván reclinados en nubes  
Como en tálamos de tul;  
Unidos en dulces grupos,  
En atmósfera de aromas,  
Como bandos de palomas  
Sobre el horizonte azul.

Miró Allan Kardec atónito  
Aquel ejército extraño,  
Y víctima de un engaño  
Fantástico se creyó;  
Y á su intérprete volviendo  
La temerosa mirada,  
Con voz trémula y turbada  
Quiénes eran demandó.

### III.

«Son, dijo el *Delirio*, ánimas  
Que con trabajos profundos,  
Y reencarnando en los mundos  
Que á lo léjos yes brillar,  
»Á ser espíritus puros  
Llegaron, y ora el espacio  
Llenan, soberbio palacio  
Que les es dado habitar.

»Sus envolturas etéreas,  
Como el vidrio transparentes,  
Los órdenes diferentes  
Publican en su region;

»Aquellos que tú apercibas  
De más diáfana envoltura,  
Tienen esencia más pura,  
Allegan más perfeccion.

»Ahora del astro del día  
Descienden hasta la tierra,  
Donde hacen continua guerra  
Los espíritus del mal;

»Ó asisten al llamamiento  
Del trípode espiritista (1),  
*Ó el don de segunda vista*  
Dán á un crédulo mortal.

»Sus hechos están escritos  
En el libro de la historia,  
Y una página de gloria  
Cada uno de ellos llenó;

»Tú sus nombres conocieras  
Si yo te los relatára,  
Pero á una empresa más rara  
El destino te llamó.

»Vamos á cortar del cielo  
El brillante laberinto,  
De Júpiter el recinto  
Á tus ojos voy á abrir;

»¡Júpiter! mundo dichoso  
De los espíritus centro,  
Pronto de sus muros dentro  
Verás otro sol lucir.

---

(1) Será verdad, garzon, mas nó lo creo.

»Verás los valles de Julnius  
Y sus cármenes de rosas,  
Con sus lunas misteriosas  
De diferente color;  
»Sus alcázares de ópalo,  
De los aires suspendidos,  
Donde están los escogidos  
Espíritus del Señor.»

Así diciendo el *Delirio*  
Hostigó al mónstruo fogoso,  
Y el camino nebuloso  
Cortaron con rapidez;  
Y Allan Kardec vió á su lado  
Pasar las constelaciones,  
Como rápidas ficciones  
Que giráran á la vez.

VISION TERCERA.

---

EL PLANETA JÚPITER.

---

Entre Saturno y Pálas suspendido  
Hay un globo de luz esplendorosa;  
Allí al rápido mónstruo ha detenido  
El *Delirio* con mano poderosa.  
Allan Kardec contempla sorprendido  
Aquella ardiente máquina asombrosa,  
Que en su órbita radiante se recrea  
Y entre cuatro satélites voltea.

«¡Hé aquí á Júpiter! dice el sábio guía  
Al profeta neófito asombrado,  
Mansion de la delicia y la armonía  
Que sólo á tí, mortal, se ha revelado;  
Vén á gozar bajo la egida mía,  
De lo que tú jamás has contemplado;  
Vén, rasgaré á tus ojos el misterio  
Que envuelve ese magnífico hemisferio.»

Dijo, y cual rudos témpanos de hielo  
Que ruedan al profundo del torrente,  
Cayeron presurosos desde el cielo  
Sobre aquel globo inmenso y trasparente;

Las bellezas extrañas de aquel suelo  
Surgieron á sus ojos de repente,  
Cual un paisaje de contorno vago  
Á la medrosa evocacion de un mago.

Quiso el génio al tocar aquel paraje,  
Para mejor satisfacer su intento,  
Contemplar el espléndido paisaje  
Cerniéndose cual aves en el viento;  
Y ántes de dar un término al viaje  
Y de tomar sobre la tierra asiento,  
Hace á Kardec que en lontananza mire  
Y tal portento embelesado admire.

Montañas ven de sorprendente altura  
Como el cristal y el nácar transparentes,  
Alamedas cubiertas de verdura  
Y salpicadas de abundosas fuentes;  
Rios que ván al mar con tal dulzura  
Que parecen láudes sus corrientes,  
Pulsados por el génio de las brumas  
Que mora en sus alcázares de espumas.

Allí hay una cascada que levanta  
Al caer torbellinos de colores;  
Aquí la vista con su brillo encanta  
Un bosque de naranjos y de flores;  
Más léjos una selva se adelanta,  
Albergue de parleros rui señores;  
En este lado plácidos jardines,  
Morada de pintados colorines.

Como cisnes blanquean á lo léjos  
De raras poblaciones las moradas;  
Brillar se ven del sol á los reflejos  
Sus infinitas cúpulas labradas;

Éstas son deslumbrantes como espejos,  
Aquellas como láminas doradas,  
Otras sus líneas de anchurosas calles  
Dejan bajar al fondo de los valles.

En una, cuyo rádio portentoso  
Hasta muchos kilómetros se aleja,  
Y como en claro lago sol hermoso  
En el azul celaje se refleja (1),  
Abate el vuelo el bruto monstruoso,  
Dócil al conductor que lo maneja,  
Y atónito Kardec mira á su planta  
Prodigios tales y belleza tanta.

En un cármén de mirtos y de sáuces  
Que parece guarida de las hadas,  
Donde hay arroyos que en torcidos cáuces  
Arrastran sus corrientes sosegadas,  
Vertiendo espuma las ardientes fáuces  
Por tan gigante ruta fatigadas,  
Paró el bruto, sus alas se plegaron,  
Y el *Delirio* y el sábio desmontaron.

«¿Dónde estamos? Kardec pregunta al guía;  
¿Qué ciudad es aquesta y cuál su nombre?  
¡Jamás soñó otra igual la fantasía  
Ni el insensato delirar del hombre!»  
«Es *Julnius*, la de justa nombradía,  
Contestóle el *Delirio*, no te asombre  
Su magnífico pórtico, conmigo  
Vén de este nuevo encanto á ser testigo.»

---

(1) Segun arábiga tradicion, los espiritistas creen que la *Julnius* ó *Jerusalen* etérea está sobre la ciudad baja, siendo aquélla de igual estructura que ésta.

VISION CUARTA.

---

JULNIUS.

---

La grande entrada está á la izquierda,  
sobre la llanura; á la derecha el río, al  
Norte y al Mediodía los jardines.

*Controversia de COMETTANT.*

I.

Penetraron los viajeros  
En la ciudad portentosa,  
Cuando la aurora dudosa  
Daba sus rayos postreros.

Á su vista, deslumbrantes  
Se ofrecieron sus palacios,  
Con cúpulas de topacios  
Y columnas de diamantes.

Cuantas formas encantadas  
Soñó enferma fantasía,  
En sus extrañas moradas  
Aquella ciudad tenía.

Arábigos embutidos,  
Greco-romanas labores,  
Cármenes, fuentes y flores,  
Y átrios de jaspes pulidos.

Á realizar no alcanzára,  
Nuestro artista más osado,  
La creación ménos rara  
Que allí el arte ha realizado.

De mármol blanco y luciente  
Hay un gótico edificio,  
Que se eleva en la vertiente  
De un horrible precipicio (1).

Las aguas de sus arcadas  
Ván entre espuma brotando,  
Al fondo roncadas rodando  
Entre las breñas tajadas.

Y dá paso al átrio un puente  
Con estribos tan extraños,  
Que hace cien miles de años  
Que luchan con el torrente (2).

Hay en la falda de un monte  
Un alcázar tan calado,  
Que parece tul alzado  
Ante el lejano horizonte.

Y con torres tan delgadas,  
Porque la vista no tase,  
Que para medir su base  
Bastan dos ó tres pulgadas.

---

(1) De esto pueden dar fé los espíritus.  
(2) Evóquese la sombra de Churriguera.

Más léjos un cármén cruza  
Donde *Julnius* se recrea,  
Que apénas diera su idéa  
Una hipérbole andaluza.

En fin, cuanto allí se encierra,  
Cuanto sostiene aquel suelo,  
No hay que encontrarlo en la tierra  
Ni hay que buscarlo en el cielo (1).

## II.

El estudio prolijo de nuestros animales, sus hábitos y caracteres especiales, atestigüa suficientemente la realidad de la ascencion animal.

Los gatos se hacen vidrieros y plomeros, las zorras agentes de negocios, las girafas modistas y los elefantes banqueros.

OSCAR COMETTANT.

Con entusiasmo profundo  
Miró Kardec cuanto había,  
Preguntando ansioso al guía  
Por los séres de aquel mundo.

Dóciles á su impaciencia,  
Por invisibles poderes,  
Vió grupos de extraños séres  
Desfilar á su presencia.

Mas tan sobrenaturales  
Y de formas tan extrañas,  
Que más parecen patrañas  
Que criaturas racionales.

---

(1) En cambio se hallará en el trípode de los *mediums* espiritistas.

Vió hipopótamos, leones,  
Dromedarios y camellos,  
Girafas de largos cuellos  
Y colosales cabrones.

Búfalos, tigres, chacales,  
Osos, hienas y lobatos,  
Zorros y perros y gatos,  
Y otros cien irracionales.

¡Pero marchando en dos piés  
Y con ropajes y aliños!  
Como aleluyas de niños  
Copiando el mundo al revés.

Aquí se ve un elefante  
Con paletot y sombrero,  
Que es un déspota banquero  
Segun su torvo semblante.

Allí vienen dos leones  
De frac y boton dorado,  
Que parece que han dejado  
La cámara de sesiones.

En este lado, conciertos  
Forjan tres lobos togados,  
Con cuatro zorros cubiertos  
De ropajes enlutados.

En el opuesto, con pláticas  
Altas y fines rastreros,  
Conferencias democráticas  
Dá un chacal á los corderos.

Más allá, con faldas bellas  
Y galoneadas gorras,  
Se adelantan dos doncellas  
Que son sin disputa zorras.

Y, por último, con trajes  
Caprichosos de Estambul,  
Dos asnos de sangre azul  
En estraños carruajes.

Frunció Allan el entrecejo  
Ante aquel nuevo espectáculo,  
Y dijo en son de consejo  
Á su silencioso oráculo:

«Si en este mundo ¡ay de mí!  
Sólo goza el animal,  
¿Qué tiene que hacer aquí  
El mísero racional?

»Si el espíritu avanzando  
Vá de region en region,  
¿Dónde vamos progresando?  
¿Dónde está la perfeccion?

»¡Ay de la tierra cuitada!  
Que ha soñado en su locura,  
Que es el hombre la criatura  
Por Dios mejor acabada.

»¡Nécios, quieren explorar  
Lo que no han de comprender!  
¡Sábios que quereis saber!  
¿Por qué no sabeis dudar?»

### III.

La ciudad inteligente, la ciudad espiri-  
tual, el Julnius verdadero, no hay que  
buscarlo en la tierra sino en el aire.

*Controversia de O. C.*

La filosófica clave  
Cerró el *Delirio* riendo,  
Á Allan Kardec respondiéndolo  
Con entonacion süave:

«En verdad, Kardec, que justa  
Tu amarga pena sería;  
Mas de esta ciudad augusta  
Nada has visto todavía.

»Voy á explicarte el misterio  
Y las causas especiales,  
Por qué ves irracionales  
En este hermoso hemisferio.

»Aun cuando, sábio profundo,  
Habrás podido entender  
Que algunos suelen valer  
Más que los hombres del *mundo*;

»Aunque en gracia y donosura  
Es prodigio el suelo éste,  
Hay una Julnius celeste  
Que la vence en hermosura,

»Sobre los llanos etéreos,  
Descanso de los querubes,  
Mansion de luz y de nubes  
Con alcázares aéreos.

»Con esta ciudad se ajustan  
Sus límites de tal modo,  
Que los espíritus todos  
Pueden bajar cuando gustan (1).

»Que, como verás después,  
Es en demasía oscuro  
Para un espíritu puro  
El espacio que aquí vés.

---

(1) Es un viaje sumamente higiénico.

»Tanto en suma le aventaja,  
Y tal la fama la exalta,  
Que es llamada *ciudad alta*  
Por toda la *ciudad baja*.

»Allí pernoctan constantes  
Las ánimas depuradas;  
Allí tienen sus moradas  
Milton, Ariosto y Cervántes.

»Que cuando rayos dorados  
Lanza el sol en su apogeo,  
Bajan á dar un paseo  
Por estos fértiles prados.

»Esta ciudad, pues, se adapta  
Á las fieras y animales,  
Al ascenso de los cuales  
No es aquella region apta.

»Así, pues, áun cuando cruces  
Por sus barrios más tranquilos,  
Te encontrarás avestruces,  
Panteras y cocodrilos.

»La pandilla más aleve,  
De más débil condicion,  
Forman en esta mansion  
Lo que se llama la plebe.

»Y la de mayor audacia  
Y mejor rango dental,  
Forma la clase social  
Que se llama aristocracia.

»Éstos oprimen á aquéllos,  
Y unidos tejen la guerra;  
Fiel trasunto de la tierra,  
Todo vá por los cabellos.

»Y hay clubs y revoluciones,  
Y asonadas y motines,  
Que promueven los mastines  
Y aprovechan los leones.

»Mas siempre de tal manera  
Se arregla pandilla tal,  
Que dá el mando á una pantera  
Ó entrega el cetro á un chacal.

«Éstos, por mostrarse humanos,  
Ocultan garras y dientes,  
Pero en viéndose potentes  
Se tragan á sus hermanos.

»Que aunque algunas malas mañas  
Perdieron al trasmigrar,  
La maña de devorar  
Es hija de sus entrañas.

»Casi siempre en estos globos,  
Siguiendo de *allá* la ley,  
Marcha á la oreja del rey  
Un gabinete de lobos,

»Que hacen sabrosa prebenda  
De la arcas del erario,  
Y agitan el incensario  
Por no perder la merienda.

»En mala sazon hoy día  
Está aquí la cosa pública,  
Porque unos quieren República  
Y otros piden Monarquía.

»Que anda el Estado sin traba  
Y lo rige cualquier mono,  
Desde que echaron del trono  
Á una pantera de Java.

»Yá tú podrás comprender  
Que en situacion semejante,  
No habrá fiera ni rumiante  
Que se puedan entender.

»Así el órden está roto,  
Y en continúa algarabía  
Se levanta cada día  
Un motin ó un alboroto.

»Yá sabes cuánto se encierra  
En esta Julnius raquítica,  
Poco ménos que la tierra  
Esclava de la política.

»Vén á su centro conmigo,  
Que aún restan rarezas muchas,  
Y de estas rastreras luchas  
Te haré ser mudo testigo.»

#### IV.

Calló el génio, y el profeta  
Al escuchar los arcanos  
Que encierra en su doble aspecto  
Aquel hemisferio extraño;  
Aunque ávido de explorar  
No osó desplegar el lábio,  
Y dócil siguiendo al guía  
Fueron la ciudad ganando.  
Ésta, sus extensas líneas  
De calles abrió á su paso,  
Con soberbios edificios  
Y limpios adoquinados;  
Que aunque allí son animales  
Los polizontes urbanos,  
Se estima el ornato público

Y se cuida bien el tránsito.  
Un vaiven ronco y continuo  
Reina en aquel pueblo extraño,  
Osos, monos y castores  
Se ven pulular mezclados.  
Cada cual vá á su negocio  
Diligente y preocupado;  
Los chacales al alcázar,  
Á la oficina los gatos.  
No faltan monos imberbes,  
Ni osos de pelaje cano,  
Que atisben de alguna zorra  
Los incitantes encantos.  
Ni alguna hermosa girafa,  
Seguida de algun cervato  
Que lleve en la sien la enseña  
De sus torcidos cuidados.  
Éste, lleva al restaurant  
Á un toro rollizo y manso,  
Aquél vá á jugar al golfo  
Con un zorro cortesano.  
El otro blondas y encajes,  
En una tienda de mantos,  
Regala á cierta lechuza  
Que lleva asida del brazo;  
Grandiosos escaparates,  
De objetos mil adornados,  
Elegantes joyerías  
Y establecimientos vários;  
Completan el panorama  
Que aquel pueblo rico y vasto  
Ante los ojos despliega  
Del profeta estupefacto.  
Los anuncios y los rótulos,  
Trampas de nécios incáutos,  
Como en las córtés de Europa  
Están generalizados.  
Aquí se lee en letras góticas

Y caracteres dorados:  
LA BUENA FÉ, *sociedad*  
*Cooperativa de asnos.*  
Allí, LA AMIGA DEL POBRE,  
*Sucursal de LOS FILÁNTROPOS,*  
Que presta, nó á tanto el ciento,  
Sino á ciento y pico el tanto.  
Más allá, LA EXACTITUD,  
LA VERDAD y EL DESENGAÑO....  
Que coronan los portales  
De talleres de calzados;  
EL MORO, almacén de vinos  
Que es sin disputa cristiano,  
Y LA DICHA, pupilaje  
Para cualquier desdichado.  
Yá iban á cruzar tranquilos  
La calle del Desengaño,  
Calle poco pasajera  
Pero curiosa del astro,  
Cuando una régia fachada,  
En cuyo pórtico ancho  
Se leía en letras áureas  
CÁMARA DE DIPUTADOS,  
Al curioso Allan Kardec  
El *Delirio* señalando,  
Dijole: «¡puedes pasar,  
La sesión está empezando!»  
Tan útil ofrecimiento  
Aceptó gustoso el sábio,  
Seguro de que observaba  
Sin que fueran á observarlo.  
Así, pues, siguió al *Delirio*,  
Que subió con fácil paso  
Las anchas escalinatas  
De limpio y brillante mármol.

V.

En una anchurosa cámara  
Del espléndido palacio,  
Sobre elevadas tribunas  
Y primorosos escaños,  
Los fieles representantes  
De la ciudad, contemplaron  
Allí uncidos por el yugo  
Poderoso del sufragio.  
De pié sobre su tribuna,  
Un tití de pelo lacio,  
Urde con suma destreza  
Un discurso diplomático,  
Lleno de tanta hojarasca  
Y en hipérboles tan vário,  
Que de seguro ni él mismo  
Entiende lo que vá hablando.  
Gran copia de frases huecas  
De nó sé qué diccionario,  
Lleva y trae el orador  
Desde el hocico hasta el rabo;  
Cual cangilones de noria  
Que ván subiendo y bajando,  
Siempre con la misma agua  
Y siempre del mismo barro.  
Importante la sesion  
Debe ser, pues que á los lados  
Se ven nubes de curiosos  
Pulular en los escaños;  
Y allá sobre el banco azul  
Lucen fajas y entorchados,  
Parte integrante aún en *Julnius*  
De los jefes del Estado.  
Preguntó Allan á un castor,  
Que le ofreció su tabaco,

Si aquella sesion tenía  
Algún interés extraño.  
Á cuya ociosa pregunta  
Contestóle el ciudadano:  
«¿Cómo? ¿no lo sabeis vos?  
Hoy se elige candidato.»  
En efecto, á la sazon  
Se resolvía el más árduo  
Problema, que en todo mundo  
Planteáran los mundanos.  
Dar un jefe á la nacion  
Recto, económico y sábio,  
Que de una ciudad anárquica  
Hiciera un feliz Estado.  
Un oso blanco del Polo  
Imponen por candidato,  
Los pilotos que dirigen  
Aquel esquife monárquico;  
Y aunque un tigre y una hiena,  
Un jabalí y un alano  
Dádivas distribuyeron  
Y por reinar maquinaron,  
Como el oso es oficial  
Cuenta con grandes soldados,  
Y ha de ser el vencedor  
En el duelo diplomático.  
Con los hombres-alimañas  
Kardec familiarizado,  
Encuentra muy natural  
Todo cuanto está pasando.  
Y como en la tierra ha visto  
Há tiempo idénticos actos,  
Presiente yá el desenlace  
Sin ver el último cuadro.  
En este punto, en efecto,  
El tití de pelo lacio  
Quiso hacer la apoteosis  
De su Polar candidato.

Ponderó las cualidades  
Del presunto soberano,  
Trajo de sus ascendientes  
Por las raíces el árbol,  
Y casi se disponía  
A probar que su oso blanco  
Era más recto que Minos  
Y más valiente que Orlando,  
Cuando pidiendo la vénia  
Los parciales del alano,  
Con ominosos denuestos  
Su voz melosa apagaron.  
Silbaron los de la izquierda,  
Replicaron los del banco  
Azul, y tembló la cámara  
En los cimientos dudando.  
Era un infernal tumulto  
En que sonaban mezclados  
Distintos nombres á coro  
En el diapason más alto.  
Aquí ruge por palabra  
Un leon republicano,  
Gruñe allí un legitimista,  
Rebuzna allá un reaccionario.  
El presidente sacude  
Tremendos campanillazos,  
Llama al órden, nadie escucha,  
El órden se está peinando.  
En fin, un lobo de Úbeda  
Que trasmigró hace diez años,  
Muy conocido en la cámara  
Por su ahullido extraordinario,  
Gritó: «¡Á votar! ¡á votar!»  
Y como torrente rápido,  
Corrieron hácia las urnas  
Tigres, chacales y gatos.  
Procedióse al escrutinio  
Con lógica, resultando

Por diez y seis aleluyas  
Elegido el oso blanco.  
Habló un toro y dijo «Mú,»  
Le replicó un papagallo,  
Y protestaron en forma  
Un castor y un leopardo.  
Hubo la de Roncesvalles,  
Zorros alzaron el gallo,  
Y una lluvia de dicterios  
Cayó sobre el candidato.  
Estalló al fin la tormenta  
Que se estaba condensando,  
Y entre un vendabal de injurias  
Y otro de campanillazos,  
Se levantó la sesion.  
Eran las seis ménos cuarto.

## VI.

Yo disculpo fácil y sinceramente la glotonería de los hambrientos. Pero ¿cómo disculpar á nuestros ciudadanos que viven en los países más ricos de Europa, y que después de la cosecha y de la vendimia, teniendo repletos los graneros y llenas las bodegas, matan con igual furia hasta los pájaros que no tienen más que el sonido? Su ciego y salvaje frenesí atraviesa en un asador á los ruiñesores, mata y pela tranquilamente al huésped de la casa, al pobre pardillo que ayer comia en la mano.

MICHELET. (*El pájaro.*)

Luégo que Allan bajó la escalinata  
Marmórea del palacio  
De las Constituyentes,  
Intranquilo y rehacio  
Por encontrarse entre tan fieras gentes,  
Dirigióse al *Delirio*,  
Y pidióle su vénia  
Para dar algun punto de reposo  
Á exámen tan prolijo y minucioso,



En el café cercano,  
Apurando dos copas mano á mano.  
Y aunque en viajes de magas y adivinos  
Jamás se habló de viandas ni de vinos,  
Por ser cosa corriente  
Mantenerse del aire aquesta gente,  
El *Delirio* á Kardec hace que coma  
Porque no se parezca al ruin Mahoma,  
Que vió los siete cielos  
Y los Eliseos campos donde moran  
Las pálidas huríes  
Regalo del Profeta,  
Registrando hasta el último recinto,  
Sin tomar ni siquiera una chuleta  
Con un sabroso trago de lo tinto.

Admitida por tanto  
La exigencia de Allan, en el Suizo,  
Café allí de buen tono,  
Sentáronse á una mesa,  
Servida, al parecer, á la francesa,  
Donde en grata y amable compañía  
Alegre multitud se reünía.  
Abrió la marcha la sabida sopa,  
Tan clásica en Europa,  
Siguiéndola otros platos  
Muy preciados en Julnius por los gatos,  
Y otros muy delicados comensales  
Que pagaban allí doce reales.

Esperaba Kardec, como hombre experto,  
Para dar jaque mate  
Y plegar servilletas,  
Un pollo con tomate,  
Un biftek, un rosbiff ó unas chuletas;  
Mas notó ¡cosa extraña!  
Que contra el uso frívolo de España  
Y otras muchas naciones  
De la pícara Tierra,  
No se usaban en Julnius los jamones

Ni los guisos de carne de Inglaterra.  
No con mucho alborozo  
Interrogó con prontitud al mozo  
(Que era un pulido mico  
De ojos saltones y sesgado hocico)  
Si vedaban las leyes del planeta  
El uso del biftek y la chuleta.  
No entendiendo estos nombres,  
Tan vulgares por dicha entre los hombres,  
Huyó medroso el ente consabido,  
De pregunta tan súbita aturdido.  
Mas un gato de Angola  
De crespos rizos y esponjada cola;  
Gato gran literato,  
Que por intuición espiritista  
Adquirió el raro don de doble vista,  
Y escribió cierto viaje  
De Julnius á la Tierra,  
De cuyas mil ponderaciones sumas  
Pudieran aprender Kart, Verne y Dumas,  
Repúsole así al sábio,  
Moviendo altivo y con desdén el lábio:  
«Extranjero, pues tal lo pareceis  
Por ese extraño traje;  
Sabed que es un ultraje  
Á estas cultas naciones  
Pedir biftek, jamon ni salchichones.  
¿Vos creéis liso y llano  
Comerse en picadillo á un ciudadano,  
Segun uso de un diablo de planeta  
En donde es ordinaria la chuleta?  
¿Jamás incurrirá nuestra cocina  
En tan horrendo y ominoso vicio;  
Fuera igual á poner la guillotina  
Ó á organizar de nuevo el Santo Oficio!  
¿Qué, no dió la feraz naturaleza  
Manjares exquisitos  
Para saciar mundanos apetitos,

Sin que la fiera gente  
Tenga que merendarse mutuamente?  
¡El pájaro sencillo,  
El tierno corderillo,  
La graciosa ternera  
Que vaga á su placer por la pradera!  
¿No tienen el derecho de la vida  
Con la cual la natura les convida?  
¡Oh costumbre malvada  
La de entregar la liebre y el cordero  
Al cuchillo feroz del carnicero!  
¡Sábía filosofía,  
Cuándo llegará el día  
Que señales los mundos con tu paso  
Desde el oriente al encendido ocaso!

.....  
Esto diciendo el gato,  
Rompió en la mesa con estruendo un plato,  
Y saludando con gentil donaire,  
Se fué con otros á tomar el aire.

Ante aquel aluvion de reflexiones  
Ruborizóse el sábio,  
Y osando apenas desplegar el lábio,  
Atónito miró al celeste guía  
Que á su lado callaba, sonriendo  
Cada vez que Kardec se sorprendía.

Alzáronse á tal punto los manteles,  
Y trémulo y corrido,  
Pagando el mútuo escote,  
Dejó el salon, del ángel precedido,  
En la ciudad tomando nueva vía  
Cuando entre sombras espiraba el día.

VISION QUINTA.

---

NOCHE.

---

I.

La noche sobre los valles  
Tendiendo crespones vá,  
Y Julnius profusamente  
Se comienza á iluminar.

Los reverberos eléctricos  
Pululan en la ciudad,  
Que por inútil y turbio  
Han suprimido allí el gas;  
Y tiendas y escaparates,  
Y cafés y restaurants,  
Un ejército de luces  
Lanzan á la oscuridad.

Confundidos otra vez  
En aquel hirviente mar,  
Cruzan Kardec y el *Delirio*  
Una vía principal.  
Nada ha influido la sombra  
En su marcha habitual;

El mismo flujo y reflujo,  
Unos vienen y otros ván.

Que si Julnius con el sol  
Tuvo mucho que admirar,  
Es acaso más curiosa  
Con la luz artificial.

Buscando pábulo el guía  
Del sábio al continuo afan,  
Los cuadros más caprichosos  
Le hace en torno contemplar.

Introdúcele con maña  
En un régio lupanar,  
Donde en lujosos salones  
Bailan zorras el can-can.

Le hace oír un conciliábulo  
En que predicán el mal,  
Ciertas aves de rapiña  
De hábito negro y talar.

Llévalo á un sucio garito  
Donde ve poner á un as,  
Por un alto dignatario,  
La encomienda y el collar.

Y para saciar su sed  
De medir y de observar,  
Le hace que suba á un palacio  
Y que baje á un hospital.

No satisfecho aún Kardec,  
Vió á lo léjos blanquear  
En un marco trasparente  
Un cartelon tēatral.

En él se incitaba al público,  
Con la lógica usual,  
En periodos rimbombantes  
Á espaciarse y á pagar.

*Y atendiendo el empresario  
Al instructivo solaz  
Que Terpsicore y Talia  
A los pueblos cultos dan,*

*En el régio coliseo  
Titulado de Alhamar,  
Sito en los campos Eliseos,  
Afueras de la ciudad,  
Estrenaba LAS CAMÁNDULAS,  
Obra severa y moral....  
Del género buso puro  
Tan sabroso al paladar.*

Despues de haberlo leído,  
Tornó el sábio á suplicar,  
Si por acaso era tiempo  
Que lo condujese allá;

Puesto que los espectáculos  
De tan rara capital,  
Eran el único punto  
Que le restaba observar,

Accedió cual siempre el génio,  
Y haciéndole atravesar  
Las vías que han de llevarlos  
Hasta la puerta oriental,

Llegaron á una plazuela  
De figura circular,  
Donde otro nuevo prodigio  
Surgió á los ojos de Allan.

## II.

Cual en noche de verano  
El horizonte tranquilo  
Cruzan las exhalaciones  
Rodando hasta el infinito,  
De aquella extraña plazuela  
En el limitado círculo,  
Vió luces ir y venir  
Cruzándose en ráudos giros.

Créelas Kardec fuegos fátuos  
Sobre la arena esparcidos,  
Ó una lluvia pirotécnica  
De luminosos granizos.

Mas conoció al acercarse,  
Por la ansiedad impelido,  
Que era pura y simplemente  
Un centro de velocipedos.

En efecto, como en Julnius  
No hay carretelas ni tiros,  
Porque el asno y el corcel  
Son allí elegantes bípedos,

Siendo las distancias largas  
Y existiendo el geroglífico  
De no poder acertarlas  
Sin patente antagonismo,

Un orangutan del Congo,  
Que transmigró el otro siglo,  
Resolvió el árduo problema  
Inventando el velocipedo.

Á favor de esta gran máquina,  
Á cuyo frente vá fijo  
Un farol de luz eléctrica  
Que hace fácil el camino,

Los habitantes de Julnius,  
Seguros en los estribos,  
Sobre la menuda arena  
Giran como torbellinos.

Con este célebre invento,  
Tan útil como atrevido,  
No se ven bestias en coche  
Ni ciudadanos en tiro.

Y al aprender cada cual  
Á remolcarse á sí mismo,  
Cumplen un sábio precepto  
De las doctrinas de Cristo (1).

---

(1) Al prójimo como á sí mismo.

El centro de la plazuela  
Lo ocupa un kiosco chino,  
Donde se expenden y arriendan  
Á precio módico y fijo.

Y en torno de él, colocados  
Con caprichoso artificio,  
Á disposicion del público  
Se eslabonan encendidos.

Es un efecto fantástico  
El que hace aquel laberinto,  
De séres que ván y vienen  
En un vértigo continuo.

Y al ver Kardec las girafas,  
Búfalos y cocodrilos,  
Domar las delgadas ruedas  
Y alzarse sobre el estribo,

Obedeciendo á un arranque  
Pavoroso y repulsivo,  
Dudando lo que veia,  
Guarecióse del *Delirio*.

Éste, siempre sonriendo,  
Esponiéndolo á un conflicto,  
Le hizo acercarse al kiosco  
Y asir un par de vehículos;

Y aunque el sábio no era práctico,  
Prévio oportuno ejercicio  
Logró hacer girar la máquina  
Conservando el equilibrio.

Pronto sobre el suave plano  
Del ondulante camino,  
Que entre dos calles de abetos  
Muere en los campos Eliseos,

Firmes en sus aparatos  
Y á la cabalgata unidos,  
Rodaron rápidamente  
Allan Kardec y el *Delirio*.

VISION SEXTA.

---

LOS CAMPOS ELÍSEOS.

---

Son el lugar máspreciado de Julnius;  
allí han construido el teatro, el circo, los  
estanques; sin que falten espléndidos sa-  
lones, sombreros laberintos, ni deliciosas  
calles de árboles.

I.

Pronto de los ligeros velocípedos  
Llegó la luminosa cabalgata,  
Á dar vista á los mágicos jardines  
Que en los campos Elíseos se derraman.  
Situados están al mediodía  
En una vega deliciosa y llana,  
De vírgenes florestas circuida  
Y por suaves alturas limitada.  
¡Portentoso paisajè! Nunca el sábio  
Soñó tan pintoresco panorama;  
Créelos Allan Kardec aquellos bíblicos  
Mansion de los sagrados patriarcas.

Ansioso de medir tanto prodigio,  
Aceleró el impulso de su máquina,  
Que rodó cual trinéo sobre témpanos  
En las vertientes de la zona helada.

Y atropellando líneas de vehículos  
En el vértigo loco de su marcha,  
Llegó, por fin, seguido del *Delirio*,  
De los jardines á la régia entrada.

Allí, en otro kiosco que á la diestra  
De sus rejas de bronce se levanta,  
Estacion general de velocípedos  
Donde los ciudadanos descabalgan,

Dejaron los ligeros aparatos  
Encomendados al celoso guarda,  
Y unidos penetraron sin obstáculos  
En aquellos alcázares de hadas.

## II.

Ni los palacios que soñó Ariosto  
En las páginas bellas de su Orlando;  
Ni el alcázar que Armida la hechicera  
Forjó para delicia de Reinaldo;

Ni los pensíles que Amadís de Gaula  
Y otros nobles andantes contemplaron,  
En las altas y heróicas correrías  
Que terminó el tullido de Lepanto,

Pudieran compararse ni áun en sueños,  
Con los que el génio y el absorto sábio  
Cruzan, y ven en torno dilatarse  
En el circuito del inmenso campo.

Aunque la noche sus crespones tiende  
Y el sol duerme en el lecho del ocaso,  
Cuatro lunas de plácidos colores  
Ván por el horizonte despuntando.

La que sube del Norte es como el hielo,  
La del Sur tiene el disco sonrosado,

De brillante esmeralda es la del Este,  
La de Oeste de fúlgido topacio.

Cual si á favor de lentes colosales  
Hicieran converger aquellos rayos  
Sobre un punto comun, las mútuas luces  
En el foco magnífico mezclando,

De aquellos cuatro discos luminosos  
Las ráfagas se mezclan en el plano  
Del ameno pensíl, con sus matices  
De indescriptible claridad bañándolo.

Jamás pudieron encontrar las tintas  
Que coloran y bañan este cuadro,  
Lorena, Rafael, Leonardo Vinci,  
Murillo, Juan de Juanes, ni Ticiano.

Edificios, kioscos, cenadores,  
Arboledas, cascadas, fuentes, lagos,  
Estanques donde oscilan venecianas  
Góndolas con vistosos entoldados;

Grutas que cercan verdes enramadas  
Y tranquilos arroyos ván besando;  
Todo lo tornasolan y lo cubren  
Con sus cambiantes trémulos y extraños.

Perdidos en el dédalo de calles  
Que conducen á circos y teatros,  
Ó guian á lugares pintorescos  
Del bullicio y las luces apartados;

Los misterios de aquel ameno sitio  
Aparecen y surgen á su paso,  
Arrancando sonrisas al *Delirio*  
Y exclamaciones de desden al sábio.

Grupos ven deslizarse silenciosos  
Por veredas ocultas caminando;  
Parejas enlazadas dulcemente  
Bajo grutas, kioscos y emparrados.

Escenas amorosas y candentes,  
En que zorros, chacales y lobatos,  
Dán sublime expansion á su apetito  
Cogiendo el fruto del ageno árbol.

Viendo el génio que hastían al profeta  
Los misterios de Vénus, guía el paso  
Por la calle siniestra al edificio  
Á la musa Talía consagrado,

Á tiempo que la tropa numerosa  
De aquellos caprichosos ciudadanos  
Bullia inquieta en el estrecho pórtico  
Por presenciar el cívico espectáculo.

Pronto en dos de las cómodas butacas  
Que se escalonan en su inmenso patio,  
Dispuestos á observar lo que les cerca  
El *Delirio* y Kardec se arrellanaron.

Y aprovechando el génio aquella tregua  
Que dá al espectador el entreacto,  
De aquel templo del arte los misterios  
Enumeró con prontitud al sábio.

«¿Ves, le dijo, este edificio  
Que la Tierra ha respetado,  
Hasta que el génio francés  
Pudo de cieno mancharlo?

»¿Ves este templo del arte,  
Cuyas lápidas honraron  
Tirsos, Vegas, Calderones  
Y otros ingénios preclaros?

»¿Ves este gran monumento  
Que se apellida Teatro,  
Donde crecen los laureles  
Y hallan eco los aplausos?

»Pues hélo aquí en nuestra *Julnius*  
Demolido y mancillado,  
¡Que á tal punto lo ha traído  
De la moral el extrago!

»Ántes en sonoro metro  
Y sin inútil boato,  
Se importaban de la Tierra  
Las obras de aquellos clásicos.

»Y jamás sobre la escena  
Dió una loba sus encantos,

Vestida de suripanta,  
A la vergüenza del astro.

»Hoy tan sólo está la gloria  
En gasas, tules y talcos,  
Y hay escenas que deslumbran,  
Y hay actrices que dán asco,

»Pues á trueque de causar  
Hondo y lúbrico entusiasmo,  
Las fiestas griegas de Vénus  
Se exhiben en escenarios.

»Zorras bailan el can-can  
Con tonelete tan alto,  
Que sin querer, ván las puntas  
De las colas asomando.

»Monos sábios las incitan,  
Toros las traen á su lado,  
Lobos las hacen pecar,  
Y cerdos baten las manos.

»Fárrago de comediantes,  
Artistas perros y gatos,  
De los cuales es un zorro  
Fiel y constante empresario,

»Tienen el arte en sus uñas,  
Por no decir en sus manos,  
Y se lo arrojan al público  
En lastimosos pedazos.

»Los cisnes mojan las plumas  
De la lujuria en el lago,  
Y cortan rienda al deleite  
En voluptuosos partos.

»Talia es yá entretenida;  
En vez de sandalia y manto  
Usa botita francesa  
Y justillo descotado;

»Y ensaya en la limpia luna,  
Sin que la turbe el recato,  
Lo que ha de cubrir por fórmula  
Cuando quiera enseñar algo.

»Hoy las partes *de por medio*  
Son el quid del empresario,  
Que si hay partiquinas bellas  
Las demás no hacen al caso.

»Y aún cuando el traspunte apunte  
Algún misterio ordinario,  
Los artistas hacen *mútis*  
Y vá la bola rodando.

»El arte caerá en el cieno,  
Se hará con él torpe ágio,  
Pero el público lo paga  
Y lo cobra el empresario.

»Que aún cuando bramen los críticos  
Y se retuerzan los clásicos,  
Serán lícitas en Júpiter  
Todas las formas del tráfico.»

Aquí tocó del *Delirio*  
El verídico relato,  
Cuando tres golpes de címbalo  
Anunciaron otro acto.

Alzóse el tupido lienzo  
Que ocultaba el escenario,  
Y en silencio los curiosos  
Sus asientos ocuparon.

Y Allan Kardec, pensativo,  
Se preparó á ver el cuadro  
Que cien veces en Europa  
Estudió ruborizado.

#### IV.

El teatro representa  
Una selva deliciosa,  
Sobre la márgen de un lago  
Cubierto de espesa sombra.

Brilla la pálida luna  
Sobre las lejanas rocas,

Plateando los picachos  
Que el horizonte recortan;  
Y allá en el fondo resuena  
La música melancólica,  
Que cual las flautas de Frigia  
Tiene el deseo en sus notas.

Volviendo vá el maquinista  
Las candilejas con sorna,  
Para que el espectador  
Aguije la vista ansiosa,

Y exhale un ¡ay! sensual  
Al distinguir en la sombra,  
Las incitantes imágenes  
Que le exhibe á tanta eosta.

Por fin, el disco brillante  
Sobre el lago se remonta,  
Y riela y esclarece  
Las artificiales ondas.

La luz á tal punto surge,  
Y entre gasas misteriosas  
Que delatan lo que velan  
Con transparencia dudosa,

Convertidas en Nereidas  
Se ven diez ó doce zorras,  
Que tejen casi desnudas  
Sus fábulas mitológicas.

Ván las miradas ardientes  
Recreándose en las formas,  
Y en una salva de aplausos  
Hacen que las palmas rompan.

Y aunque no sonó ni un coro  
Ni se declamó una estrofa,  
Frenéticos *¡El Autor!*  
Piden de tan fértil obra.

En vano porque se calme  
La fiebre vertiginosa,  
Ván en deliciosos grupos  
Cruzando la escena corva.

¡¡Julnius demanda el poeta  
De aquella creacion hermosa,  
Sin pensar que es la Lujuria  
De aquel portento la autora!!

V.

Miró con desdeñosa  
Sonrisa Allan Kardec al noble génio,  
Señalando al proscenio  
Donde la escena vergonzosa ardía,  
Y dijo con pausado  
Acento y continente reposado:  
«¡No hay duda que aquí el arte  
Lleva la mejor parte,  
Y la buena moral tiene gran templo!  
Mas, si no me rehusas  
Un favor sin ejemplo,  
Quiero dejar á Julnius y sus musas  
Y cuanto aquí se encierra,  
Puesto que de la tierra  
Es sólo mal trasunto,  
Segun he visto en infernal conjunto.  
Si de esa gran ciudad, cuyos cimientos  
Se afirman en las nubes,  
Puedo la arena hollar, guia mi paso  
Á través de las nieblas,  
Ántes que el sol disipe las tinieblas  
Dejando el rojo ocaso;  
Salgamos de este suelo de fantasmas  
Donde se aspiran fétidos miasmas.»  
Esto diciendo, alzóse  
De su cómodo asiento,  
Y hácia el pórtico, altivo dirigióse,  
Hallándose otra vez en la alameda,

Ántes que el génio detenerlo pueda.  
La soledad reinaba  
En aquellos jardines,  
Sólo algunas parejas vergonzantes  
Ocupaban los blancos cenadores  
Ocultos por las ramas y las flores.  
Las lunas al ocaso  
Rápidas se acercaban,  
Recogiendo sus ráfagas brillantes  
En los opacos globos,  
Y ese triste período aparecía,  
Que precede al crepúsculo del día.  
Siguiólo el génio por las anchas sendas  
De los Eliseos campos,  
Que cruzaba Kardec sin rumbo fijo,  
Como el padre amoroso sigue al hijo;  
Y cuando se encontraron  
Al pié de un alto monte  
Que á lo léjos córtaba el horizonte,  
Detuvo del profeta la carrera,  
Y le habló con amor de esta manera:

»Allan, no te maravillen  
Las que crees vanas patrañas,  
Estas costumbres, extrañas  
No son al *mundo* (1) en verdad;  
»Mas si con lógica fria  
Y reflexion las comparas,  
Hallarás que son más raras  
En aquella sociedad.

»Que estos pobres animales  
Se afanen en la política,  
Y en esta lucha raquítica  
Pasen un tiempo mejor;

---

(1) La Tierra.

»Que se rindan como hombres  
Á maquiavélicos fines,  
Y se den ¡siervos ruines!  
Un despótico señor;

»Que en los brazos de la crápula  
Se adormezcan noche y día,  
Y el vicio, el oro y la orgía  
Se afanen en apurar;

»Que en terciopelos y sedas  
Y en suave ablucion de rosas,  
Sus pasiones asquerosas  
Quieran hundir y bañar;

»Al cabo son pobres bestias,  
Estúpidas alimañas,  
Que en las terrenas montañas  
Tuvieron su habitacion;

»Cuya brújula es su instinto,  
Torpe, egoísta y rastrero;  
Brújula que el derrotero  
No marca de la razon.

»¡Mas los hombres de la tierra,  
Que son de distinta esencia,  
Que orgullosos con su ciencia  
Desprecian á su Hacedor!

»¡Que una chispa de Dios mismo  
Creen encerrar en su alma,  
Que han de hallar al fin la palma  
En otro mundo mejor!

»¡Que á pura hipótesis saben  
Que no valen lo que ellos,  
Ni los órdenes más bellos  
De la escala irracional!

»Pues aún los séres que tocan  
Los límites racionales,  
Son al hombre desiguales  
En el ángulo facial.

»Esos altivos señores  
De cuanto abarca la tierra,  
¿Por qué se dan mútua guerra  
Y en su necia estupidez  
»Ávidos buscan placeres  
Y corren al precipicio  
De la ambicion y del vicio,  
Apurando hasta la hez?

»¿Porqué el fuerte sobre el débil  
Su garra de hiena lanza,  
Y gozan en la matanza  
Como el tigre y el chacal?

»¿Por qué bastardas pasiones  
Móviles son de sus daños  
Y pierden los breves años  
En las argucias del mal?

»Esta identidad extraña,  
Buen profeta, no te asombre,  
¡Nó el bruto tiende hácia el hombre,  
El hombre tiende hácia él!

»Vuestros hábitos sociales  
Son propios del sér agreste,  
Hé aquí por qué el globo este  
Es igual al mundo aquél.

»Ahora que he roto la venda  
Que te ocultaba el misterio,  
Vamos al nuevo hemisferio  
Que desees, á explorar.

»Hemisferio delicioso,  
Donde tienen sus moradas  
Las ánimas depuradas  
Que á Dios le plugo llamar.

»Mira mi rápido Hipógrifo  
Cómo deja la pradera,  
Y se apercibe en la esfera  
La nueva ruta á seguir:

»Dócil á mi voz se acerca,  
¡Te aguardan nuevos azares,  
Dá el adios á estos lugares  
Que vamos presto á partir!»

Esto dijo el génio al sábio  
Que en silencio le escuchaba,  
En tanto se acomodaba  
En el bruto volador.

Y recogiendo las riendas  
Dejaron el bajo suelo,  
Remontándose hasta el cielo  
Como ligero vapor.

VISION SÉTIMA.

---

LA CIUDAD AÉREA.

---

.... ¡Hé aquí, por fin, la ciudad aérea!  
¡El mundo de los espíritus!

I.

Yá iba el alba robando á los luceros  
La copia de sus trémulos fulgores,  
Y del fresco rocío los veneros  
Vertiendo sobre el cáliz de las flores;  
Cuando los dos intrépidos viajeros,  
Envueltos en los húmedos vapores  
De la elevada atmósfera, á lo léjos  
Vieron del astro padre los reflejos.

Giraban de las puertas orientales  
Los encendidos ejes lentamente,  
Mostrando por espacios colosales  
La deslumbrante faz del sol naciente,

Cuando de una ciudad las desiguales  
Torres, hácia la parte de Occidente  
Vió el sábio alzarse, ante su vista ansiosa  
Velada en gasas de brillante rosa.

Como de nubes ténues y ligeras  
Parecen á lo léjos sus palacios,  
Que bordan las olímpicas praderas  
Sobre extensas planicies de topacios;  
Sus cármenes, sus bosques, sus riberas,  
Suspendidos están en los espacios,  
Ofreciendo al profeta el gran portento  
De una ciudad segura sobre el viento.

Kardec la juzga asilo de querubes  
Al contemplar sus muros relucientes,  
Cuyas bases se asientan en las nubes  
Que no pueden hollar séres vivientes;  
«¡Hé aquí, le dijo el génio, que ahora subes  
Al mundo de los cuerpos transparentes!  
Lo que ningun terrícola ha logrado,  
Por fácil vía te apercibe el hado.

»Esa es la Julnius limpia y depurada  
Que moran los filósofos y artistas,  
Mansion sobre los aires levantada  
Con cimientos y plintos de amatistas;  
El término será de esta jornada,  
Que áun cuando á abandonarla te resistas,  
El libro del misterio aquí se cierra  
Y volverás á contemplar la tierra.»

Calló el *Delirio*, y el corcél fogoso,  
Doblando su potencia voladora,  
Avanzó en el sendero nebuloso  
Que el sol ardiente de rubí colora;

Yá en el cuadrante eterno y luminoso  
Señalaba su luz la sexta hora,  
Cuando el celeste límite tocaron  
Y en los valles etéreos penetraron.

## II.

Y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados de toda piedra preciosa. El primer fundamento era jaspé, el segundo záfiro; el tercero calcedonia; el cuarto esmeralda.

S. JUAN: *Apocalipsis*.

Cercada está de un muro extraordinario  
De jaspé, de color resplandeciente,  
Con fundamento tan precioso y vário  
Que en vano aquilatarlo se pretende;  
Pulidas por extraño lapidario,  
Cada puerta una piedra trasparente  
Cubre con sus facetas colosales,  
Hácia los cuatro puntos cardinales.

Allí todo es etéreo, vaporoso,  
Diáfano, sin contornos, impalpable,  
Como el eden de amor voluptuoso  
Al grosero mortal inexpugnable;  
Los sentidos de plácido reposo  
En un éxtasis yacen inefable,  
Y como el filtro la corriente pura,  
La materia aquel ámbito depura.

Nada son las visiones de Mahoma  
Con los portentos que el profeta mira,  
Ni hay alto metro en el terreno idioma  
Para cantarlos en la corva lira;

Aquel pincel divino que dió á Roma  
Esas creaciones que el latino admira,  
Jamás pudo encontrar en su paleta  
El cuadro etéreo que admiró el profeta.

«¡Oh, descifradme el celestial misterio!  
Con indecible afan ruega al *Delirio*,  
Mostradme este recóndito hemisferio  
Á trueque de la palma del martirio;  
Yo cantaré en profético salterio  
Y encenderé de la oracion el cirio,  
Como paciente y religiosa ofrenda,  
Cuando á la tierra por mi mal descienda.

»Áun ese muro de cristal brillante  
Inflexible se eleva ante mis ojos,  
Y sus puertas de sárdio y de diamante  
Fijas están sobre los ejes rojos;  
¡Dejemos el corcél del mago Atlante,  
Que el dilatar la entrada me dá enojos!  
Abridme esa sardónica luciente  
Que mira hácia la parte de Occidente.»

«Pláceme, le responde el noble guía,  
La incesante avidéz que te devora,  
Y dócil vá á ceder á la voz mía  
Esa preciosa piedra brilladora;  
Mas ántes, por tu ciencia y tu hidalguía  
Júrame sumision como hasta ahora;  
Á más alto poder obedeciendo,  
Mis órdenes sin réplica siguiendo.

»Tu sér vá á trasformarse de tal suerte  
Que abandone el grosero barro humano,  
Sin que el crisol helado de la muerte  
Funda tu cuerpo en misterioso arcano;

Mi venda de tisú voy á ponerte,  
Pronto en la sombra estrecharás mi mano,  
Que no pueden tus ojos terrenales  
Secretos sorprender tan colosales.»

Dió Allan Kardec jurado asentimiento  
Á la amistosa intimacion que oía,  
Atendiendo solícito y contento  
Á cuanto el noble génio le exigía;  
Éste, pasando á realizar su intento,  
La venda de tisú y argentería  
Desenlaza del cinto, al cielo invoca,  
Y en los ojos del sábio la coloca.

Al punto, de tinieblas circüido,  
Siente Allan que su sangre se coagula,  
Y por grados se ofusca su sentido  
Y otra vida en sus venas se inocula;  
Se impregnan en magnético flüido  
Sus fatigados miembros, y circula  
Por su sér un sopor tan perezoso,  
Que le sume en letargo delicioso.

Cuando vuelve á la luz, siente admirado  
Que se mece en el éter de la esfera,  
Y que su cuerpo rígido y pesado  
Ahora es de espuma cándida y ligera;  
El *Delirio* risueño vá á su lado  
Sin hollarla cruzando la pradera,  
Y el sábio de su cárcel trasparente  
La indescriptible maravilla siente.

Parece que algun mago caprichoso  
Cristalizó las formas del profeta,  
Sin condenarlo á estúpido reposo  
Ni reducirlo á mágica silueta;

Su cuerpo trasparente y luminoso  
Aun á la carne humana se sujeta;  
Aun es el sér que piensa y raciocina  
Bajo] aquella envoltura cristalina.

Atónito Kardec, apénas sabe  
Si piensa y es, ó yace en el abismo,  
Y loco busca la ignorada clave  
Sin tregua interrogándose á sí mismo;  
El *Delirio*, que todo lo precave,  
Lo arranca de su inútil parasismo,  
Respondiendo á las dudas del profeta  
Con esta breve reprension discreta:

«No te atormentes, hombre afortunado,  
En penetrar arcanos celestiales,  
Baste á tu orgullo el premio reservado  
Sólo á tí entre los débiles mortales;  
Tu esencia el Hacedor ha depurado  
Para poder hollar esos umbrales;  
Fácil la entrada á tu ambicion se ofrece....  
Penetra, admira, calla y obedece.»

### III.

Bosques de flores enormes, de que no  
sabrais imaginar las formas ni los colo-  
res, y de una ligereza de tisú que les hace  
casi transparentes....

.... Vegetacion sin ejemplar entre vos-  
otros, de plantas destinadas, por la natu-  
raleza de sus órganos, á respirar, á ali-  
mentarse, á vivir y á reproducirse en el  
aire.

OSCAR COMETTANT.

Como al contacto del diamante salta  
El delgado cristal, al punto herida  
Por la mano del génio, dividida  
La brillante sardónica saltó:

Y el sábio, traspasando los umbrales  
De aquella puerta etérea y misteriosa,  
Tendiendo en torno la mirada ansiosa,  
En un ¡ay! de entusiasmo prorumpió.

Aquel era el jardín de las delicias,  
El hiram de los sueños seductores;  
No hay ángulo sin hojas ni sin flores  
Ni contorno sin líneas de color;  
Perpétua luz circunda sus palacios  
Y baña sus espléndidas moradas;  
Jamás soñaron imitar las hadas  
Sus pórticos de espuma y de vapor.

Allí no hay piedra sobre piedra alzada,  
Ni material terreno se consiente;  
El alcázar más bello y permanente  
Nube ligera y vaporosa es:  
Y hay edificios de impalpable humo,  
Y monumentos de nevada espuma,  
Y altivas torres de flotante bruma  
Con montañas de nieblas á sus piés.

Los colores del iris, tornasolan  
Columnatas y bóvedas y arcadas;  
De átomos luminosos impregnadas  
Brillan como el carbunco y el rubí;  
Y los ojos del sábio, deslumbrados  
En la contemplacion de sus portentos,  
De la Tierra los grandes monumentos  
Ván poco á poco vislumbrando allí.

Mira á su diestra el templo salomónico  
Que los cedros del Líbano adornaron,  
Donde los himnos bíblicos sonaron  
Del escogido pueblo de Jehová;

Ve á otro lado de Budda las pagodas  
Donde aún el indio macerado ruega,  
Y el templo hermoso de la Vénus griega  
Con sus átrios corintios más allá.

De Eleusis la morada misteriosa  
Revestida de extraños caracteres,  
En cuyos antros se ocultaba Céres  
Ántes de alzarse al firmamento azul;

De Chipre el santuario licencioso  
Que las libres hieródulas servian,  
Y el pórtico brillante en que solian  
Danzar envueltas en ligero tul.

El portentoso Acrópolis de Aténas  
Donde se alzaba el blanco Propileo;  
El dórico santuario de Teseo  
Y el celebrado y bello Partenon;  
Las enormes pirámides egipcias  
Con sus puntas sombrías hácia el cielo,  
Y el templo babilonio del dios Belo,  
Y el líbico de Júpiter Ammon.

De la ciudad eterna de los Césares  
Los palacios y termas y obeliscos,  
Los calados alcázares moriscos  
Y las tristes mezquitas del Islam;  
Las catedrales góticas, bordadas  
Por ojivas y vidrios de colores,  
Donde aún resuenan místicos loores  
Y se bendice el agua del Jordan.

Todo aquello se ofrece poco á poco  
Á los ojos del sábio deslumbrado,  
Nó de un modo inarmónico agrupado  
Confundiéndose siempre acá y allá;

Sino con limpias líneas, destacadas  
Del fondo azul del trasparente cielo,  
Sobre el florido y nacarado suelo  
Que el sábio ansioso recorriendo vá.

Una cintura de árboles y plantas  
Cada prodigio artístico rodea,  
Y el alma al contemplarlos se recrea  
En una doble y plácida ilusion;  
Parece que el jardín de las Hespérides  
Sobre el templo de Júpiter irradia,  
Y los verdes laureles de la Arcadia  
Tejen una diadema al Partenon.

Aquellos anchos círculos de flores  
Son de naturaleza tan extraña,  
Que el más ligero polvo las empaña  
Y las deshoja el viento más sutil;  
Jamás Kardec vió especies tan exóticas  
Ni las soñó el botánico Linneo;  
Seméjanse á las flores del deseo,  
No se conocen en ningun pensil.

Hay jazmines de lágrimas del día  
Y azucenas de ráfagas de luna,  
Camelias de vapor de la laguna  
Y dalias de arrebol crepuscular;  
Parras de escarcha, cuyas blancas hojas  
Suspendidas están en el vacío,  
Con apretadas uvas de rocío  
Que hace el soplo del céfiro oscilar.

Granados y laureles cristalinos  
Que de vidrio parecen á lo léjos;  
Cipreses que del sol á los reflejos  
Piras de fuego y escarlata son;

Acacias y naranjos, que conservan  
Los cambiantes del iris en sus frentes,  
Y mirtos y palmeras transparentes  
De los copos de espuma del Cedron.

Ni los ojos de Argos bastarian  
Para abrazar tan vasto panorama;  
La vista del profeta se derrama  
Sobre tantos prodigios á la par;  
Que trémulo, convulso, delirante  
Bajo su etérea y diáfana corteza,  
Inclinó sobre el pecho la cabeza  
Por el génio dejándose arrastrar.

Éste, bañando con algunas gotas  
De pura esencia su abatida frente,  
Hizo cesar el rápido accidente  
Y fuerzas nuevas al profeta dió;  
Y prosiguiendo la celeste ruta  
Por aquel hemisferio portentoso,  
El génio con acento cariñoso  
Así al profeta Allan Kardec habló:

«No te asombre, Kardec, que tu materia  
Impura aún para el espacio este,  
Sienta al tocar su atmósfera celeste  
Sensacion fatigosa y terrenal;  
»Aunque el Señor tu cuerpo ha depurado  
Y sobre nubes de color te meces,  
No eres tan puro, Allan, como pareces  
Bajo ese limpio manto de cristal.

»No ha dejado tu espíritu la carne  
Y le fatiga su pesado yugo,  
Mas yá que al que lo puede así le plugo,  
Que sufras resignado fuerza es;

»Aspira con valor y pecho firme  
Estas áuras divinas, aunque humano;  
Un génio de la luz guia tu mano  
Y la tierra dá vueltas á tus piés.

»Contempla en torno el delicioso mundo  
Que áun abarcar tus ojos no han podido,  
Mira el etéreo ejército lucido  
De espíritus, que puebla esta region;  
»Sus nombres á la tierra le son caros  
Y áun viven en el libro de la historia;  
Aquí tienen la luz, allí la gloria,  
¡Qué más han de exigir en su ambicion!

»¡Hé allí á Newton, Copérnico y Euclides,  
Arquímedes, Diofanto y Galileo,  
Los filósofos sábios del Liceo  
Y el pórtico severo de Zenon!

»Sócrates y aquel génio delicioso  
Que al cruzar los jardines de Academo,  
Buscaba la verdad del Sér Supremo  
Sumido en celestial contemplacion.

»Guttemberg, Volta, Vatt, Colon, Rogerio,  
Miguel Ángel, Calímaco, Cellini,  
Palestrina, Mozart, Auber, Rossini,  
Tácito, Ovidio, Horacio y Juvenal;

»Cervántes, Calderon, Lope, Quintana,  
Juan de Juanes, Rubens, Van-dik, Murillo,  
Y otros grandes varones cuyo brillo  
Conserva la morada terrenal.

»Ellos árbitros son de cuanto salta  
Á nuestros ojos en el mundo este;  
El ténue rayo de la luz celeste  
Les dá fosforescente lucidez;

»Y sus cuerpos, fugaces como estrellas,  
Que escapan en las noches de verano,  
Suben y bajan por el éter vano  
Girando con creciente rapidez.

»¿No es cierto que este cuadro tan gigante  
No cabe en la terrena fantasía?  
¡Oh, si pudieras como yo podría  
Con estas nobles almas departir!...

»Mas yá que en sus designios misteriosos  
El Hacedor tal dicha te ha negado,  
Acepta los favores que del hado  
Puedes como elegido conseguir.

»¡Vén, cruzarémos los etéreos valles  
Á esos ligeros huéspedes unidos!  
En sus bosques y cármenes floridos  
Podrémos sus misterios sorprender;

»Áun restan maravillas que mostrarte,  
Áun la ciudad aérea no conoces,  
¡Aquí viven los génios y los goces!  
¡Aquí mora la ciencia y el placer!»

Tal dijo el guía, y el sábio,  
Paseando la mirada  
Sobre aquella laureada  
Y espiritual legion,

Vió bajo sus Perispiritus (1),  
De radiosa transparencia,  
Á los padres de la ciencia  
Que guiaron su razon.

---

(1) Perispermo del espíritu; donosa creacion de los espiritistas que resuelve el problema absurdo de limitar lo ilimitable, el espíritu.

Aquel luminoso ejército  
De filósofos y artistas,  
Ligeros cual las aristas  
Que levanta el vendabal,  
Ora en los limpios alcázares  
De eterna luz penetraban,  
Ora agrupados cruzaban  
El ámbito celestial.

De los pórticos aéreos  
Lentamente descendían,  
Ó meciéndose subían  
Sobre nubes de color;  
Como bandadas de cisnes,  
Que ántes de nacer la luna  
Descienden á la laguna  
Del crepúsculo al amor.

Contemplando tal prodigio  
Allan Kardec se extasía,  
Y dócil atiende al guía  
Que vá de nuevo á partir;  
Y ámbos abordan el dédalo  
De florestas y palacios,  
Sobre rampas de topacios  
Y planicies de zafir.

#### IV.

En aquel mar de espíritus radiantes  
Perdiéronse el *Delirio* y el profeta,  
Como dos limpias gotas de rocío  
Se pierden en los mares de la tierra.

Grata fruicion, mezclada de amargura,  
El sábio Allan Kardec experimenta,  
En aquella region maravillosa  
Donde no se percibe la materia.

Y siente descender al bajo mundo  
Después de haber cruzado las etéreas  
Llanuras donde moran los espíritus  
Envueltos en las luces de la ciencia.

Llévale el guía por aquella parte  
Que más portentos á su paso muestra,  
Y suben á los pórticos sagrados  
Y en los régios alcázares penetran;  
Y nuevas maravillas le suspenden,  
Y con nuevos prodigios se recrea,  
Apurando el venero inagotable  
Que tiende á fatigar su inteligencia.

Á un lado y otro cien habitaciones  
De formas delicadas y diversas,  
Destacan sobre el fúlgido horizonte  
Sus torres y sus cúpulas esbeltas;

Todas parecen de cristal y nácar,  
Y cada cual en su portada muestra  
Á qué espíritu puro pertenece,  
Ó qué alma viene á descansar en ella.

Aquí se ve la casa de Copérnico  
Adornada de signos y de estrellas;  
Allí la del egipcio Tolomeo  
Guardada por esfinjes gigantescas;

En este lado la mansion extraña  
Donde medita el alma de Villena,  
Y en aquel, la del mago Nostradamus  
Guarnecida de trípodés y emblemas.

Sorprender los secretos que presiente  
En aquella region, Allan quisiera,  
Mas obedece al celestial mandato

Y silencioso la ciudad observa,  
Siguiendo con los ojos anhelantes  
Por las fúlgidas sábanas aéreas,

Á los nobles espíritus, que vagan  
Semejándose á grupos de planetas.

«¿Ves, dijo el génio al sábio despues de conducirlo  
Por las extrañas vías del mundo celestial,  
Esas habitaciones seguras en el viento  
Con torres de topacio y muros de cristal?

»¿Ves ese mar de espíritus de formas encantadas,  
Cuyas flotantes túnicas de misterioso tul,  
Ora toman del iris los múltiples colores  
Ora las suaves tintas del horizonte azul?

»¿Ves, en fin, las creaciones que guarda en sus museos  
La Julnius de la ciencia, el mundo del saber?  
Pues áun no has contemplado el último prodigio,  
El foco de los goces, el Valle del Placer.

»Á mi siniestra asoman sus árboles frondosos,  
Sus montes de esmeralda, sus riscos de coral;  
Allí están los amantes que fueron en la tierra,  
Y hoy son en ese valle sin parte material.»

Tal dice, conduciendo al trémulo profeta  
Por sendas de jacinto á un valle encantador,  
Celeste maravilla velada por las brumas  
Donde las almas gozan sus éxtasis de amor.

VISION OCTAVA.

LAS ALMAS SIMPÁTICAS.

Dulce es vivir eternamente en los brazos  
de la mujer amada.

MIS RECUERDOS.

I.

Es un pequeño y delicioso valle  
De ópalo, nieve y púrpura bañado,  
Por suaves eminencias limitado  
Bajo un dosel de nubes de color;  
Donde hay límpidos lagos de ambrosía  
Y arroyuelos de luz en áureos cáuces,  
Que ván serpenteando entre los sáuces  
Sin levantar espumas ni rumor.

La flora etérea sus brillantes hijas  
Viste de gala para aquel recinto,  
Y ellas en revoltoso laberinto  
Matizan el espléndido vergel;  
Formando verdes bóvedas de yedra  
Ó círculos de boj y de romero,  
Que abrazan el pajizo limonero  
Y circundan las ramas del laurel.

Ocultos pabellones, decorados  
Con doseles de lirios y de rosas,  
Brindan en sus hamacas vaporosas  
Mecidas por el soplo del amor,  
Nó el candente placer de los sentidos  
Que huye como el relámpago ligero,  
Sino el goce tranquilo y duradero  
Que ofrece á sus querubes el Señor.

Allí están los *Espíritus simpáticos* (1),  
Las almas que en la Tierra se fundieron,  
Y á conocerse en Júpiter volvieron  
Libres de la envoltura material;  
Que ahora en eterno lazo encadenadas  
Se entregan á sus cándidos amores,  
Como blancas palomas entre flores  
Por aquella enramada celestial.

El sábio reconoce los espíritus  
De la hermosa Beatriz y el torvo Dante,  
Distinguiendo á la amada del amante  
En su cingulo estrecho de rubí;  
Que conservan por gracia del Eterno  
Las almas sus encantos terrenales,  
Aunque dejan las partes materiales  
Al depurarse y penetrar allí (2).

Ve tambien, sobre un lecho de jazmines  
Y cerca de una fuente cristalina,  
Á la voluptüosa Fornarina  
En los brazos del divo Rafael;

---

(1) Segun los espiritistas, los que se aman en la Tierra tienen almas gemelas ó simpáticas y se han de reunir en el Mundo de los Espíritus después de depurarse. De aquí hacen nacer la repulsion ó atraccion instintiva hácia nuestros semejantes.

(2) Maravilloso problema que resuelve el Perispiritu.

Desnudo el cuello de cristal brillante  
Y flojo el cinturón del talle airoso,  
Cual si entreabriera un sueño delicioso  
De sus ardientes lábios el clavel.

Apercibe más léjos, á Julieta  
Sostenida en su hamaca por Romeo,  
Meciéndose con suave balanceo  
Al arrullo del céfiro fugáz;

Y allá, bajo una gruta de corales,  
Sobre ligeras rosas reclinados,  
Á Láura y el Petrarca, enagenados  
En deleitoso y cándido soláz.

Ve á Francesca de Rímini y Paolo,  
Á Leonardo de Vinci y su adorada,  
Horacio, su Glicera celebrada,  
Y otras almas esclavas del amor,  
Que sus yerros purgaron transmigrando  
Hasta tocar la última existencia,  
En la cual, prodigando su clemencia,  
Los une para siempre el Hacedor.

Sus placeres perpétuos se deslizan  
Sin hastío, sin lágrimas, sin duelo,  
Ora cruzan el ámbito del cielo  
Ora bajan al mundo material;  
Protejen, como el ángel de la Guarda,  
Á sus pobres hermanos de la Tierra,  
Y hacen á otros espíritus la guerra  
Si se ocupan rastros en el mal.

Allan Kardec recuerda suspirando  
Por vez primera á su gentil amada,  
Y siente que tan mágica morada  
Su Fátima no pueda percibir;

Y una lágrima brota de sus ojos,  
Misteriosa expresion de su martirio,  
Que al deslizarse sugirió al Delirio  
Estas frases que el sábio pudo oír:

«¿Lloras como débil hembra  
Y por la envidia mordido,  
Dás insensato al olvido  
Tu profética mision?  
»¡La imágen bella de Fátima  
Ante tus ojos cruzando  
Está tu pecho incendiando,  
Hiriendo tu corazon!

»Yó, que el pensamiento leo,  
Sé lo que pasa en tu alma;  
No puedes mirar con calma  
La agena felicidad:

»Y envidiando los placeres  
Que gozan Beatriz y Dante,  
Sueñas unirte á tu amante  
Por toda la eternidad.

»Esos dichosos espíritus  
Que en estos lagos azules  
De sus túnicas de tules  
Hacen ligero bajel;

»Que descansan sobre flores  
Que nunca han de marchitarse,  
Ó vuelan á reclinarse  
Bajo un etéreo dosel;

»Esos génios siempre ansiosos  
De estrecharse en tiernos lazos,  
Y siempre hallando los brazos  
Que su sed han de templar,

»La avidez de los placeres  
Han despertado en tu pecho,  
Y hallando el espacio estrecho  
Á los ojos fué el pesar.

»¡Pobre sábio! ¿Dónde es ida  
Aquella lógica helada?  
¿Aquella tan decantada  
Rectitud de tu razon?

»¡Ay de tí, si yo dejára  
Á tu afan tender el vuelo!  
¡Ay si no rasgára el velo  
De esa efímera ilusion!

»¿Crees que allá sobre la Tierra  
En tu Fátima adorada  
Tienes el alma creada  
Para ser tuya, por Dios?

»¿Crees que unidos subiréis  
Aquí á gozar igual suerte,  
Cuando el soplo de la muerte  
Os robe el cuerpo á los dos...?

»¡Pobre Allan! ¿sabes acaso  
Si tu graciosa querida  
Te jura una fé mentida  
Ó paga ingrata tu amor?

»¿Sabes si un alma gemela  
Se apasionó de la suya,  
Y hoy en vez de ser la tuya  
Goza aquélla su favor?

»Tal vez ¡ay! en tanto cruzas  
Las regiones de la Gloria,  
Ella olvida tu memoria  
En brazos de algun doncel;

»Y se duerme fatigada,  
Ántes que nazca la aurora,  
Del galan que la enamora  
Bajo la custodia fiel.

»¡Sufres!... lo sé, mas ¡qué quieres!  
Dios quiso que tu existencia  
Fuera solo de la Ciencia,  
Que es la única verdad;  
»Arranca ¡oh sábio! del pecho  
Esa pasion peligrosa...  
La Ciencia es madre amorosa  
Que dá la felicidad.

»Apóstol espiritista  
Te debes á tus hermanos,  
Que rastreros y livianos  
Viven y mueren sin fé:  
»¡Sígueme!... el libro sagrado  
Donde la verdad se encierra  
Para transformar la Tierra  
Pronto te confiaré.

»¡Ven al Parthenon! dejemos  
Este valle perfumado  
Donde débil te has mostrado  
Por vez primera ante mí:  
»En su admirable recinto  
Tu mision más alta empieza;  
Del Hacedor la grandeza  
Has de conocer allí.»

Calló al fin el Delirio, y el profeta  
Inclinando la frente avergonzado,  
Paseó la mirada  
Última, sobre el valle perfumado.

Más bello y luminoso,  
De resplandor más vivo circüido  
Pareció á Allan Kardec; que es más hermoso,  
Si no se ha de encontrar, el bien perdido.  
Pero venciendo aquella  
Tentacion vergonzosa,  
Que su mision excelsa quebrantaba,  
Como el *Delirio* altivo le ordenaba  
Volvió sin replicar sobre su huella.

VISION ÚLTIMA.

---

LA MANSION DE PITÁGORAS.

---

Los fenómenos magnéticos de que el espiritismo se deriva, constituyen hechos á que podrá atribuirse una significacion errónea; pero cuya existencia dentro de ciertos límites, y descartando la superchería, se encuentra comprobada.

R. MOLINA.

I.

Cruzando aquí un plantel de clavellinas,  
Y allí un bosque de verdes limoneros,  
Bajaron por las fértiles colinas  
Del *Valle del Placer*, ámbos viajeros;  
Buscan por las pendientes cristalinas  
Los más cortos y fáciles senderos,  
Y hallan sin enfadosa dilacion  
El llano donde se alza el Parthenon.

Rey de los monumentos, se levanta  
El Templo griego de fulgor bañado;  
No en vano el arte la belleza canta  
De aquel gran santuario celebrado.

Allan Kardec con insegura planta  
Sube al excelso pórtico estriado,  
De Fátima olvidando la memoria  
Al tocar los peldaños de la Gloria.

Parece que una nube misteriosa  
La columnata dórica rodea,  
Crespon que veda á la mirada ansiosa  
Que se goce en lo mismo que hermosea;  
El sábio, detenido en la espaciosa  
Entrada, desfallece, titubea;  
Dá un paso y retrocede, en su martirio,  
Buscando con los ojos al *Delirio*.

Mas ¡oh sorpresa! el Guía infatigable  
que le mostró aquel mundo prodigioso,  
Despareció cual átomo impalpable  
En el éter brillante y luminoso;  
Kardec ante este arcano impenetrable  
Adivina un suceso pavoroso,  
Y al verse abandonado de tal suerte  
Siente el hálito frio de la muerte.

Yá su ánimo cansado decaía  
Y la frente inclinaba dolorido,  
Cuando una suave y dulce melodía  
Vino en la brisa á regalar su oído;  
El alto Parthenon se estremecía,  
En su base de nubes conmovido,  
Y al reflejo de antorchas de colores  
El átrio se bañaba en resplandores.

Como el soldado perezoso y triste  
Si escucha el toque agudo de diana  
Despierta alegre y la coraza viste,  
En tanto que despunta la mañana;

De nuevo brio el sábio se reviste  
Y presuroso el santuario gana,  
Perdiéndose en el ígneo laberinto  
De su gigante y fúlgido recinto.

Halla el templo de espíritus poblado  
Y henchido de perfumes y armonía,  
Por lámparas de iris alumbrado  
Y cubierto de ardiente pedrería;  
Ve con asombro á uno y otro lado  
Almas que por la historia conocia,  
Que abriéndole ancha calle ¡oh maravilla!  
Doblaban silenciosas la rodilla.

Absortó por tan súbita ocurrencia,  
Trémulo el pobre sábio se adelanta  
Hácia un dosel de gran magnificencia  
Que en el fondo del templo se levanta;  
Sobre las gradas hace reverencia  
Ántes de hollarlo con su débil planta;  
Mas pronto un génio á levantarlo llega  
Envuelto en rica vestidura griega.

El sábio lanza un grito de alegría  
Y vierte de placer copioso llanto,  
Reconociendo á su prudente guía,  
Cuyo abandono le abrumára tanto;  
Recobra su valor y su energía,  
Dá gracias al Señor tres veces Santo,  
Y alza orgulloso la serena frente  
Cubierta de aurëola refulgente.

Á esta oracion responde un alto coro  
Que hace temblar el sacro santuario;  
Órganos braman en tropel sonoro,  
Y cantos suenan en concento vario;

Homero dá á Kardec la lira de oro,  
Moisés le entrega el fúlgido incensario,  
Y otros nobles espíritus le aclaman  
Y por único apóstol lo proclaman.

Llévalo el guía al trono de topacio,  
Que ocupa Allan Kardec con digno porte;  
Parece un César dando en su palacio  
Audiencia á dignidades de la córte:  
Nuevos cánticos pueblan el espacio  
Y entusiasman la célica cohorte.  
En honor del dichoso Evangelista  
Que ha de formar la secta Espiritista (1).

Un trípode ante el trono se levanta  
Incrustado de rica pedrería,  
Que guarda en fuego, como prenda santa,  
Un *libro* que las llamas desafía;  
Hácia su hornillo ardiente se adelanta  
El misterioso y atrevido guía;  
Lo hurta al fuego sin que éste le acometa,  
Y lo rinde inclinándose al profeta.

«Hé aquí la Teodicea espiritista  
Que ha de regenerar tu torpe mundo,  
Dice el génio al absorto evangelista,  
Que lo contempla con amor profundo;  
Si la propagas, como seca arista  
Caerá el materialismo moribundo,  
Y verán asombradas sus naciones  
Derrumbarse las falsas religiones.

»Yo Pitágoras soy: mis obras fueron  
Las que en estos misterios te iniciaron;

---

(1) Perdónenos el crítico que esta recepcion sea poco espiritual.

Aunque otros grandes hombres las midieron,  
Jamás en sus secretos penetraron;  
Los que sedientos de verdad vivieron  
Sus máximas sagradas despreciaron;  
Tú solo el alto enigma has comprendido,  
Tú debes ser el único elegido.

»Vuelve á la Tierra: un mundo inteligente  
Responderá á tu evocacion sumiso,  
Y envuelto en los miasmas del ambiente  
Secundará tus planes si es preciso;  
Vénia te doy para que el *buen creyente* (1)  
En espíritu ascienda al Paraiso,  
Abismándose en éxtasis ascéticos  
Por medio de fenómenos magnéticos (2).

»Cumple allá tu mision; si no es propicio  
El hado para tí sobre la Tierra,  
Sufre por mi doctrina hasta el suplicio,  
Que esa doctrina la verdad encierra;  
Deja paso á la víbora del vicio,  
Dá á tus pasiones incansable guerra,  
Y vive descuidado de esa suerte  
Hasta que avance para tí la muerte.

»Allan, mi noble Hipógrifo te espera  
Del átrio en la famosa columnata,  
Ansioso de cruzar la limpia esfera,  
Tascando el freno de brillante plata;  
El término hallarás de tu carrera  
Por sendas nebulosas de escarlata...

---

(1) Lo usamos como sinónimo de *medium*.

(2) Aquí se condensan los sueños que forman la base del Espiritismo. El mundo espiritual manifestándose por medios sensibles á la materia, la doble vista, las evocaciones y el sonambulismo provocado por el flúido magnético. Segun los espiritistas, el alma, durante el sueño, se desprende en cierto modo del cuerpo y visita los mundos superiores.

¡Mi buen profeta, adios! yo te bendigo;  
Mi espíritu en la luz irá contigo.»

Esto dijo el gran Pitágoras  
Estrechando á su elegido,  
Que escuchaba conmovido  
El mandato celestial:

En tanto que los espíritus  
Sus rapsodias entonaban,  
Y en derredor se agrupaban  
Del filósofo inmortal.

Pronto llegaron al pórtico,  
Donde con voz dolorida  
La postrera despedida  
Dió á Pitágoras Kardec:

Éste en su siniestra puso  
Del noble bruto las riendas,  
Y por las etéreas sendas  
Volvió el sábio á descender.

## II.

Apénas el templo augusto  
Fué envuelto en brumas de oro,  
Y el eco del sacro coro  
Se apagó en la inmensidad,  
Cuando Allan Kardec, atónito,  
Vió el celaje oscurecerse  
Y en el abismo mecerse  
La indomable tempestad.

Retumbaba el ronco trueno,  
El sol sin lumbre yacia,  
Y Júpiter se envolvía  
En fosfórico vapor.

Rasgaba la sombra densa  
El relámpago pajizo,  
Y se formaba el granizo  
Á su pálido fulgor.

Sobre las preñadas nubes  
Que el Hipógrifo rompía,  
Las esferas recorría  
El desatado huracán:  
Y envuelto en las turbias olas  
De aquel horrendo Aqueronte,  
Iba como Faetonte  
Rodando al abismo Allán.

Confuso medita el sábio  
En tan extraña aventura:  
¿Cómo tanta desventura  
Trás tanta felicidad...?

Este enigma misterioso  
Más le abate y le confunde,  
Mientras en sombras se hunde  
Y arrecia la tempestad.

### III.

Brilló un nuevo relámpago; el profeta  
Vió una sierpe de fuego reluciente,  
Y cayendo del bruto inteligente,  
Al abismo sin término rodó.

Sintió el hálito frío de la tumba,  
Se ofuscó por completo su sentido,  
Y como cisne por el plomo herido,  
Otra vez en la *Tierra* se encontró.

. . . . .  
. . . . .

Es la Aurora: las fúlgidas estrellas  
Palideciendo ván á sus albores,  
Álzanse gayas las pintadas flores  
En la mansion tranquila de Kardec.

Y Fátima despierta con el alba,  
Contempla á su señor y dulce amigo,  
Que de su seno en el templado abrigo  
Abre los ojos por primera vez.

—«¿Fátima, dónde estoy? dice el profeta  
Aún por su sueño mágico abrumado.  
¿Me separé esta noche de tu lado  
Y con la luz del alba descendí?...

»¿Vinieron en la luna los espíritus  
Que habitan los planetas superiores  
Á robarme á tu seno y á mis flores  
Apénas delirando me dormí?»

—«Señor, dijo la esclava sonriendo  
Y besando la frente del profeta,  
Es tal la pesadilla que os inquieta,  
Que os hace con el día delirar.

»Ni un instante dejásteis mi regazo;  
Dad esos locos sueños al olvido;  
Sin tregua con la sombra habeis dormido  
Y en mis brazos volveis á despertar.»

Inclinó el pobre sábio la cabeza,  
Dudando á su pesar de lo que oía,  
Y viendo que su amada sonreía,  
Gozándose cruel en su afliccion,  
Abandonó la cámara lujosa  
Y se alejó de allí con torvo ceño,  
Diciendo tristemente: —«¡Ha sido un sueño,  
Y sé bien que *los sueños sueños son!*»

CONCLUSION

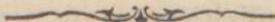
---

EL POETA.

---

Crítico, te aconsejo  
Que no frunzas el áspero entrecejo,  
Si por desgracia mía  
Cae en tus manos mi humilde fantasía.  
Jamás ví de Mesmer la extraña cuba,  
No me dió por probar el magnetismo,  
Ni tuve pretensiones de ser *medium*,  
Ni en ello me fiara de mí mismo.  
Oscuro espiritista,  
Aunque fuí de sus sábados testigo,  
No adquirí el raro don de doble vista  
Ni hablaron los espíritus conmigo.  
Por esta confidencia,  
Que precisa á mi ver la competencia  
Que tengo en el asunto,  
¡Oh incógnito erudito,  
Tu indulgencia y tu gracia solicito!  
Siendo cosa probada  
Que toda religion es revelada,  
Y que sus Autos, Máximas y Textos  
Sabrosos, ó indigestos,

Vinieron á las manos  
Por *arte* inaccesible á los humanos;  
Yo quise referir la historia esta,  
Que no guarda el Kangur ni el Zendavesta;  
Pues aunque el Evangelio espiritista  
El alma de los crédulos conquista,  
Y por evocaciones  
Diz que se revelaron sus lecciones,  
Le falta esa profética aureola  
Que hace rodar la religiosa bola:  
Por lo cual, *si dijeres ser comento,*  
*Como me lo contaron te lo cuento.*



---

---

## EPÍSTOLA

Á MI QUERIDO AMIGO D. PEDRO ROMAN.

---

Desde los verdes valles andaluces  
Que á Écija la Fenicia dan asiento,  
Te envío en un romance endecasilabo  
Paz y felicidad, amigo Pedro:

Bien quisiera que fuese en noble oda  
Ó en robustos y clásicos tercetos,  
Pero faltára al arpa la cadencia,  
Y el Dante y Tasso fruncirian el ceño.

Ántes de entrar de lleno en la materia  
Te voy á prevenir en un cuarteto,  
Que la armonía métrica me priva  
De darte en esta carta tratamiento.

Aunque, si bien se mira, importa poco,  
Porque si fueran títulos añejos  
Pase; mas el *usted* no nos dá lustre,  
Y en pronunciarlo bien se pierde el tiempo.

Pero en fin, dando tregua á la manía  
De malgastar en los exordios versos,  
Te voy á bosquejar mis impresiones  
En un tono romántico-poético....

Cercada de olivares y praderas  
Y en el fondo de un valle pintoresco,  
Écija eleva sus esbeltas torres,  
Que lanzan sus agujas hácia el cielo.

Guirnaldas de frondosas alamedas  
Adornan el recinto de sus huertos,  
Que el Genil vá besando uno por uno  
Como un padre querido á sus hijuelos.

Las flores y las frutas, en las aguas  
Se miran orgullosas sonriendo,  
Como una jóven cándida y gallarda  
En el óvalo limpio de un espejo.

Y los juncos que crecen en las márgenes,  
Rendidos de las ondas á los besos,  
Caen en arco arrastrando á las adelfas  
Que celosas tal vez se entretejieron.

La golondrina cuelga de estos muros  
El nido en el que cubre á sus hijuelos,  
Y pía revolando entre los álamos  
Cuando deja su casa en el invierno.

Y en los campos de espigas y amapolas  
Que vá besando el sosegado viento,  
Canta la alondra al despertar el día  
Y el ruiseñor cuando se oculta Febo.

La aurora tiene aquí gotas de aljófár,  
La mañana celajes placenteros,  
La tarde nubes de oro y escarlata,  
La noche luna, estrellas y misterio.

De las cuatro paredes de mi patria,  
Este, Pedro, es el pálido bosquejo;  
Por eso siento tan amarga pena  
Cuando el abrigo de sus lares dejo.

¡Qué me valen las ondas de ese Bétis,  
Ni los góticos arcos de ese templo,  
Ni el son de las campanas de esa torre,  
Ni el arábigo alcázar de don Pedro!

¡Qué me vale el rumor de esos placeres,  
Ni el florido pensil de sus paseos;

Si hallo la soledad en su bullicio  
Y vivo como el lirio del desierto!

Entre una sociedad indiferente  
Que no puede apreciar lo que yo siento,  
¿Qué dicha ha de buscar el que la suerte  
Separa de la vírgen de sus sueños?

Sólo le resta hallar los del pasado  
Placeres, en las horas del silencio;  
Encendiendo en los rayos de la luna  
La lámpara viváz de los recuerdos.

Yo no vivo por mí, vivo por ella;  
¡Por ella! que es el cándido lucero,  
Que entre nubes de púrpura y de nácar  
Asoma en el celaje de mis duelos.

Perdona, amigo, si te olvido un poco  
Herido por la luz de los recuerdos;  
¡Son tan bellas las tardes andaluzas  
Junto á una vírgen de nevado seno!

Cuando el placer en torno se desliza  
Y en copas de coral se bebe fuego,  
¡Tu sabes lo que es, si le has oído  
Decir á una mujer: «¿Me quieres Pedro?»

¿Es verdad que olvidaste la respuesta  
Y olvidaste tal vez al mundo entero,  
Si los lábios que hicieron la pregunta  
No estaban de tus lábios algo léjos?

¿Es verdad que empapado en una atmósfera  
Que templaba el calor de suave aliento,  
Creíste respirar en tu locura  
El sëndalo y la mirra de los cielos?

¿Y sentistes dos almas confundidas  
Elevarse en las alas del misterio,  
Y áun, perdona tal vez si fuí prosáico,  
Olvidaste el fatal *tanto por ciento*?

¡Oh, cuán dulce es mirarse en unos ojos  
Que copian una pena y un deseo,  
Como la nube y el cercano monte  
La móvil luz del lago placentero!....

Però advierto la tosca discrepancia  
Que salta en el enlace de mis versos,  
Al confundir el mundo del espíritu  
Con el mundo MATERIA del *dinero*.

Aunque, si bien se mira, está conforme  
Con todos los filósofos modernos;  
Y si quieres probar espiritistas,  
Dá en la piedra de toque de los *pesos*.

Que aunque brame la misma Pitonisa  
Que evocaba el oráculo de Delfos,  
Y el Koran y el Kangur se lo disputen  
Al Génesis del viejo Testamento;

Y aunque le pese á Buda y Zoroastro  
Y á todo el mitológico colegio,  
Dios hizo al hombre espíritu y materia,  
Ó lo que es casi igual, ALMA y DINERO.

Y así estoy plenamente convencido  
Que el *espíritu puro* vá al Infierno,  
Si no precisamente al de las llamas,  
Al del *Hambre*, que vale poco ménos.

Yá que San Lúcas se desvia un poco  
De este mi alambicado pensamiento,  
Yo voy, si puedo, á dar pruebas patentes  
De que han metalizado hasta lo Etéreo.

Empiezo por el sol y por la luna;  
Dime si no es sabido desde Homero,  
Que tiene el uno disco de oro puro  
Y la otra plateados los cabellos.

Dime si los diamantes y el aljófar  
No abundan en la aurora y los luceros,  
Y la púrpura, el ópalo y la grana  
En la bóveda régia de los cielos.

Si esto encierra un axioma matemático,  
Como ha de confesarme el mundo entero,  
Claro está que andarán arriba en coche  
Y gastarán magníficos arreos.

Y la prueba que todos apadrinan  
Las complicadas fases de este aserto,

Es que se visten todas las imágenes  
De tisú, de brocado y terciopelo.

Tú me dirás que adónde voy sin tino  
Vagando como grito de eco en eco:  
Voy á parar, que yá te iré cansando,  
Á cantar la excelencia del dinero.

Y después á decirte, que aunque admiro  
De Platon el soñado devaneo,  
Sé que su escuela enseña el infortunio  
Si no hay pan y cebolla cuando ménos.

De todo cuanto abarca la natura  
Y cuantos séres guarda el universo,  
Pájaros, peces, fieras y cuadrúpedos,  
Y otras mil criaturas que no cuento,  
Sólo envidia las altas condiciones  
De un vicho verde, extragavante y feo,  
Que toma los colores de la atmósfera  
Y vive sólo con la luz y el viento.

¡Salve, *Camaleon*, yo te saludo;  
Tú el problema mayúsculo has resuelto,  
De vivir por el aire y con el aire  
Sin tener que pensar en el sustento...!

No necesitas muelas ni mandíbulas,  
Ni te importa un chelin el pan ni el queso,  
Y en tanto que los pobres racionales  
Se rompen las costillas trás un hueso,

Tú abres la boca con gentil pereza  
Y tragas tus manjares suculentos,  
Que son, nubes de insectos microscópicos  
En ráfagas pestíferas envueltos.

¡En verdad que es ley dura que ande el hombre  
Siempre trás la comida y el almuerzo,  
Y no pueda nutrirse de ilusiones,  
Siendo tan económico alimento!

No hay tirano más duro que el estómago,  
En vano es darle vueltas al pandero;  
¡Ó comer ó morir!.... Parece broma,  
Pero es algo pesada, amigo Pedro.

Muy bonito es el sol, cuando se almuerza,  
Y muy azul, cuando se come, el cielo;  
Pero en ayunas, siempre vemos nubes,  
Y es el azul más limpio, turbio y negro.

Y no será que yo pueda quejarme  
De esta ley del destino rudo y fiero,  
Que en cuanto á mí *he comido casi siempre*,  
Y creo que comeré si sigo bueno.

Pero he multiplicado yá mis años  
Por un probable cálculo aritmético,  
Y creo que necesito algunas onzas  
Para darle al estómago su diezmo.

Esto quiere decir, amigo mio,  
Los distintos conceptos reasumiendo,  
Que pronto partiré de estos lugares  
Como la arista que arrebatara el viento.

Á buscar con la cítara en la espalda  
No la inmortalidad sino el dinero;  
Cambiando por las simas de la Corte  
El ángulo tranquilo de mi pueblo.

*Muy triste es alejarse de la tierra  
Donde humea el hogar de nuestro techo;  
Muy triste es alejarse de la casa  
Donde yá sin nosotros pasa el tiempo (1).*

¡Triste es decirle *adios* á nuestra hermosa,  
Sólo con nuestro amor y nuestros duelos,  
Y oprimir una mano tiernamente  
Que tiembla de dolor y sentimiento!

Triste, muy triste, mas acaso resta  
De la amistad el sincero consuelo,  
Que aunque no puede hacer cesar la pena  
Aduerme el corazón con su beleño.

¡Bien haya la amistad, lazo precioso  
Con que uniera las almas el Eterno,  
Bálsamo dulce que en las horas tristes  
Calma el continuo afán de nuestro pecho!

---

(1) Zorrilla.

¡Bien haya esa afeccion, que cauteriza  
Las heridas que encona el hado adverso!  
Por eso te repito al despedirme  
¡Bien haya la amistad, amigo Pedro!

AÑO 1870.



---

# ODA Á LA INTELIGENCIA,

LEIDA

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL C. M. DE SEVILLA.

---

Y en tanto el globo sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío.  
QUINTANA.

Ceñida de relámpagos la frente,  
Como las aves de la virgen Cuba,  
Que al retumbo del trueno  
Ván á romper el nebuloso seno:  
Del huracan que ruge en la montaña,  
En alas me levanto,  
Y despreciando del error la saña  
La inteligencia ante vosotros canto.  
Sacra deidad, que el rayo  
Y la palabra al mundo encadenaste;  
Que el paso de los siglos detuviste  
Y en mármoles y bronces le grabaste;  
Que las entrañas del volcan hendiste  
Y los abismos de la mar sondaste;  
Presta á mi voz tu poderoso brío  
Para que en torno ruedé el canto mío.  
¿Qué es la ignorancia? Faro ruinoso,

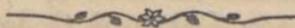
Que con fulgor incierto,  
Llama al abismo la barquilla incauta  
Que piensa hallar entre sus sombras puerto:  
Catarata rugiente,  
Que se arroja veloz de la montaña  
Arrastrando en su rápida corriente  
Palacios y cabañas;  
Encendido torrente,  
Que troncha, arrastra, sume cuanto baña,  
Y en su indómita furia sólo cesa  
Cuando en ceniza convirtió su presa.  
Perdonadme, si evoco  
De una historia de luto hojas oscuras;  
El ignorante al sábio llama loco  
Porque no ve la luz de sus locuras.  
Perdonadme, si hiero  
El corazon y el alma á un tiempo mismo,  
Al mover las cenizas de los mártires  
Que destrozó el puñal del fanatismo.  
¿Qué veis en esa plaza,  
Que la apiñada muchedumbre llena?  
¿Qué contemplais entre el espeso humo  
Que lanzan las hogueras en la arena?  
¡Un padre á su hijo abraza,  
Al ver que el fuego sus entrañas lame,  
Dando horroroso grito,  
Y un sicario, dejándolo que clame,  
Viste á su esposa el sucio sambenito!  
Allá entre el humo, se vislumbra apénas  
Como grupo de víboras odiosas,  
Presenciando el inícuo sacrificio  
Entre látigos, llamas y cadenas,  
El negro tribunal del Santo Oficio.  
Talares ropas visten,  
Y por sarcasmo inmundo,  
Clavan sobre sus pechos criminales  
La santa cruz del Redentor del mundo.  
En vano el mártir inocente llora

Y atruena el aire en ronco clamoreo  
La esposa desolada,  
Que á su esposo infeliz mira en la hoguera;  
La llama en torno sube,  
Y del fuego al tenaz chisporroteo  
Cruje la piel y la mirada cesa;  
Pronto será una trémula pavesa.  
Mirad ese aposento  
De potros y de máquinas horribles  
Poblado aquí y allá; negros capuces  
Visten sus moradores; ¡del tormento  
Es la sala sombría,  
Donde apénas del día  
Logran vivir las nacaradas luces!  
Allí un anciano está; triste, ojeroso,  
En una tosca mesa reclinado,  
Esculpida en su rostro luminoso  
La luz de la verdad que ha revelado.  
¡Es Galileo!! Con terror sombrío  
Á sus verdugos bárbaros se entrega:  
«Y en tanto el globo sin cesar navega  
Por el piélago inmenso del vacío.»  
La rueda del suplicio  
Los miembros y los músculos magulla;  
Llena el mundo fatídico anatema,  
Y en nombre del que enciende los luceros  
Se escarnece al filósofo y se quema.  
Cerca de los braseros  
Que luminosas páginas devoran,  
Premio de árduos afanes,  
Empuñando la antorcha, ávida aulla  
Negra trahilla de rabiosos canes:  
Pero basta de crímenes, yá el labio  
Al pensamiento niega su tributo;  
Y salvando un torrente  
De lágrimas y duelo,  
Tiendo sobre esa atmósfera de luto  
De la ignominia y del olvido el velo...

Águila es el Saber, cuyo plumaje  
Se despliega al fragor de la tormenta,  
Y ni el medroso retumbar del trueno  
Ni el rayo le amedrenta;  
Que á la luz del relámpago, su vuelo  
Clava en la nube que encapota el cielo,  
Y salva precipicios y volcanes  
Cabalgando en los roncós huracanes.  
¡Subid, subid conmigo  
Á la celeste bóveda! Copérnico  
Os marcará del simoun el paso,  
Y os dirá cómo el sol nace y descende  
Desde el Oriente al encendido Ocaso.  
Newton revelará cómo se clavan  
Esos soberbios ejes de diamantes,  
Que cubren esas sábanas azules  
Salpicadas de lámparas brillantes;  
Cómo rueda la luna  
En la noche apacible,  
Y nos manda su rayo sosegado  
Á deleitar el corazón llagado.  
Herschel os contará cuántas estrellas  
Pasan fugaces en la noche umbría;  
Á dónde vá la nebulosa vía,  
Y á dónde paran su carrera ellas;  
Franklin el rayo alcanzará en su curso  
Y os mostrará su esencia destructora,  
Y Montgolfiel os cernerá en los aires  
Como rápida garza voladora.  
Si no os placen las nubes,  
Descended con Colon al Océano;  
Que á sondar el espacio y los abismos  
Á un tiempo alcanza el pensamiento humano.  
Miradlo: de la Rábida  
Se dán al mar sus raudas carabelas,  
Suenan las anclas al dejar las olas  
Y el viento empuja las tendidas velas.  
El Atlántico gime

Bajo su planta preso,  
Y del génio indomable que le oprime  
Apénas puede soportar el peso:  
Pronto la tierra de su dicha foco  
Ha de tocar con ánimo profundo;  
Pronto el sueño de un loco  
Dará á Isabel la realidad de un mundo.  
¡Oh, qué cuadro más grande!  
¡Oh, cuán sublime el génio se levanta  
Rompiendo las cadenas  
Que el ciego fanatismo le imponia,  
Cual pirámide santa  
Que el soplo de los siglos desafia!  
¡Mártires de la luz, yo os reverencio!  
¡Dormid en paz! El libro de la historia  
Abre sus anchas páginas de gloria,  
Y os dá un lugar sagrado  
En el eterno Elíseo de la Ciencia.  
Hoy que del claro Bétis en la orilla  
Se vá á elevar al bien un templo santo,  
Doblo, pues, la rodilla  
Y en mi cítara humilde muere el canto.

AÑO 1870.



---

---

## ADIOS Á ROSSINA.

---

He visto la luz en las orillas del  
lago de Nápoles....

ROSSINA.

¡Adios, mujer! en el revuelto lecho  
Te dejo descuidada dormir;  
Fuí para tí el relámpago que pasa  
Y no vuelve á brillar.

En tus lábios marchitos por la orgía,  
Que el hábito del vicio mancilló,  
Dejo de nuestra noche de locura  
La última impresion.

Pilotos de los mares de la vida,  
Nunca nos volverémos á encontrar;  
Yo voy cansado hácia la amiga playa,  
Tú te lanzas al mar.

Compré tu posesion, has sido mia  
En cuanto la materia puede ser;  
¡El alma no se compra en una noche  
De mísero placer!

Al dormirte en mis brazos vagó un nombre  
Por tus candentes lábios de rubí:  
No era el mio, y al verte sollozando  
Tu duelo comprendí.

Áun el inmundo légamo del vicio  
No ha manchado del todo tu candor;  
Áun puede ser tu norte y tu esperanza  
La estrella del amor.

Dios acoge la tímida cordera  
Que busca arrepentida su redil;  
¡Vuelve! ¡vuelve á la orilla de tu lago  
Como yo á mi Genil!

Tal vez halles la calma en las caricias  
De tu napolitano pescador;  
¡Es tan cara la espléndida diadema  
Que cuesta el deshonor!

Terciopelos y sedas te engalanan,  
Los perfumes del nardo y el clavel  
Saturan esas formas académicas  
Que soñó Rafael.

En un lecho de pluma regalado,  
Bajo rico y flotante pabellon,  
Te aduermes cuando cubren las estrellas  
La olímpica region.

Mas ¿qué vale que en copa de ambrosía  
Apures las esencias del placer  
Y brilles como gota de rocío  
Que el mar ha de sorber?

¡Los mismos que tus ósculos buscaron  
Trémulos de deseo y de pasion,  
No tendrán para tí cuando te olviden  
Siquiera compasion!

Y cual la rosa que cayó en el polvo  
Deshojada por ronco vendabal,  
Cruzarás el camino de la vida  
Hundida en su arenal.

¡Oh! ¡si vieras cuán bellas á los ojos  
Son las delicias del pasado bien  
Cuando no han de tornar, cuando perdidas  
Para siempre se ven!

¡Cuántas veces ciñendo al breve talle  
La rica seda y el ligero tul

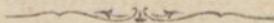
Habrás dado un suspiro recordando  
Tu pobre falda azul!

¡Cuántas veces en medio de la orgía,  
Cuando rebosa el vino en el cristal,  
Habrán bebido perlas de esos ojos  
Tus labios de coral!

¡Cuántas veces, en fin, esos placeres  
Que no pueden llenar tu corazón,  
Te habrán hecho anhelar los sufrimientos  
Que trae la expiación!...

¡Ay! vuelve, vuelve á tu tranquilo lago  
Donde florece el mirto y el laurel,  
Donde se mece de tu pobre amante  
El humilde bajel.

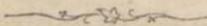
Ahora sueñas tal vez con sus caricias,  
No has de hallarme á tu lado al despertar,  
Soy para tí el relámpago que pasa  
Y no vuelve á brillar.



---

---

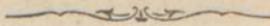
# DESTRUCCION DE NABOD.



## PROFECIA DE ABIATHAR.

---

Canto bíblico dedicado á mi amigo el presbítero D. J. J. B.



Y el santo de Isráel abrió su mano,  
Y los dejó, y cayó en despeñadero  
El carro, y el caballo y caballero.  
HERRERA.

«Hijos espúreos de Isráel y Sara,  
Que os revolveis en el inmundo cieno,  
¡Temblad! ¡temblad! de la venganza el ara  
Pábulo tiene en el sagrado seno.

»El que á Moisés cubrió de etérea lumbre  
Y en la encendida zarza os dió su ley,  
Presto la isráelita muchedumbre  
Castigará como iracundo rey.

»La viva llama del profeta sienta  
Que el porvenir descifra ante mis ojos,  
De Dios escucho el irritado acento  
Que vá rodando en los nublados rojos.

»Las altas torres conmovidas gimen,  
En su ancha base las murallas dudan,  
Y unas con otras de terror se oprimen  
Las rudas piedras que su centro escudan.

»¡No habrá piedad! El niño, el triste anciano,  
La vírgen con su túnica de lino,  
Caerán bajo la argolla del tirano  
Y el hierro matador del asesino.

»¡Varones de Nabod! ¡Torpes matronas!  
Oid mi voz profética y tonante,  
Que hendiendo el mundo por sus anchas zonas  
¡Muere á los piés de Jéhová triunfante!

. . . . .

»¡Oid!... oid el belicoso estruendo  
Que el monte atruena y por los aires sube,  
De hombres y brutos el rumor horrendo  
Que avanza y truena cual preñada nube.

»¡Mirad!... ¡Mirad!... Ejércitos lucidos  
Llegando ván en maniobra presta;  
Ved cómo brillan, por el sol heridos,  
Escudo, capacete y sobrevesta.

»Negros crestones de ligera pluma  
Ondean sobre las láminas de acero,  
Cual en el mar cubierto por la bruma  
Los gallardetes del bajel velero.

»Y los arneses al chocar resuenan,  
Y los corceles sobre espigas trotan,  
Y el fértil campo las legiones llenan,  
Y el grano esparcen y las miés azotan.

»¡Tiembra Nabod! Cuando del sol la lumbre  
Deje en ocaso sus purpúreas rayas,  
Como la peña desde el alta cumbre  
Caerán tus orgullosas atalayas.

»Cual el robusto cedro levantado  
Elévase en sombrosas alamedas,  
Álzase el rey convulso y agitado  
Sobre su carro de crujientes ruedas.

»¡Es Saull!... ¡Es Saull!... Su régio manto  
Plegado cubre la brillante cota,  
Ligero airon teñido de amaranto  
Sobre su casco reluciente flota.

»Las riendas lleva con airado ceño,  
Brilla en su diestra la fulmínea espada,  
Tiemblan los brutos á la voz del dueño  
Que ronca sube á la region velada.

»Yá el ejército apresta á la batalla,  
Yá las extrañas máquinas ordena  
Con que ha de hacer rodar de la muralla  
La altiva torre y la elevada almena.

»Yá lo contemplo rápido avanzando,  
Con fiera saña y fastuosa pompa,  
Los ricos campos sin piedad talando  
Al ronco son de la guerrera trompa.

«¡Escuchad!... El espacio ronco atruena  
El eco de salvaje gritería,  
La máquina conmueve hasta la almena,  
Y comienza la atroz carnicería.

»El duro pié de la orgullosa torre  
Tiembla al impulso de gigante empuje,  
Y aunque Nabod á su defensa corre,  
Al desplomarse con estruendo cruje.

»Y por la brecha, cual rabiosos canes  
Que cerca miran azorada cierva,  
Se lanzan los briosos alazanes  
Que apénas tocan la menuda yerba.

»¡Oh, pavoroso instante! El sol se oculta  
Porque su presa el águila no vea,  
Y el horror con la sombra el miedo abulta,  
Donde no dá su luz la roja tea.

»¡Doncellas, niños, débiles ancianos  
Llorosos ruegan y llorando mueren!  
Del enemigo las sangrientas manos  
Al indefenso y á la hermosa hieren.

»¡Nabod! ¡Nabod! Tus hijos perecieron,

Tus vírgenes llorosas deshonraron,  
En el polvo tus torres escondieron,  
En la tierra tus templos sepultaron.»

Esto dice el profeta al pueblo Nabodita  
Leyendo en las tinieblas del hondo porvenir,  
Y á dar su hogar al fuego severo les incita,  
Antes que agena mano lo venga á destruir.

La multitud le escucha, y él fija la mirada  
En el ardiente punto por donde escapa el sol,  
Así exhorta á la turba sumisa y contristada,  
Envuelto en los reflejos del último arrebol:

«¡Seguidme, Naboditas! Rogad al Dios clemente  
Que guía las palabras y el paso de Abiathar,  
¡Rogad al que moviendo su mano omnipotente  
Caballo y caballero hundió en el rojo mar!

»Rogad al que templando la arena del desierto  
Camino placentero al pueblo suyo dió;  
Maná cuando rogaba de sed y hambre yerto,  
Consuelo cuando triste consuelo le pidió.

»Rogad al que la peña trocó en sonora fuente  
Y en sierpe venenosa la vara de Moisés,  
Al Dios que marca el giro de Sirio refulgente,  
Al Dios que llena el campo de néctar y de miés.

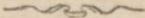
»¡Llorad y arrepentíos! Tal vez de la venganza  
La espada fulminante mi Dios retirará,  
Tal vez entre arreboles el iris de bonanza  
En el tendido espacio riente asomará.

»¡Seguidme, Naboditas! Mi súplica ferviente,  
Al Dios de los ejércitos no ceso de elevar,  
Al Dios que abriendo un día su mano omnipotente  
Caballo y caballero hundió en el rojo mar.»

---

---

## AL DINERO.



Poesía leída en el Coliseo Ecijano en Diciembre de 1869.



Poderoso caballero  
Es don Dinero.  
QUEVEDO.

Puesto que á Juan y Juana y Pedro y Pablo  
Compuse y descompuse á pura estrofa,  
Fácil será, vocablo tras vocablo,  
Un sáfico engergar de buena estofa;  
Unas octavas dadas al diablo,  
Un florido soneto á la alcachofa,  
Una silva al relámpago pajizo  
Y una süave erótica al erizo.

Mas fáltame saber, fácil gracejo,  
Constancia en el poético trabajo,  
Clásicos que además de ser mi espejo  
De Helicon a señalen el atajo;

Fruncir con aire adusto el entrecejo,  
Tomar la pluma; y el papel debajo,  
Agarrar á una musa por la trenza,  
Y decir: *vén acá, poca vergüenza.*

Escribo yá: *Al Amor*, borro y prosigo;  
Burlándoseme está la musa aleve.  
¿Quién osa recordar al ciego amigo  
En el lumbroso siglo diez y nueve?  
Corrijo: *Á la Verdad*, tácholo y sigo.  
¿Quién tales aguas en la tierra bebe?  
¡Á ver! ¡yá dí en el quid! ¡*Oda al Dinero!*!  
Yá estático me escuchá el mundo entero.

Yá desde el perillan sepulturero  
Que el cadáver despoja sonriente,  
Hasta el lánguido prócer altanero  
Que se reclina en pluma adormeciente;  
Desde el negro y honrado carbonero  
Hasta el blanco y vicioso adolescente,  
Sin escuchar *envido* dicen *quiero*,  
Que es un albur de mágico el dinero.

Bello es cantar las márgenes del río  
Con su alfombra de frutos y de flores,  
Salpicadas con gotas de rocío  
De una aurora de tibios resplandores;  
Bello es cantar las tardes del estío  
Con sus nubes de trémulos colores;  
Bello es cantar las noches estrelladas  
De misteriosas sombras adornadas.

Bello es cantar la suspirante boca  
De una vírgen de negra cabellera,  
En cuyo lábio, que al amor provoca,  
Puso Vénus su púrpura hechicera;

Que hace brotar los lirios cuando toca  
Con su ligera planta la ribera;  
Y retirar al sol sus rayos rojos,  
Porque son más oscuros que sus ojos.

Bello es cantar la luz, la flor, el ave,  
El mar con sus espumas y sus olas,  
Del Véspero la ráfaga suave  
Que vá besando espigas y amapolas;  
Esto es bello y poético, y se sabe  
Qué dió laurel á *Lamartine* y Arolas;  
Pero es más provechoso á lo que infiero,  
Que las estrofas suenen á *dinero*.

Tal vez alguna candorosa oveja  
Que no conozca más que su manada,  
Fruncirá con desden la fina ceja  
De mi prosáico acento disgustada;  
Pero si esto lo escucha alguna vieja  
Que esté yá por el lobo amaestrada,  
Os dirá que el mejor de esos poetas  
No vale en buena venta tres pesetas.

¡Oh dinero! Alcahuete deslumbrante,  
Que cubres cual la capa del Demonio  
Las faltas de la jóven intrigante  
Que se lanza á buscar un matrimonio;  
Que tornas en cuadrúpedo constante  
Al bípedo que huele un patrimonio;  
Mi arpa canta tus caras y tus cruces  
Desde mis hondos valles andaluces.

Oigo la voz del mundo alborozado  
Atento á este metálico repique;  
Á todos place el círculo dorado,  
Sea el busto de Isabel ó de Felipe;

Quitad al mundo el Dios que se ha forjado  
Y habreis echado su cimiento á pique;  
Que áun se estrechan temblando las naciones  
Porque sonaron tres napoleones.

¡Dinero! Que se sacie mi codicia,  
Á coro clama la insaciable gente;  
¡Vendemos vida, amor, honor, justicia!  
Para calmar nuestra ambicion ardiente;  
¿Llamas vicio á la usura y la avaricia?  
Loco estás, buen amigo, enteramente;  
¡Si la virtud se cambia por dinero!  
¿Serás más cuerdo tú que el mundo entero?

La muerte es desear, la vida el oro,  
Puesto que sacia el goce y el deseo,  
No hay son más incitante ni sonoro  
Que el choque del metal del fariseo;  
Y aunque después derrame turbio lloro  
Ahogándose en las aguas del Leteo,  
El mundo clama en su delirio fiero:  
¡Al Diablo la virtud, venga *dinero!*



---

---

## LAS HOJAS SECAS.

---

Á LA EMINENTE TRÁGICA CAROLINA CIVILI,  
EN SU ALBUM.

---

Cuando en la tarde del Otoño triste  
Baja el sol entre púrpura á las ondas,  
El céfiro que juega por las selvas  
Hace caer las amarillas hojas.

Yá con soplo apacible las esparce,  
Yá entre el césped menudo las coloca,  
Yá poco á poco las reúne en grupos  
Haciéndolas crujir unas con otras.

Yá vuelan entre el polvo como nubes  
De doradas y sueltas mariposas,  
Ó yá suben y bajan por el éter  
Como insectos fantásticos de sombra.

Y revueltas en círculo las abre,  
Y las hace volar hácia las rocas,  
Hasta que al fin las sume en el torrente  
Haciéndolas juguete de las olas.

Así tú, Carolina, nos impeles,  
Como el soplo del céfiro las hojas....  
De torbellinos de placer y amores  
Á precipicios de amargura y sombra.

Cuando lo quieres el afan concluye,  
Cuando lo quieres el pesar se colma;  
Si á tí te place nuestro llanto surge,  
Si á tí te place nuestra risa brota.

Cuando tu mano trémula sostiene  
El puñal ó el veneno de los Borgias,  
Ó tus lábios desprecian los placeres  
De las nobles impúdicas de Roma;

Yá luches con los césaes altivos,  
Yá tengas las diademas por alfombras,  
Yá sufras los tormentos de *Estuarda*  
Ó las tiernas angustias de *Sofronia*,

Siempre dóciles giran al impulso  
De las pasiones que inspirada *copias*,  
Los corazones que tu voz conmueve  
Y que ante tí sin voluntad se postran.

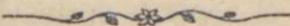
Yo, pobre trovador que en este valle  
Por tí arranco al laud candentes notas,  
Y veo tu imágen al nacer la luna,  
Y al despuntar las luces de la aurora,

No tengo una corona de rubies,  
Y así de *Pensamientos* la corona  
Te ofrezco, que en mis débiles cantares  
Dejo de tus encantos la memoria.

---

---

# EN LA CATEDRAL DE SEVILLA.



Á MI QUERIDO AMIGO D. AURELIO ORDUÑA.

¿Quién es Dios? ¿Dónde está?  
ESPRONCEDA.

Yá declina la tarde: en torno mio  
Se revuelven las sombras,  
Escalando los góticos pilares  
Del silencioso templo;  
Esparcen oscilando  
Las lámparas sus trémulos fulgores,  
Y los rayos del sol que vá espirando  
Se quiebran en los vidrios de colores.  
Larga fila de fúnebres fantasmas  
Que esconden sus cabezas en un cielo  
De tinieblas profundo,  
Semejan las arcadas,  
Que se elevan titánicas del suelo  
Cual si pugnáran por dejar el mundo.  
Quéjase el pavimento  
Del pié que hiere las heladas losas  
Con punzante gemido,

Y las sombrías bóvedas medrosas  
Repiten el rüido.

Desparecieron las purpúreas luces  
Que bañaron las rosas y los lirios;  
Yá se destacan las sombrías cruces  
Al fulgor misterioso de los cirios.  
Las imágenes quieren desprenderse  
Del lazo que las une á sus altares,  
Y veo sombras fantásticas mecerse  
En cúpulas, ojivas y pilares.

No turba un solo eco  
La apacible quietud de esta morada,  
Sólo allá entre los altos rosetones  
Cecea la lechuza acurrucada;  
Y el monstruoso engendro de la sombra  
Tiende en ella sus alas puntiagudas  
Con revueltas extrañas,  
Despareciendo rápido en los antros  
Donde sus telas urden las arañas.  
El toque de oracion de la campana  
En la torre no zumba,  
Ni apagando levítica plegaria  
El órgano retumba  
Bajo la inmensa nave solitaria.

El silencio es el huésped misterioso  
Que el sacro asilo mora;  
Sólo el reloj, que gira sin reposo,  
Lucha con él al señalar la hora;  
Y repitiendo el golpe compasado  
Con sarcasmo profundo,  
Vá sumiendo en el lago del pasado  
Las horas que desprecia el pobre mundo.

¡Tinieblas, soledad, mármoles fríos,  
Trémulas luces que brillais lejanas  
En ángulos sombríos,  
Como estrellas livianas  
Que allá desparecieron,  
Polvo de los que fueron,

Ved donde ván los pensamientos míos!

¿Por qué, en este recinto  
Donde no llegan nunca los rumores  
Del mundo revoltoso,  
Donde el misterio á la oracion convida,  
No halla siempre reposo  
El viajero cansado de la vida?

¿Por qué áun bajo estas bóvedas,  
Mudas como la losa del sepulcro,  
Forja el mortal candentes ilusiones  
Y no logra acallar el alarido  
Que alza en su seno el mar de las pasiones?

Aquí estoy, á los piés de un crucifijo,  
Envuelto en las tinieblas indecisas;  
Al Eterno mis súplicas dirijo  
Con el perfume de las sacras brisas,  
Y lucho aún, y vienen los recuerdos  
De dichas que pasaron  
Á desgarrar mi pecho dolorido,  
Y no logro evocar en mis plegarias  
La misteriosa vírgen del olvido.

¿Dónde están los placeres  
Que forja la ilusion? ¿Dónde la dicha,  
Tras la que corre el hombre presuroso?  
¿Dónde la gloria? ¿Dónde  
La eterna fuente de *Verdad* se esconde?

En vano aquí rendido  
Llego á las puertas de la fé, mi alma  
No puede hallar la calma  
Aunque suena su cántico en mi oído.  
El árido desierto que he cruzado  
Mi planta ensangrentó con sus abrojos,  
Y tanto ¡ay! he llorado,  
Que yá no tienen lágrimas mis ojos.

¡Quiero creer! ¡Yo ansío  
La luz de la verdad! Cuando en presencia

De Dios nos encontramos,  
Siendo el único juez nuestra conciencia,  
Las úlceras más hondas confesamos.

Trémulo he interrogado á las estrellas,  
Al sol radioso que en oriente arde,  
Á esas creaciones múltiples y bellas  
Que cubre con sus besos por la tarde;  
Á cuanto vive en torno,  
Á cuanto yace en el profundo abismo;  
Á esta llama increada  
Que siento arder espléndida en mí mismo;  
Y al darme una respuesta misteriosa  
Cuya razon á descifrar no acierto,  
He inclinado la frente fatigosa  
Creviendo siempre que soñé despierto.

¡Cuántas veces al pié de esos altares,  
Cuando el rumor del dia es más escaso  
Y los rayos solares  
Caminan entre púrpura al ocaso,  
Luchando con la esfinje de la duda  
Que en un ángulo oscuro se mecía  
Así ante los sepulcros  
Tristemente decía!...

—¿Qué hay detrás de la muerte?

¿Qué hay ántes de la vida?

¿Qué término nos fija *allá* la suerte?

¿Cuál es del alma el punto de partida?—

Y temblando esperaba

Que alzándose las piedras sepulcrales,

Respondieran las sombras

Á estas preguntas tristes y fatales.

¡Vana esperanza! Fijos

Los mármoles yacían

Sobre el humano polvo que cubrían;

Y en tanto que la duda

Bajaba á darme recelosa ayuda,

La oracion escapaba

Y una incrédula frase suspiraba.

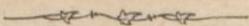
Hoy no vengo á arrancar á esos sepulcros  
El misterioso arcano de la muerte,  
Ni á implorar del Eterno  
La clave ignota de la humana suerte;  
Hoy tan sólo cansado, dolorido,  
Y ansiando un puerto de segura calma,  
Vengo á buscar aquí la paz del alma  
Y la flor sin perfumes del olvido.  
¡Mas inútil afán! De las pasiones  
Tambien aquí penetra el sordo acento,  
Tambien en la quietud del santuario  
Truena la voz del mundo turbulento.  
En vano mis plegarias  
Al Eterno dirijo,  
Perdido en estas naves solitarias,  
Arrodillado al pié de un crucifijo.  
Vuelvo á caer bajo la garra aguda  
De la helada razon y la experiencia,  
Y no deja el demonio de la duda  
Reinar la fé y la paz en mi conciencia.



---

---

# UNA ESPERANZA PERDIDA.



Á MI SIMPÁTICA AMIGA LOLA.

---

---

Mentira son sus amores,  
Mentira son sus victorias,  
Y son mentira sus glorias  
Y mentira su ilusion.  
ESPRONCEDA.

## I.

Si una kadsida moruna  
No suena en el arpa mía,  
Lánguida como la luna  
Al bañarse en la laguna  
Cuando vá muriendo el día;

Si de sus cuerdas de oro  
No arranco plácido son,  
Como el eco del ¡te adoro!  
Que lleva el viento sonoro  
Al entreabierto balcon,

Es porque en esa sonrisa  
Que vaga en tus lábios rojos,  
Acre llanto se divisa;  
Es que desmiente á esa risa  
La tristeza de tus ojos.

Tal vez, Lola, bien no acierte  
Á descifrar ese arcano;  
Tal vez por no comprenderte  
Amarga cicuta vierte  
Sobre este p apel mi mano.

Mas si acaso el triste canto  
Te duele del arpa herida,  
Si te hace saltar el llanto  
El doloroso quebranto  
*De una esperanza perdida,*

Te mostrará de este suelo  
Mentiras, no realidades,  
Que son el triste consuelo  
Que templan el hondo duelo  
De sus amargas verdades.

Que yo s  lo que es amor,  
Y sí lo que t  padeces,  
Y sí lo que es el dolor,  
Y he apurado muchas veces  
La copa del sinsabor....

¡Amor!... celeste perfume  
Que las almas embriaga,  
Que dos en una consume,  
Que esta vida r asume  
Y hasta en lo infinito vaga.

Astro de trémula aurora  
Que hiende la húmeda bruma,  
Régia perla de Bassora  
Que incita   la pescadora  
Escondida entre la espuma.

Sueño de noche de estio,  
Dulce como el murmurar  
De las ondas de ese río,  
Que por el bosque sombrío  
V  caminando hácia el mar.

Cuando tu aroma aspiramos,  
Cuando tus goces sentimos;  
Cuando tu néctar libamos,  
Tan dichosos nos hallamos  
Como desdichados fuimos.

Porque el amor es la vida  
Como el hastío la muerte,  
Porque el alma embebecida  
Amando, vuela atrevida  
Y en águila se convierte.

Águila que desde el prado  
Tendiendo su régio vuelo  
Por el ámbito aromado,  
Cruza el éter azulado  
Y vá á perderse en el cielo.

Tal es el amor, Dolores,  
En su grata primavera,  
Cuando viene á ornar de flores  
Y á bañar con sus colores  
El alma por vez primera.

Cuando el corazon se lanza  
En ese eden prometido,  
Cuando no se nos alcanza  
Que pedirá la esperanza  
El bálsamo del olvido.

## II.

Mas permite que mude, Lola hermosa,  
Las luces de mi mágica linterna,  
Y cambie por su lámpara de rosa  
La luz de la verdad que nos gobierna.

Si su vista te fuera dolorosa  
Cambiaré acto continuo de lucerna,  
Que es tan fértil su cámara en colores  
Como el mundo en mentiras y dolores.

Lola, cuando venimos á la vida  
Tranquilo el corazon, de gozo henchido,  
Todo á goces y amores nos convida,  
Todo de rosa y oro está vestido;  
Ni una sola ilusion desvanecida  
Arranca al corazon triste quejido;  
Que cruzamos el mundo dilatado  
Como el ave marina el mar salado.

La hermosura del valle nos encanta,  
La claridad del sol nos extasía,  
El ave amante que en las ramas canta  
Y de la flor la plácida ambrosía;  
La luna que entre nubes se levanta  
Cuando cayendo vá el tranquilo día,  
La blanca estrella que á lo léjos arde  
Con las últimas luces de la tarde.

Mas pasa la ilusion con sus placeres  
Al pasar esas horas de la infancia,  
Y viene á regalarnos padeceres  
De la suerte la frívola inconstancia;  
Como la espiga que llenára Cérés  
De granos áureos y sutil fragancia,  
Que ve caer sus galas seductoras  
Al golpe de las hoces segadoras.

Mentira fué el amor que nos forjamos,  
Mentira la amistad que nos tuvieron,  
Las dichas que al soñar acariciamos  
Como sombras fantásticas huyeron;

Mentira los placeres que gozamos,  
Mentira las delicias que trajeron,  
Mentira hasta lo mismo que sufrimos,  
Mentira hasta el espacio en que vivimos.

La esperanza al dejarnos su abandono  
Trueca nuestro placer por sus dolores,  
Y al tocar de la suerte el rudo encono  
Lloramos de su ausencia los rigores;  
(Mas quiero á mi placer mudar de tono,  
Y no has de murmurar, bella Dolores,  
Porque cambie la octava por romance  
Ántes que me suceda algun percance.)

### III.

Lola, digo (y no te enfades  
Porque no diga Dolores,  
Pues para empezar romances  
Es asáz largo ese nombre)  
Que ámbos vamos por la senda  
De matizados colores....  
Esa senda de la vida  
Á que llaman *ilusiones*.  
Yo, por suerte, voy delante  
Y he cruzado á Sur y Norte  
Ese camino engañoso  
Que hasta el fin no se conoce.  
Por eso quiero mostrarte  
Sus resbaladizos cortes,  
Sus simas de abrojos llenas  
Aunque cubiertas de flores;

Fulano quiere á Fulana;  
Fulana, que lo conoce,  
Mira, inspecciona y comenta  
Si conviene nuestro hombre.

No importa que záfio sea,  
Lo que importa es el importe,  
Y en teniendo peluconas  
Hay doradas ilusiones.

Esto es cuestion de garbanzos,  
Que con amor no se come,  
Y el que no come no vive  
Aunque ame por cien, Dolores.

Amor tuvo en otras épocas  
Mil cumplidos campeones,  
Hablen Orlandos y Cides  
Y otros apuestos varones;

Mas en el siglo del gas,  
Del buen tono y los doblones,  
Eso está yá tan gastado  
Como el corazon del hombre.

No hay cosa que no se venda,  
No hay cosa que no se compre,  
Que el oro ablanda el diamante  
Y doma el mármol y el bronce.

De aquí nace claramente  
Sin clásicas sinrazones,  
Que el hombre compra mujeres  
Y la mujer compra hombres.

En esta compra vá implícito  
El amor que él atesore,  
Como ella á más del *carinho*  
Remolca el ansiado dote.

Murmurarán los románticos,  
Harán asco los que lloren  
Sus perdidas esperanzas  
Y perdidas ilusiones;

Mas el mundo, que no cura  
De llanto y lamentaciones,

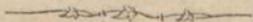
Seguirá siempre en sus trece  
Aunque lo manden catorce.

Virtud, es palabra vana,  
Pasion, es cosa de zotes,  
Amistad, ménos que nada,  
Ménos que cero Ilusiones.

Así pues: por esta senda  
Que ámbos cruzamos, Dolores,  
Todo lo que hermoso miras  
Tiene su perfil deforme.

Me dijiste cierto día  
(Mejor dicho, cierta noche)  
Que á tu *esperanza perdida*  
Dedicára unos renglones.

Yo te complazco y te digo  
Que esos *sueños* no deploras,  
Porque llorarás mentiras  
Que no merecen las llores.



---

# LA BATELERA.

BALADA.

PARA EL ÁLBUM DE MI JÓVEN AMIGO JUAN PEREZ.

---

—La luna besa tu blanca frente,  
¿Por qué no dejas que yo la bese  
Después de darte mi corazón?  
¿Crees que los rayos de ese astro hermoso,  
Que impunemente tocan tu rostro  
Serán más puros que mi pasión?  
¡Ay, batelera napolitana,  
Por Dios no bajes á tu cabaña  
Sin que me dejes tocar tu sien!  
¡La luna besa tu blanca frente!  
¿Por qué no dejas que yo la bese,  
Si eres mi vida, mi único bien?...  
—Porque la luna besa mi frente,  
¡Ay! yo no quiero que tú la beses  
Aunque perdiera tu corazón;  
Porque los rayos de ese astro hermoso,  
Que impunemente tocan mi rostro,

Caricias sólo del cielo son.  
Tu mano arde, tu aliento quema,  
¡Ay, tus caricias son de la tierra,  
Como ella pueden desaparecer!  
Y por los goces perecederos,  
Que con sus galas viste el deseo,  
Jamás mis lágrimas han de correr.

AÑO 1870.

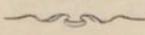
---

---

— 258 —

Quisiera solo del cielo son.  
Tu mano arde en silencio quemando  
¡Ay! las caricias son de la tierra  
Como ella quedar desparecida  
Y por los gases paracaidista  
Que con sus gulas viste el espacio  
Todas mis lágrimas han de correr

## Á CÁSTULO.



Á MI AMIGO D. JUAN LLORENTE.

---

Cástulo; si el espíritu maligno  
Que la cuádriga estúpida dirige  
De este siglo de máscaras indigno  
Sopla mi trompa, y el sarcasmo elije,  
No me motejes de impostor artero,  
Pues ya sabes quién dijo lo que dije.  
La pluma en el diabólico tintero  
Á mi pesar empapo, pues la diestra  
Me oprime con sus músculos de acero;  
Y no se ha de extrañar, si en su siniestra  
Mala intencion y redomadas mañas,  
Saca lo más secreto á la palestra.  
No diré á la verdad cosas extrañas,  
Pues que serán secretos mundanales  
Que son más realidades que patrañas.  
¡Secretos! Pues los callan los mortales  
Aunque sepan demás uno por uno  
Su número con *pelos* y *señales*.  
Mas un temor involuntario aduno:  
¿Hosco el semblante escuchará la gente

Mi canto, en realidades importuno?

¿Cómo decir al general valiente  
Que en mil batallas ocultó su miedo,  
Que es farsa ese valor enteramente?

¿Cómo decir al que destroza el credo  
De oscura iglesia en ángulo apartado,  
La bóveda atronando con denuedo,

Que ese golpe de pecho compasado,  
Que esas cuentas que bañan turbio lloro,  
Es de hipócrita fé trage robado?

¿Cómo decir al que apilando el oro  
Forma de pobres chozas real morada  
Y del sudor ajeno su tesoro,

Que esa régia techumbre artesonada,  
Que esa cúpula y pórtico labrado  
Es del robo la fruta sazónada?

Y en fin, ¿cómo decir al potentado  
Que altivo con su título se mofa,  
Del que no recibió favor del hado,

Que un gitano cualquiera es de su estofa,  
Coma el uno faisán en áurea fuente  
Y el otro cebollinos y alcachofa?

Dirás que es la verdad pura y patente:  
Mas ¿qué importa en el siglo de las luces  
La verdad sin ropajes á la gente?

La rapiña se cubre con las cruces,  
La vida libertina con buen tono,  
El gallego con trajes andaluces;

De bardo se disfraza cualquier mono,  
Cualquier asno de clásico y de crítico,  
De doctor el gahnápiro colono;

El tahir cortesano de político,  
El bolsista de honrado patriota,  
De liberal filántropo el raquíptico.

¿No juzgas, caro Cástulo, chacota,  
Entre piélagos tales de mentira,  
Hallar de la verdad la fuente ignota?

Si de lo mucho que á tu lado gira

Algo sin dolo por ventura viste,  
Dímelo y presto pulsaré la lira.

Amor no busques, que si acaso existe,  
Es á esa cosa que *dinero* llaman  
Y que de rica posicion reviste.

Sólo al orgullo las mujeres aman,  
Y aunque doliente el corazon se queja,  
Por oro viven y por oro claman.

De hermosa jóven ó coqueta vieja,  
Amante bruto con cuantioso dote  
Jamás en vano molestó la oreja.

Pues aunque en vez de enamorarlas *bote*,  
Suplen las onzas que apiló su abuelo  
Lo que él adune de maligno zote.

Si quieres *gloria* sin marcharte al cielo,  
Habla y adula al que poder alcance  
Para que pique tu servil anzuelo.

Nunca envidié tan peligroso trance,  
Que es una gloria por infierno dada  
Y en él la trocará el menor percance.

*Amistad* es tambien fruta vedada,  
Amigos mil te estrecharán la mano  
Para darte en la sombra una estocada;

Que son tal vez como el rapaz milano,  
Que oprime al ave con su corva garra  
Ántes que pose en el florido llano.

*¡Honor!* ¡Ni en el escudo de Navarra  
Encontrarás un átomo siquiera  
Aunque cuentes los motes de su barra!

Que yá puede un mulato cualesquiera,  
Alquilar por su dádiva el derecho  
De pintar en su coche una pantera.

*¡Justicia!* Húyele el bulto á tal acecho,  
Que es ese foro que igualdad pregona,  
Embudo siempre para el pobre estrecho.

Nunca en el prócer su furor encona,  
Que es buen calmante al judicial pleonasmo  
La antigua y reluciente pelucona....

Mas vislumbro en tu rostro impreso el pasmo  
Que te causa el que meta las narices  
Donde no las metiera el sábio Erasmo.

Y jurára en mi fé, que entre tí dices  
Que esas trampas del mundo son castigo  
Único de los necios é infelices;

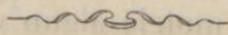
Yo, por mí, ni condeno ni maldigo,  
Que es, Cástulo, el *espíritu mundano*  
El que me sopla y dice lo que digo.

Y pues libre me deja yá la mano  
Y retira el diabólico tintero,  
Dejo aquí el canto cáustico y sincero  
Ántes que lo moteje algun villano.

---

---

LA ORGÍA EN EL TÍBER.



ROMANCE.

Á MI BUEN AMIGO D. VICENTE ACEÑA.



I.

Cruzando vá por el Tíber,  
Á la luz de las estrellas,  
Con el pabellon cerrado  
La góndola de Lucrecia.  
El escudo de los Borgias  
Con sus flámulas no ondea,  
Aunque en su cámara oculta  
Á la noble aventurera,  
Que cuando á vedados goces  
En el misterio se entrega,  
Con una máscara infame  
Su faz y su nombre vela.

Silenciosos gondoleros  
Con antifaces de seda,  
Envueltos en sus tabardos  
Desde los asientos reman,  
Y aunque á expiar el misterio  
Sale la luna indiscreta,  
En capas y cortinajes  
Sus tibios rayos se estrellan.  
Bajo el cielo de la Italia,  
Era una noche serena,  
Limpia como la mirada  
De una tímida doncella,  
Duerme la lúbrica Roma  
Cansada de sus flaquezas,  
En el regazo de Vénus  
Doblando la frente régia,  
Y sólo algun *condottiero*  
Ó alguna *donna* hechicera,  
Un puñal ó una caricia  
Aguzan en las tinieblas.  
Es la hora en que á la orgía,  
Sobre las aguas serenas  
Del Tíber, en leves góndolas  
Las cortesanas se aprestan.  
De los arcos de Sant Angelo  
Como fantasmas se alejan,  
Á favor de la corriente  
Buscando orillas desiertas,  
Esquivando siempre unas  
Pasar de las otras cerca,  
Rápidas como delfines  
Que en las ondas juguetean.  
En el fondo de las cámaras  
Voces y músicas suenan,  
Y aunque los ojos no ven  
Á través de las espesas  
Cortinas, lo que se oculta  
En sus recónditas celdas,

Si al pasar alguna góndola  
Algun curioso la observa,  
Y señala sonriendo  
Desde la suya la agena,  
Al atisbar dos amantes  
Es probable que sorprenda  
En los rumores un beso  
Y una lágrima en la estela.

II.

Al avanzar por el Tiber  
La góndola de Lucrecia,  
Un batel de pescadores  
Se deslizó junto á ella.  
En él una barcarola  
Entona la batelera,  
Que en los brazos de su esposo  
Torna alegre de la pesca.  
Es la blanda barcarola  
La cancion de las sirenas,  
Y la hermosa pescadora  
Puede competir con ellas;  
Perdiéndose ván las notas  
En la atmósfera serena,  
Entre el arrullo tranquilo  
De las aguas lisonjeras,  
Y robándolas la brisa  
Entre sus alas la lleva  
Á la cámara flotante  
Donde descansa Lucrecia.

III.

Desnudo el mórbido pecho  
Y el cabello destrenzado,  
Flojo el cinturón estrecho  
De su justillo azulado.  
Copiando el cuadro asqueroso  
De las bacantes de Grecia,  
Vá entre un grupo licencioso  
La cortesana Lucrecia.  
Corre el ardiente licor  
En las copas de cristal,  
Y no hay púdico cendal  
Que ponga valla al amor.  
La góndola es torpe foco  
De misterios sensuales,  
Por eso allí los cendales  
Son tenidos en tan poco....  
En uno de esos momentos  
De extraña melancolía,  
Que traen los remordimientos  
A los brazos de la orgía,  
Cuando Lucrecia retira  
Del vaso la torpe mano,  
Y entre sus lábios espira  
Un beso de amor liviano:  
Oyó el ardiente cantar  
De la jóven batelera,  
Que la vino á acariciar  
Con la brisa pasajera.  
—¡Oh que voz tan deliciosa!—  
Dijo, alzándose anhelante  
Y levantando afanosa

El cortinaje ondulante....  
—¡Remeros, venid á mí;  
Largad la lancha ligera  
Y esa jóven batelera  
Traed sin excusa aquí!...

IV.  
Una lanchilla ligera,  
Tripulada por dos sombras,  
Se deslizó sobre el río  
Del costado de la góndola;  
Y dando caza al batel  
Donde vá la pescadora,  
Cumplió en silencio las órdenes  
Que diera Lucrecia Borgia.

V.  
En su mejilla nublado  
El cielo de la alegría,  
Y en brazos de un embozado  
Que profana desalmado  
Su boca pálida y fría,

La inocente pescadora  
Vá convulsa y agitada;  
¡Ay! yá no canta ni llora,  
Sú voz alegre y sonora  
Se apagó con su mirada.

Allá queda el pescador  
Amarrado á su batel;  
Inútil es su furor,  
Demanda al cielo favor  
Y el cielo se burla de él.

Yá la barca silenciosa  
Llena su mision tirana,  
Vuelve con la niña hermosa  
Por cuya voz deliciosa  
Lucrecia tanto se afana.

Yá la góndola ha tocado,  
Yá sube sobre cubierta  
El raptor enmascarado,  
Por el cebo aguijonado  
De una recompensa cierta.

Lucrecia, que ansiosa espera  
Entre sus gentes erguida,  
Ve á la jóven batelera,  
Que cual náyade hechicera  
Está al parecer dormida.

Y su oido delicado  
Aplicando inquieta al pecho  
Por el lino mal velado,  
Oyó un latido apagado  
Bajo su justillo estrecho.

Haciéndola respirar  
De un pomo de pura esencia  
La emanacion de azahar,  
Hizo á la niña tornar  
Al cáos de la existencia.

Volvió de nuevo la vida  
Á encender sus negros ojos,  
Y su faz descolorida  
Fué poco á poco teñida  
Por leves matices rojos.

Un ¡ay! de triunfo lanzó  
La caprichosa romana,  
En sus brazos la estrechó,  
Y así riendo exclamó  
Con frase torpe y liviana:

«Pobre pescadorcilla de la ribera,  
No llores por tus redes ni por tus velas;  
Que los placeres  
Á la choza que habitas nunca descenden.

»Tú eres flor de los valles, que no perfumas  
Más que los pobres riscos que te circundan;  
Ave marina,  
Que nunca ha respirado más que esta brisa.

»¡Vén, yo tengo un palacio con suntuosas  
Cámaras, saturadas de nardo y rosa;  
Nido de amores  
Donde se vá la vida libando goces.

»Vén, cubriré tus hombros de tul ligero,  
Y con sartas de perlas tu airoso cuello;  
Tu breve talle  
Encerraré en costosa prision de encaje.

»Mi hermana en los placeres, será tu vida  
Una larga cadena de amor y orgías.  
¡Para tus duelos  
En cristalinas copas bulle Falerno!

»Los apuestos donceles de nuestra Roma  
Arrullarán tu sueño con dulces trovas;  
Y el que prefieras  
Lo llevarás al lecho desde la reja.

»Sólo el placer su sólio tiene en mi alcázar.  
¿Qué es la vida sin goces? ¡Fuente sin agua!

¡Concha sin perlas!  
¡Limonero sin fruto, flor sin esencia!»

Dijo Lucrecia, acercando  
Una copa embriagadora  
A la jóven pescadora,  
Que airada la rehusó:  
Y grande, heróica, magnífica  
Como una mártir cristiana,  
Así á la noble romana  
Indignada respondió:

«Guardad vuestros encajes y terciopelos  
Y no ciñais con perlas mi pobre cuello,  
Que á mí me sobra  
Con las humildes galas que hay en mi choza.

»Guardad vuestro palacio, mansion del vicio,  
Que yo prefiero el valle donde he nacido  
Á esa morada  
De bajos palaciegos y cortesanas.

»Si es la vida sin goces fuente sin agua,  
La vida sin la honra es turbia charca,  
¡La gran señora  
Tal vez envidie al cabo la pobre choza!

»¡Vos, que en perpétua orgía perdeis los años,  
Decidme si la dicha habeis hallado;  
Ó si hay Falerno  
Que ahogue los tenebrosos remordimientos!

»Esposa soy honrada, el pobre lecho  
De mi adorado esposo guardaré ileso.....  
¡Mirad señora  
Lo que para la honrada vale la honra!»

Calló la niña, separó convulsa

El tapiz que la cámara cubria,  
En tanto que Lucrecia enmudecia  
Presas de extraña y súbita emoción:

Y ántes que detenerla los remeros  
Pudieran, arrojóse en el abismo,  
En un raptó de místico heroísmo  
Buscando peligrosa salvacion.

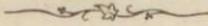
Flotó un instante su movible falda  
Sobre el profundo Tíber silencioso,  
Y un rayo de la luna misterioso  
Se quebró con las olas de zafir.

Y siguiendo la góndola su rumbo  
Sobre las aguas mudas y livianas,  
El rumor de las cítaras romanas  
Volvió el eco lejano á repetir.

---

---

# Á UN CRÍTICO.



## SONETO ÚNICO.

---

Dícenme que denuestas á mi musa  
Sin el menor asomo de respeto,  
Por esquivar el clásico soneto  
Que todo vate por difícil usa:  
Razon de tal valer no admite escusa,  
Yo ratifico el concienzudo veto,  
Y resarcir la falta te prometo  
Si el rebelde laud no lo rehusa.  
Diversos cobijaba en mi carpeta,  
Que tal vez los prohija con descoco  
Algun alto erudito á la violeta;  
Mas yo no peco y tu indulgencia invoco,  
Pues há tiempo que dijo un buen poeta  
Que para muestra y de lo malo poco.



# ÍNDICE.

---

|                       | Pág. |
|-----------------------|------|
| Dedicatoria . . . . . | III  |
| Prólogo. . . . .      | V    |

## CREPÚSCULOS.

---

|                                                    |    |
|----------------------------------------------------|----|
| Quiétude del hogar. <i>Fragmento.</i> . . . . .    | 5  |
| Cantares. . . . .                                  | 8  |
| Un cuento azul. <i>Oriental.</i> . . . . .         | 9  |
| Á un retrato. . . . .                              | 16 |
| El valle de Andalucía. . . . .                     | 19 |
| Cantares. . . . .                                  | 23 |
| El primer crepúsculo. . . . .                      | 24 |
| La cestilla. <i>Balada.</i> . . . . .              | 30 |
| Á una rosa entreabierto.. . . . .                  | 33 |
| Al Guadalquivir. . . . .                           | 37 |
| Tres besos. <i>Balada.</i> . . . . .               | 41 |
| Ausencia. . . . .                                  | 44 |
| Cantares. . . . .                                  | 46 |
| Una tarde en el Genil. <i>Barcarola.</i> . . . . . | 47 |
| Presentimientos. <i>Oriental.</i> . . . . .        | 50 |
| La nube del alba. . . . .                          | 54 |

|                                                  | Pág. |
|--------------------------------------------------|------|
| Cantares. . . . .                                | 58   |
| Celos. <i>Oriental</i> . . . . .                 | 59   |
| Á Lucídea. <i>Anacreóntica</i> . . . . .         | 66   |
| Recuerdos de Andalucía.. . . .                   | 69   |
| El adios de la golondrina. . . . .               | 75   |
| La súplica de Aliatar. <i>Oriental</i> . . . . . | 80   |
| El canto del cisne. <i>Fábula</i> . . . . .      | 85   |
| Á Aurora. . . . .                                | 89   |
| La ermita del Valle. . . . .                     | 93   |
| El último crepúsculo. . . . .                    | 97   |

### NOCHES DE LUNA.

|                                                   |     |
|---------------------------------------------------|-----|
| Armonías de la noche. . . . .                     | 103 |
| Graziella. <i>Nocturno</i> .                      |     |
| I. Nápoles. . . . .                               | 109 |
| II. Los pescadores. . . . .                       | 111 |
| III. La vuelta. . . . .                           | 115 |
| IV. El lago. . . . .                              | 120 |
| V. La tempestad. . . . .                          | 123 |
| VI. La bendicion. . . . .                         | 129 |
| VII. La fiesta de la Madonna.. . . .              | 134 |
| Conclusion . . . . .                              | 137 |
| Una noche ante Écija. <i>Meditacion</i> . . . . . | 140 |
| ¡Más allá! <i>Nocturno</i> . . . . .              | 148 |
| Una nube. <i>Oriental</i> . . . . .               | 151 |
| Á la luz de mi lámpara. <i>Nocturno</i> . . . . . | 154 |
| La luna de Primavera. . . . .                     | 158 |
| ¡Horas que huyen! <i>Nocturno</i> .. . . .        | 162 |
| Al sueño. <i>Oda</i> . . . . .                    | 163 |
| Luz y sombra. <i>Nocturno</i> .. . . .            | 168 |
| Noche triste. <i>Nocturno</i> . . . . .           | 169 |
| Á .... <i>Serenata</i> . . . . .                  | 171 |
| La lluvia de estrellas. <i>Nocturno</i> . . . . . | 173 |
| En el Adriático. <i>Barcarola</i> . . . . .       | 177 |
| Misterio. <i>Meditacion</i> . . . . .             | 183 |
| La campana. <i>Nocturno</i> . . . . .             | 188 |

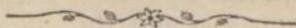
|                                              | Pág. |
|----------------------------------------------|------|
| Á una lágrima. <i>Nocturno.</i>              | 193  |
| El mendigo. <i>Traducción libre.</i>         | 196  |
| La hoguera de los recuerdos. <i>Romance.</i> | 199  |
| La ninfa del valle. <i>Balada.</i>           | 203  |
| Nieblas de Otoño.                            | 207  |
| Melancolía.                                  | 211  |
| Un nocturno de Beethoven.                    | 214  |
| Noche andaluza. <i>Romance.</i>              | 218  |
| Un búcaro de flores.                         |      |
| Rosa.                                        | 221  |
| Violeta.                                     | 221  |
| Nardo.                                       | 222  |
| Sensitiva.                                   | 223  |
| Lirio.                                       | 223  |
| Azahar.                                      | 224  |
| Jazmin.                                      | 225  |
| Clavel.                                      | 226  |
| Adelfa.                                      | 227  |
| Siempreviva.                                 | 229  |

## DEDICATORIAS.

|                                                                                    |     |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Un sueño de Allan Kardec ó el Mundo de los espíritus. <i>Fantasia espiritista.</i> |     |
| VISION I. El ópio.                                                                 | 233 |
| VISION II. Los espíritus.                                                          | 237 |
| VISION III. El planeta Júpiter.                                                    | 245 |
| VISION IV. Julnius.                                                                | 248 |
| VISION V. Noche.                                                                   | 266 |
| VISION VI. Los Campos Elíseos.                                                     | 271 |
| VISION VII. La Ciudad Aérea.                                                       | 283 |
| VISION VIII. Las almas simpáticas.                                                 | 298 |
| VISION ÚLTIMA. La Mansion de Pitágoras.                                            | 305 |
| Conclusion.                                                                        | 313 |
| Epístola á mi querido amigo D. Pedro Roman.                                        | 315 |
| Á la inteligencia. <i>Oda.</i>                                                     | 322 |
| Adios á Rossina.                                                                   | 327 |

|                                                         | Pág. |
|---------------------------------------------------------|------|
| Destruccion de Nabob. <i>Canto biblico.</i> . . . . .   | 330  |
| Al dinero. . . . .                                      | 334  |
| Las hojas secas. <i>En el álbum de Carolina Civili.</i> | 338  |
| En la Catedral de Sevilla. <i>Oda.</i> . . . .          | 340  |
| Una esperanza perdida. . . . .                          | 345  |
| La batelera. <i>Balada.</i> . . . .                     | 352  |
| Á Cástulo. <i>Sátira.</i> . . . .                       | 354  |
| La orgía en el Tíber. <i>Romance.</i> . . . .           | 358  |
| Á un crítico. <i>Soneto único.</i> . . . .              | 367  |

DEDICATORIAS





## FÉ DE ERRATAS.

| <i>Pág.</i> | <i>Línea.</i> | <i>Dice.</i> | <i>Léase.</i> |
|-------------|---------------|--------------|---------------|
| 27          | 11            | corbo        | corvo         |
| 56          | 2             | expiarla     | espiarla      |
| 104         | 16            | Endinmion    | Endimion      |
| 127         | 14            | illuminario  | illuminatio   |
| 144         | 12            | ¿Quédanos    | ¿Quédannos    |
| 207         | 2             | Meláncolicas | Melancólicas  |
| 224         | 27            | alhambra     | Alhambra      |
| 225         | 15            | alhambra     | Alhambra      |
| 225         | 24            | alhambra     | Alhambra      |
| 262         | 4             | papagallo    | papagayo      |
| 294         | 29            | espiritistas | espiritfstas  |
| 317         | 21            | Tú sabes     | Tú sabes      |
| 317         | 30            | séndalo      | sándalo       |
| 331         | 30            | las miés     | la miés       |
| 339         | 28            | Dejo         | Dejó          |
| 360         | 27            | la lleva     | las lleva     |



## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

**Brisas del Genil**, colección de poesías.

**Tradiciones Ecijanas** (en prosa).

**Francia y Prusia**, apéndice en un acto.

**La linterna de Diógenes**, juguete cómico en un acto.

## EN PRENSA.

---

**Un búcaro de pensamientos**, colección de artículos altos y bajos, doctorales y macarrónicos.

**Veladas**, cuentos de todos matices.

**Espíritu y materia**, juguete cómico en un acto.

~~~~~

Estas obras se hallan de venta en la imprenta y Litografía de Gironés y Orduña, Líneros 2 y Lagar 3.

~~~~~



